

**LA FORMA
DEL AGUA
ANDREA
CAMILLERI**



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Un conocido político y empresario aparece muerto semidesnudo en el interior de su coche en un arrabal donde reinan la prostitución y la droga. Todo apunta a que ha fallecido de un ataque al corazón después de haber mantenido relaciones íntimas con una persona desconocida. Sin embargo, el comisario Montalbano no se fía, y armado con su natural olfato para los comportamientos extraños, se propone descubrir la trama sexual y política que se esconde tras el presunto crimen.

Montalbano tiene cuarenta y cinco años, conserva una novia en Génova y es comisario de policía del pequeño pueblo de Vigàta, en Sicilia, que si bien no se encuentra en ningún mapa de este mundo es más real que la vida misma. Fiel amigo de sus amigos, amante de la buena mesa y sabedor de que la tierra ha girado y girará muchas veces en torno al sol, Montalbano es el compendio vivo de las antiquísimas culturas mediterráneas.

Su calidad humana, unida a su infalible perspicacia, han hecho de su creador, Andrea Camilleri, uno de los autores más leídos de Europa.

L≡**LIBROS**

Andrea Camilleri

La forma del agua
Comisario Montalbano - 1

La luz del amanecer no penetraba en el patio de la Splendor, la empresa adjudicataria de la limpieza urbana de Vigàta. Unas densas y grises nubes cubrían enteramente el cielo, como si alguien hubiera tendido un toldo de color gris de una a otra cornisa. No se movía ni una sola hoja. El siroco tardaba en despertarse de su plúmbeo sueño, y el simple hecho de intercambiar unas palabras producía cansancio. Antes de repartir las tareas, el jefe anunció que, aquel día y los siguientes, Peppe Schemmari y Caluzzo Brucculeri estarían ausentes por motivos justificados. Unos motivos más que justificados: ambos habían sido detenidos la víspera cuando intentaban robar a mano armada en el supermercado. Los puestos que habían dejado vacantes Peppe y Caluzzo fueron asignados a Pino Catalana y a Saro Montaperto, unos jóvenes arquitectos técnicos debidamente desempleados como arquitectos técnicos. Ambos habían sido contratados en calidad de «agentes ecológicos» eventuales gracias a la generosa intervención del honorable Cusumano, a cuya campaña electoral se habían entregado en cuerpo y alma (exactamente en este orden: el cuerpo hizo mucho más de lo que el alma estaba dispuesta a hacer). Concretamente se les había asignado el sector del aprisco, llamado así porque, al parecer, en tiempos inmemoriales un pastor lo había utilizado para sus cabras. Se trataba de una ancha franja de bosque bajo mediterráneo a las afueras del pueblo, que se extendía casi hasta el pilón y detrás de la cual se levantaban las ruinas de una gran fábrica de productos químicos. Esta fábrica había sido inaugurada por el omnipresente honorable Cusumano cuando el viento soplaba a favor de las fabulosas y crecientes fortunas; pero, después, el «vientecillo» se transformó en una ligera brisa hasta que finalmente cesó del todo, no sin antes haber provocado más daños que un tornado y dejado a su espalda una estela de parados y acogidos al fondo de garantía salarial. Para evitar que las manadas de negros y no tan negros que recorrían el pueblo —senegaleses, argelinos, tunecinos y libios— anidaran en aquella fábrica, se había construido un muro a su alrededor. Un muro por encima del cual asomaban todavía las estructuras corroídas por la intemperie, la desidia y la sal marina, cada vez más parecidas a la arquitectura de un Gaudí bajo los efectos de los alucinógenos.

Hasta hacía muy poco tiempo, para los que entonces se conocían por el poco elegante nombre de «basureros», el aprisco había sido una zona de trabajo extremadamente descansado: entre hojas de papel, bolsas de plástico, latas de cerveza y de Coca-Cola y cagadas mal enterradas o dejadas al aire, asomaba de vez en cuando un preservativo usado. Alguien con ganas y fantasía hubiera

podido pararse a imaginar los detalles del encuentro. Pero de un año a esta parte, los preservativos se habían convertido en un mar, una alfombra, desde que un ministro de rostro oscuro e impenetrable, digno de una clasificación lombrosiana, extrajera de su cabeza, todavía más oscura e impenetrable que su rostro, una idea para solucionar los problemas de orden público del sur. Dicha idea se la había comunicado a un compañero suyo con cargo en el Ejército y que casi parecía sacado de una ilustración de «Pinocho». Ambos decidieron enviar a Sicilia unos cuantos contingentes militares destinados a «controlar el territorio» y aliviar la tarea de los carabineros, policías, servicios de información, núcleos operativos especiales, Policía Judicial, agentes de tráfico, vigilancia ferroviaria y portuaria, miembros de la Jefatura Superior de Policía, grupos antimafia, antiterrorismo, antidroga, antirrobo, antisequestro y de muchos otros, omitidos para abreviar, que realizan tareas muy diversas. Gracias a la ocurrencia de los dos eminentes estadistas, un grupo de niños piamonteses e imberbes friulanos de reemplazo que hasta entonces se habían deleitado respirando el aire puro y punzante de sus montañas, de la noche a la mañana se habían visto resollando afanosamente y viviendo en alojamientos provisionales en unos pueblos que se encontraban poco más o menos a un metro de altura sobre el nivel del mar, entre gente que hablaba un dialecto incomprensible, a base de silencios más que de palabras, y que se expresaba con movimientos de cejas indescifrables y fruncimientos imperceptibles. Se habían adaptado lo mejor que habían podido, gracias a su juventud y a la mano que les habían echado los propios vigateses, conmovidos por el aspecto desvalido y desarraigado de aquellos mozos forasteros. Pero quien de verdad se había encargado de suavizar la dureza de su exilio había sido Gegè Gullotta, un hombre de ingenio desbordante, obligado hasta aquel momento a reprimir sus naturales dotes de rufián bajo el disfraz de pequeño camello. Tras enterarse, tanto por medio de artimañas como por vías ministeriales, de la inminente llegada de los soldados, Gegè había tenido una idea genial, y, para ponerla en práctica, había recurrido de inmediato a la persona adecuada para obtener los innumerables, complicados e indispensables permisos. Esta persona era la que realmente controlaba el territorio, y por su cabeza no pasaba, ni de lejos, la posibilidad de expedir licencias en papel timbrado. En resumen, Gegè pudo inaugurar en el aprisco su mercado especializado en carne fresca y en una amplia variedad de drogas blandas. La carne fresca procedía en buena parte de los países del Este, liberados del yugo comunista, el cual, como todo el mundo sabe, negaba toda dignidad a las personas. Ahora, entre los matorrales y el arenal del aprisco, la reconquistada dignidad volvía a brillar de noche en todo su esplendor. Pero tampoco faltaban mujeres del Tercer Mundo, travestis, transexuales, mariconzuelos napolitanos y «viados» brasileños. Los había para todos los gustos —un auténtico derroche, una orgía—, y el comercio prosperó para gran satisfacción de los militares, de Gegè y de la persona que le

había concedido los permisos a cambio de unos justos porcentajes.

Pino y Saro se encaminaron a su puesto de trabajo empujando cada uno su carrito. Para llegar al aprisco se tardaba media hora caminando despacio, como ellos estaban haciendo. Se pasaron el primer cuarto de hora sin decir nada, ya sudados y pegajosos. Después, Saro rompió el silencio.

—Ese Pecorilla es un cabrón —proclamó.

—Un grandísimo cabrón —confirmó Pino.

Pecorilla era el jefe que se encargaba del reparto de los lugares que había que limpiar, y era evidente que odiaba con toda su alma a cualquiera que tuviera estudios, él, que a los cuarenta años sólo había conseguido aprobar el tercer curso de enseñanza primaria, y eso gracias a que Cusumano le había puesto las peras a cuarto al maestro. De ahí que siempre se las arreglara para que el trabajo más humillante y difícil recayera sobre los tres diplomados que tenía a sus órdenes. En efecto, aquella misma mañana había encargado a Ciccu Loreto el tramo del muelle del que zarpaba el barco correo rumbo a la isla de Lampedusa. Lo que significaba que Ciccu, contable de profesión, se vería obligado a contar las toneladas de basura que las manadas de ruidosos turistas —eso sí, multilingües—, hermanados por un total desprecio por la higiene personal y pública, dejaban tras de sí los sábados y los domingos mientras esperaban a embarcar. Pino y Saro también encontrarían en el aprisco un desastre parecido después de dos días de permiso de los militares.

Al llegar al cruce de Via Lincoln con Viale Kennedy (en Vigàta había también un patio Eisenhower y un callejón Roosevelt), Saro se detuvo.

—Paso un momento por casa para ver cómo está mi crío —le dijo a su amigo—. Espérame, será sólo un minuto.

Sin aguardar la respuesta de Pino, Saro cruzó el portal de uno de aquellos rascacielos enanos de doce pisos como máximo, construidos aproximadamente en la misma época que la fábrica de productos químicos y devastados tan prematuramente como ésta, pero no abandonados. A los viajeros que llegaban por mar, Vigàta se les presentaba como una caricatura de Manhattan a escala reducida: puede que de ahí vengan esos nombres de calles.

Nene, el crío, permanecía en vela. Por la noche dormía como mucho dos horas, y el resto del tiempo se lo pasaba con los ojos abiertos y sin llorar. ¿Dónde se había visto un chiquillo que no llorara jamás? Día tras día, lo consumía un extraño mal, sin remedio conocido, que los médicos de Vigàta eran incapaces de curar. Tendrían que haberlo llevado a un buen especialista de fuera, pero era muy caro. En cuanto sus ojos se cruzaron con los de su padre, Nene se puso de mal humor y en su frente se dibujó una arruga. No sabía hablar, pero con aquel mudo reproche mortificaba a quien consideraba responsable de su situación.

—Está un poquito mejor, le está bajando la fiebre —le dijo Tana, su mujer, sólo para no disgustarlo.

El cielo se había despejado y ahora lucía un sol capaz de partir las piedras. Saro ya había vaciado diez veces su carretilla en el vertedero, abierto por iniciativa privada donde antaño se encontraba la salida posterior de la fábrica, y tenía la espalda hecha polvo. Al llegar a un tiro de piedra del sendero que bordeaba el muro de protección y que daba acceso a la carretera provincial, vio en el suelo algo que despedía un intenso brillo. Se agachó para verlo mejor. Era un colgante enorme en forma de corazón, cuajado de diamantes y con un brillante tremendo en el centro, que aún pendía de una cadena de oro macizo, rota en un eslabón. Su mano derecha salió disparada, se apoderó del collar y lo introdujo en su bolsillo. Saro tuvo la sensación de que la mano había actuado por su cuenta y riesgo, sin que el cerebro, todavía atontado por la sorpresa, le hubiera dicho nada. Se incorporó chorreando sudor y miró a su alrededor, pero no había ni un alma.

Pino, que había elegido el trozo de aprisco más cercano al arenal, de repente reparó en el morro de un coche que, a unos veinte metros de distancia, asomaba por un matorral más denso que los demás. Se detuvo perplejo; no era posible que alguien se hubiera demorado hasta aquella hora, las siete de la mañana, para follar con una puta. Se acercó cautelosamente, avanzando de puntillas y casi doblado por la mitad. Al llegar a la altura de los faros delanteros, enderezó de golpe la espalda. No ocurrió nada, nadie le dijo que se metiera en sus asuntos; el coche parecía estar vacío. Se acercó un poco más. En el asiento del copiloto vio la borrosa silueta de un hombre inmóvil, con la cabeza echada hacia atrás. Tenía aspecto de estar profundamente dormido, pero a Pino había algo que no le cuadraba. Se volvió, y empezó a dar voces, llamando a Saro. Éste llegó echando los bofes, con los ojos como platos.

—¿Qué pasa? ¿Qué coño quieres? ¿Qué mosca te ha picado?

Pino percibió de sus preguntas de su amigo un tono agresivo, pero lo atribuyó a la carrera que se había pegado para reunirse con él.

—Fíjate en eso.

Armándose de valor, Pino se acercó al lado del conductor, intentó abrir la portezuela sin conseguirlo, pues el coche tenía puesto el seguro. Con la ayuda de Saro, que ahora ya parecía un poco más tranquilo, trató de alcanzar la otra puerta, contra la cual se apoyaba parte del cuerpo del hombre, pero no pudo porque el coche, un impresionante BMW de color verde, estaba tan pegado al seto que no permitía que nadie se acercara por aquel lado. Sin embargo, asomándose y arañándose la piel con las zarzas, lograron ver el rostro del

hombre. No dormía, tenía los ojos abiertos e inmóviles. Al darse cuenta de que la había palmado, Pino y Saro se quedaron helados del susto: no por la contemplación de la muerte, sino porque habían reconocido al muerto.

—Me noto como si estuviera en una sauna —dijo Saro, corriendo por la carretera provincial hacia una cabina telefónica—. Un chorro frío y un chorro caliente.

Una vez superada la parálisis inicial al reconocer la identidad del muerto, ambos se pusieron de acuerdo: antes de informar a los representantes de la ley, tenían que hacer otra llamada. Se sabían de memoria el número del honorable Cusumano, y Saro lo marcó, pero en el último momento Pino no permitió que diera ni un solo tono.

—Cuelga ahora mismo —dijo.

Saro lo hizo en una especie de acción refleja.

—¿No quieres que le avisemos?

—Vamos a meditarlo un momento, hay que pensarlo muy bien, el caso es serio. Mira, tanto tú como yo sabemos que el honorable es una marioneta.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que es una marioneta en manos del ingeniero Luparello, quien de verdad es, mejor dicho, era todo. Muerto Luparello, Cusumano no es nadie; es una pura mierda.

—Entonces, ¿qué?

—Entonces nada.

Se encaminaron hacia Vigàta, pero, a los pocos pasos, Pino detuvo a Saro.

—Rizzo —dijo.

—Yo a ése no lo llamo, me da miedo, no lo conozco.

—Yo tampoco, pero lo llamaré de todos modos.

Pino consiguió el número a través del servicio de información. Eran casi las ocho menos cuarto, pero Rizzo contestó al primer tono.

—¿El abogado Rizzo?

—Sí, soy yo.

—Perdone que lo moleste a estas horas, señor abogado... Hemos encontrado al ingeniero Luparello..., nos parece que está muerto.

Hubo una pausa. Luego, Rizzo habló.

—¿Y por qué me lo cuenta a mí?

Pino se sorprendió. Esperaba cualquier cosa menos aquella respuesta.

—Pero ¿cómo? ¿Acaso no es usted... su mejor amigo? Nos hemos sentido en la obligación...

—Se lo agradezco. Pero ante todo es necesario que cumplan ustedes con su deber. Buenos días.

Saro había escuchado la conversación con la mejilla pegada a la de Pino.

Ambos se miraron, perplejos. Era como si le hubieran dicho a Rizzo que habían encontrado un cadáver anónimo.

—Pero ¿qué coño es esto?, era amigo suyo, ¿no? —dijo repentinamente Saro.

—Vete tú a saber. A lo mejor, últimamente estaban peleados —replicó Pino.

—Y ahora ¿qué hacemos?

—Vamos a cumplir con nuestro deber, como ha dicho el abogado —contestó Pino.

Se dirigieron a la comisaría del pueblo. La idea de acudir a los carabinieri ni se les pasó por la antesala del cerebro, pues los mandaba un teniente milanés. En cambio, el comisario era de Catania, se llamaba Salvo Montalbano y, cuando quería entender una cosa, la entendía.

—Otra vez

—No —dijo Livia, sin dejar de mirarlo, con los ojos iluminados por la tensión amorosa.

—Por favor.

—No, he dicho que no.

« Me gusta que me fuercen un poquito » , recordó que ella le había susurrado una vez al oído; entonces, presa de la excitación, trató de introducirle una rodilla entre los apretados muslos mientras le sujetaba fuertemente las muñecas y le abría los brazos como si estuviera crucificada.

Se miraron un momento con afanosa respiración y ella cedió de repente.

—Sí —dijo—. Sí. Ahora.

Justo en aquel momento, sonó el teléfono. Sin abrir tan siquiera los ojos, Montalbano alargó el brazo, pero no para coger el teléfono, sino más bien para asir los bordes fluctuantes del sueño que inexorablemente se estaba desvaneciendo.

—¡Diga!

Estaba furioso con el inoportuno comunicante.

—Señor comisario, tenemos un cliente.

Reconoció la voz del sargento Fazio. El otro de igual graduación, Tortorella, aún estaba en el hospital por una grave herida en el vientre causada por la bala que le había disparado uno que quería hacerse pasar por mafioso, pero que, en realidad, era un cabrón de tres al cuarto. En su jerga, un cliente significaba un muerto del que se tenían que encargar.

—¿Quién es?

—Aún no lo sabemos.

—¿Cómo lo han matado?

—No lo sabemos. Es más, ni siquiera sabemos si lo han matado.

—No lo entiendo, sargento. ¿Me despiertas sin saber una mierda?

Respiró hondo para que se le pasara aquel enfado que el otro aguantaba con más paciencia que un santo.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Dos basureros en el aprisco, en el interior de un coche.

—Voy enseguida. Entretanto, llama a Montelusa, que vengan los de la Policía Científica, y avisa al juez Lo Bianco.

Mientras se duchaba, llegó a la conclusión de que el muerto tenía necesariamente que pertenecer a la *cosca*, la familia mafiosa, de los Cuffaro de Vigàta. Ocho meses atrás, probablemente como consecuencia de repartos territoriales, había estallado una encarnizada guerra entre los Cuffaro y los Sinagra de Fela; un muerto al mes, de manera alterna y sistemática: uno en Vigàta y otro en Fela. El último de ellos, un tal Mario Salino, había sido tiroteado en Fela por los vigateses, por lo que estaba claro que, esta vez, le había tocado a uno de los Cuffaro.

Antes de salir de casa —vivía solo en un pequeño chalet en la playa, al otro lado del aprisco—, sintió el deseo de llamar a Livia a Génova. Ella contestó de inmediato, medio adormilada.

—Perdona, quería oír tu voz.

—Estaba soñando contigo —le dijo ella—. Estabas conmigo.

Montalbano iba a decirle que él también había soñado con ella, pero se lo impidió un absurdo pudor. En su lugar, preguntó:

—¿Qué hacíamos?

—Lo que no hacemos desde hace demasiado tiempo —contestó ella.

En la comisaría, aparte del sargento, encontró sólo a tres agentes. Los demás estaban con el propietario de una tienda de ropa que le había pegado un tiro a su hermana a causa de una herencia y después se había largado. Abrió la puerta de la sala de seguridad. Los dos basureros estaban sentados en el banco muy pegados el uno al otro y con el semblante pálido a pesar del sofocante calor.

—Esperadme, vuelvo enseguida —les dijo Montalbano.

Le miraron resignados, sin molestarse en contestar. Era bien sabido que, cuando alguien se topaba con la ley por la razón que fuera, la cosa siempre iba para largo.

—¿Alguno de vosotros ha avisado a los periodistas? —preguntó el comisario a sus hombres.

Los agentes negaron con la cabeza.

—Mucho ojo, no quiero que estén a todas horas tocándome los cojones.

Galluzzo se adelantó tímidamente y levantó dos dedos como si pidiera permiso para ir al retrete.

—¿Ni siquiera a mi cuñado?

El cuñado de Galluzzo era el periodista de Televigata que llevaba la sección de sucesos, y Montalbano se imaginaba la trifulca familiar si Galluzzo no le decía nada. De hecho, Galluzzo lo miraba con expresión suplicante y desesperada.

—Bueno. Que vaya cuando se haya levantado el cadáver. Y sin fotografías.

Se fueron en el automóvil de servicio, dejando a Giallombardo de guardia.

Conducía Gallo, quien, junto con Galluzzo, era aficionado a cuchufletas del tipo « Comisario, ¿qué se cuenta en el gallinero?», y Montalbano, que lo conocía muy bien, le advirtió:

—No hace falta que corras.

Pero, al llegar a la curva de la iglesia del Carmen, Peppe Gallo no pudo más, aceleró y derrapó. Sintieron un golpe seco, como un pistoletazo, y el coche patinó. Bajaron. El neumático posterior derecho colgaba reventado; habían estado trabajándolo un buen rato con una hoja muy afilada y los cortes se veían con toda claridad.

—¡Cabrones, hijos de la gran puta! —estalló el sargento.

Montalbano se enfadó en serio.

—¡Pero si ya sabéis que una vez cada quince días nos rajan los neumáticos! ¡Maldita sea! Y eso que cada mañana os lo digo: ¡echadles un vistazo antes de salir! ¡Y a vosotros, en cambio, os importa una mierda, capullos! ¡Hasta que alguien se rompa la crisma!

Entre una cosa y otra, fueron necesarios diez minutos largos para cambiar la rueda y, cuando llegaron al aprisco, los de la Científica de Montelusa ya se encontraban en el lugar de los hechos. Estaban en la fase meditativa, como la llamaba Montalbano: es decir, cinco o seis agentes dando vueltas alrededor del coche, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos o en la espalda. Parecían filósofos enfrascados en profundos pensamientos, pero en realidad caminaban con los ojos muy abiertos, buscando en el suelo un indicio, un rastro, una huella. En cuanto Jacomuzzi, el jefe de la Científica, lo vio, corrió a su encuentro.

—¿Cómo es posible que no haya periodistas?

—Yo no he querido.

—Esta vez te van a pegar un tiro por hacerles perder una noticia de semejante calibre. —Jacomuzzi estaba visiblemente alterado—. ¿Sabes quién es el muerto?

—No. Dímelo tú.

—Es el ingeniero Silvio Luparello.

—¡Coño! —fue el comentario de Montalbano.

—¿Y sabes cómo ha muerto?

—No. Y tampoco quiero que me lo digas. Lo veré con mis propios ojos.

Jacomuzzi volvió junto a sus hombres, ofendido. El fotógrafo de la Científica ya había terminado y ahora le tocaba el turno al doctor Pasquano. Montalbano observó que el médico se veía obligado a trabajar en una postura incómoda, con medio cuerpo en el interior del vehículo, tratando de alcanzar el asiento del copiloto, en el que se entreveía una oscura silueta. Fazio y los agentes de Vigàta estaban echando una mano a sus compañeros de Montelusa. El comisario

encendió un cigarrillo y se volvió para contemplar la fábrica de productos químicos. Aquellas ruinas lo fascinaban. Decidió volver un día, hacer unas fotos y enviárselas a Livia para explicarle, por medio de aquellas imágenes, ciertas cosas de sí mismo y de su tierra que ella todavía no lograba comprender.

Vio acercarse el coche del juez Lo Bianco, que descendió del vehículo muy alterado.

—¿De veras el muerto es el ingeniero Luparello?

Por lo visto Jacomuzzi no había perdido el tiempo.

—Parece ser que sí.

El juez se reunió con el grupo de la Científica y se puso a conversar nerviosamente con Jacomuzzi y el doctor Pasquano, el cual había sacado de su maletín un frasco de alcohol y se estaba desinfectando las manos. Al cabo de un rato, suficiente como para que el sol achicharrara a Montalbano, los de la Científica subieron a su automóvil y se fueron. Al pasar por su lado, Jacomuzzi no lo saludó. Montalbano oyó apagarse a su espalda la sirena de una ambulancia. Ahora le correspondía el turno a él. Tenía que decir y hacer, no podría evitarlo. Se sacudió de encima el entumecimiento en el que se estaba cociendo a fuego lento y se encaminó hacia el coche del muerto. A medio camino, el juez le cortó el paso.

—Ya se puede levantar el cadáver. Dada la notoriedad del pobre ingeniero, cuanta más prisa nos demos, mejor. De todos modos, téngame diariamente al corriente de la marcha de la investigación. —Hizo una pausa para suavizar el carácter perentorio de las palabras que acababa de pronunciar, y añadió—: Llámeme cuando lo considere oportuno. —Otra pausa, y a continuación—: Siempre en horas de oficina, claro.

Se alejó. Llamarle a su despacho y no a casa. En casa, todo el mundo lo sabía, el juez Lo Bianco se dedicaba a la redacción de una voluminosa obra: *Vida y obra de Rinaldo y Antonio Lo Bianco, maestros jurados de la Universidad de Gírgenti en tiempos del rey Martín el Joven (1402-1409)*, a quienes él consideraba antepasados suyos, aunque muy lejanos.

—¿Cómo ha muerto? —le preguntó al médico.

—Véalo usted mismo —contestó Pasquano, apartándose a un lado.

Montalbano introdujo la cabeza en el vehículo, que parecía un horno (en aquel caso en concreto, crematorio); contempló por primera vez el cadáver y pensó de inmediato en el jefe superior de policía.

Pensó en él no porque soliera pensar en su superior jerárquico al comienzo de cada investigación, sino porque hacía diez días había hablado con el viejo jefe superior Burlando —que era amigo suyo— de un libro de Aries, «Historia de la muerte en Occidente», que ambos habían leído. El jefe de policía había afirmado que todas las muertes, incluso las más humillantes, conservaban siempre cierto carácter sagrado. Montalbano le había replicado con toda

sinceridad que en ninguna muerte, ni siquiera en la de un Papa, conseguía ver nada que fuera sagrado.

Ahora habría querido tener a su lado al señor jefe de policía para que viera lo que él estaba viendo. El ingeniero había sido siempre un personaje elegante y extremadamente meticuloso en todo lo referente al cuidado de su aspecto, y ahora, en cambio, iba sin corbata y llevaba la camisa arrugada, las gafas de través, el cuello de la chaqueta incongruentemente medio levantado, y los calcetines tan caídos y aflojados que le cubrían los mocasines. Sin embargo, lo que más le llamó la atención al comisario fue la contemplación de los pantalones bajados hasta las rodillas, los blancos calzoncillos visibles bajo los pantalones, y la camisa enrollada junto con la camiseta hasta la mitad del pecho.

Y el sexo obscena e indecentemente al aire, grueso, velludo y en total contraste con los delicados rasgos del resto del cuerpo.

—Pero ¿cómo ha muerto? —volvió a preguntarle al médico, mientras se apartaba del coche.

—Me parece evidente, ¿no? —contestó groseramente Pasquano, y añadió—: ¿Sabía usted que el ingeniero había sido operado del corazón por un prestigioso especialista de Londres?

—Pues la verdad es que no. Lo vi el miércoles pasado en la televisión, y me pareció que gozaba de perfecta salud.

—Parecía, pero no era así. Mire, en política, todos son como los perros. En cuanto se enteran de que no puedes defenderte, te atacan a dentelladas. Al parecer, en Londres le colocaron dos *bypass*, y dicen que fue muy complicado.

—¿Quién lo atendía en Montelusa?

—Mi colega Capuano. Cada semana se hacía un control. Se preocupaba mucho por su salud, quería estar siempre en forma.

—¿Le parece oportuno que hable con Capuano?

—No serviría absolutamente de nada. Lo que aquí ha ocurrido está más claro que el agua. Al pobre ingeniero le entró el capricho de echar un buen polvo en este paraje, tal vez con alguna puta exótica. Lo echó y la palmó. —Pasquano se dio cuenta de que la mirada de Montalbano se había perdido en la distancia—. ¿No le convence?

—No.

—¿Por qué?

—La verdad es que ni yo mismo lo sé. ¿Tendrá la bondad de enviarme mañana el resultado de la autopsia?

—¿Mañana? ¡Usted está loco! Antes que al ingeniero, tengo a esa joven de veinte años violada en una alquería y que fue descubierta diez días más tarde comida por los perros. Después le toca a Fofó Greca, al que le cortaron la lengua y las pelotas y lo dejaron morir colgado de un árbol. Después viene...

Montalbano interrumpió la macabra lista.

—Hablemos claro, Pasquano, ¿cuándo me enviará el resultado?

—Pasado mañana, si no tengo que ir de aquí para allá a examinar otros muertos.

Ambos se despidieron. Después Montalbano llamó al sargento y a sus hombres, les dijo lo que tenían que hacer y cuándo podían permitir que introdujeran el cuerpo en la ambulancia, y le pidió a Gallo que lo acompañara de nuevo a la comisaría.

—Después vuelves y recoges a los demás. Y, como corras, te rompo los cuernos.

Pino y Saro firmaron la declaración en la que describían detalladamente todos sus movimientos antes y después del descubrimiento del cadáver. En la declaración faltaban dos hechos importantes que los basureros se habían guardado mucho de revelar a los representantes de la ley. El primero era que habían reconocido casi de inmediato al muerto, y el segundo, que se habían apresurado a comunicarle su descubrimiento al abogado Rizzo. Después regresaron a casa; Pino con los pensamientos en otra parte y Saro acariciando de vez en cuando el bolsillo en que guardaba el collar.

Durante veinticuatro horas, por lo menos, no ocurriría nada. Montalbano se fue por la tarde a su chalet, se tendió en la cama y se pasó tres horas durmiendo. Después se levantó y, puesto que a mediados de septiembre el mar estaba tan liso como una tabla, se dio un buen baño. Al regresar a su casa, se preparó un plato de espaguetis con erizos de mar y encendió el televisor. Como era de esperar, todos los informativos locales hablaban de la muerte del ingeniero; hacían los habituales elogios y, de vez en cuando, salía algún político con cara de circunstancias para recordar los méritos del difunto y los problemas que entrañaba su desaparición. Pero no hubo ni uno, ni siquiera el único telediario de la oposición, que se atreviera a decir de qué manera había muerto el malogrado Luparello.

Saro y Tana pasaron una mala noche. No les cabía la menor duda de que Saro había encontrado un tesoro como los de los cuentos, en los que unos miserables pastores tropezaban con jarras llenas de monedas de oro o con joyas cuajadas de brillantes. Pero aquí, la cuestión era muy distinta: no cabía duda de que el collar, de moderna factura, había sido perdido la víspera, y, calculando a ojo de buen cubero, valía una fortuna. ¿Cómo era posible que nadie lo hubiera reclamado? Sentados alrededor de la mesa de la cocina, con el televisor encendido y la ventana abierta para evitar que los vecinos, alertados por el más mínimo cambio, empezaran a fisgonear y criticar, Tana se opuso a la intención de su marido de ir a venderse a los hermanos Siracusa en cuanto abrieran la joyería.

—En primer lugar, tú y yo somos personas honradas. Y por eso no podemos ir a vender una cosa que no nos pertenece.

—Pero entonces, ¿qué quieres que hagamos? ¿Que vaya al jefe, le diga que he encontrado el collar y se lo entregue para que él se lo devuelva a su dueño cuando éste acuda a reclamarlo? En cuestión de diez minutos, el cabrón de Pecorilla iría a venderlo por su cuenta.

—Podemos hacer otra cosa. Guardamos el collar en casa, pero se lo decimos a Pecorilla. Si alguien lo reclama, se lo entregamos.

—¿Y qué ganamos con eso?

—El porcentaje que se supone que corresponde a quien encuentra este tipo de cosas. ¿Cuánto crees tú que vale?

—Unos veinte millones de liras —contestó Saro, pensando que había dicho una cifra demasiado alta—. Supongamos que nos corresponden dos millones. ¿Me quieres explicar cómo pagamos con dos millones todos los tratamientos que necesita Nene?

Estuvieron discutiendo hasta el amanecer y lo dejaron porque Saro se tenía que ir a trabajar. Pero habían llegado a un acuerdo provisional que dejaba parcialmente a salvo su honradez: guardarían el collar sin decir una sola palabra a nadie, dejarían pasar una semana y entonces, en caso de que no hubiera aparecido el propietario reclamándolo, irían a empeñarlo. Cuando, poco antes de salir, Saro fue a dar un beso a su hijo, se llevó una sorpresa: Nene estaba profundamente dormido, como si se hubiera enterado de que su padre había encontrado la manera de conseguir curarlo.

Pino tampoco pudo pegar ojo aquella noche. Su cabeza era muy dada a la reflexión. Le encantaba el teatro y había sido actor en las voluntariosas aunque cada vez más escasas compañías teatrales de aficionados de Vigàta y alrededores. Le gustaba leer obras de teatro y, en cuanto sus magras ganancias se lo permitían, corría a la única librería de Montelusa a comprarse comedias y dramas. Vivía con su madre, que cobraba una pequeña pensión, y no tenían problemas para comer. Su madre le había hecho contar tres veces el descubrimiento del muerto, obligándolo a ilustrar mejor cada detalle. Lo hacía para contárselo al día siguiente a sus amigas de la iglesia y del mercado y presumir de haberse enterado de todas aquellas cosas y de tener un hijo que había tenido la valentía de inmiscuirse en un suceso como aquél. Hacia la medianoche, la mujer se fue a dormir. Poco después se acostó Pino. Pero no hubo manera de que pudiera conciliar el sueño, pues algo lo hacía dar vueltas bajo la sábana. Ya hemos dicho que tenía una cabeza muy dada a la reflexión y, por eso, tras pasarse dos horas tratando infructuosamente de cerrar los ojos, comprendió racionalmente que no podría ser. Estaba tan nervioso como un chiquillo la noche de Reyes. Se levantó, se lavó un poco y se sentó junto al pequeño escritorio de su habitación. Se repitió a sí mismo la historia que le había contado a su madre, y todo estaba bien; todos los detalles cuadraban, el zumbido de su cabeza se mantenía en segundo plano. Era como el juego del « frío, frío, caliente, caliente »; mientras pasaba revista a todo lo que había contado, el zumbido parecía decir: agua, agua, por lo que la molestia tenía que proceder de algo que no le había dicho a su madre. En efecto, no le había contado las mismas cosas que, de acuerdo con Saro, le había llamado a Montalbano: el inmediato reconocimiento del cadáver y la llamada al abogado Rizzo. Aquí el zumbido era muy fuerte y gritaba: ¡fuego, fuego! Entonces, cogió papel y pluma y transcribió palabra por palabra el diálogo que había mantenido con el abogado. Lo volvió a leer e hizo algunas correcciones, forzando la memoria hasta anotar, como en un guión de teatro, incluso las pausas. Cuando lo tuvo delante, lo releyó en su versión definitiva. Algo fallaba. Pero ya era demasiado tarde y se tenía que ir a la Splendor.

Hacia las diez de la mañana, Montalbano vio interrumpida la lectura de los dos diarios sicilianos, el que se publicaba en Palermo y el de Catania, por una llamada del jefe superior de policía que le pasaron al despacho.

—Tengo que transmitirle unos agradecimientos —empezó diciendo el jefe superior.

—¿Ah, sí? ¿De parte de quién?

—De parte del obispo, Monseñor Teruzzi, y de nuestro ministro. Monseñor Teruzzi me ha dicho, y repito sus palabras, que se ha alegrado de la caridad cristiana puesta de manifiesto por usted, por decirlo de alguna manera, al impedir que periodistas y fotógrafos sin escrúpulos ni decencia pudieran captar y difundir

unas imágenes indecorosas del cadáver.

—¡Pero yo di la orden cuando aún no sabía quién era el muerto! Habría hecho lo mismo con cualquier otra persona.

—Lo sé, Jacomuzzi me lo ha contado todo. Pero ¿para qué iba yo a revelar este insignificante detalle al venerable prelado? ¿Para desengañarlo con respecto a su caridad cristiana? Es un gesto caritativo, mi querido amigo, que adquiere tanto más valor cuanto más elevada es la posición del objeto de la caridad, ¿me explico? Imagínese que el obispo ha llegado incluso a citar a Pirandello.

—¡No me diga!

—Pues sí. Ha citado aquella frase de «Seis personajes en busca de autor» en la que el padre dice que, después de una vida intachable, por culpa de un fallo momentáneo uno no puede permanecer atado para siempre a un gesto deshonroso. Como queriendo decir que no se puede transmitir a la posteridad la imagen del ingeniero con los pantalones momentáneamente bajados.

—¿Y el ministro?

—Bueno, ése no ha citado a Pirandello porque ni siquiera sabe dónde vive, pero la idea, tortuosa y dicha entre refunfuñas, era la misma. Y, dado que pertenece al mismo partido que Luparello, se ha permitido añadir otra palabra.

—¿Cuál?

—Prudencia.

—¿Qué tiene que ver la prudencia con esta historia?

—No lo sé, yo le transmito la palabra escueta.

—¿Se sabe algo de la autopsia?

—Todavía no. Pasquano quería guardarlo en la cámara frigorífica hasta mañana, pero le he convencido para que lo examine a última hora de la mañana o a primera de la tarde. Pero no creo que por ahí podamos averiguar nada.

—Lo mismo pienso yo —dijo el comisario, dando por terminada la conversación.

Montalbano no extrajo de la lectura de los periódicos más información de la que ya tenía sobre la vida, milagros y reciente muerte del ingeniero Luparello, por lo que sólo le sirvió para refrescarle la memoria. Heredero de una dinastía de constructores de obras de Montelusa (su abuelo había proyectado la vieja estación, y su padre, el Palacio de Justicia), el joven Silvio, tras licenciarse brillantemente en el Instituto Politécnico de Milán, había regresado a su pueblo para continuar y potenciar las actividades de la familia. Católico practicante, había abrazado las ideas de su abuelo, que era un ardiente seguidor de don Luigi Sturzo, fundador del Partido Popular italiano (acerca de las ideas de su padre, miembro de las brigadas de acción fascistas y participante en la marcha sobre Roma, se había corrido un obligado velo de silencio), y se había ejercitado en la

Fuci, la organización que agrupaba a los jóvenes universitarios católicos, tejiendo de esta manera una sólida red de amistades. Desde entonces, Silvio Luparello aparecía en todas las manifestaciones, celebraciones y comicios al lado de los peces gordos del partido, pero siempre un paso por detrás y con una media sonrisa en los labios, dando a entender que estaba allí por decisión propia y no por razones de jerarquía. Requerido en repetidas ocasiones para que se presentara como candidato a las distintas elecciones políticas o administrativas, siempre se había negado aduciendo nobilísimos motivos —puntualmente dados a conocer a la opinión pública—, como la humildad, el servicio en la sombra y en silencio, cualidades propias de un católico. Durante casi veinte años, había servido efectivamente en la sombra y en silencio, hasta que un día decidió aprovecharse de todo lo que había visto con sus perspicaces ojos en aquella sombra. Para empezar, se había rodeado de servidores (aunque los periódicos los llamaban « fraternales amigos » o « fieles seguidores »), el primero de los cuales había sido el honorable Cusumano. A continuación, puso librea al senador Portolano y al diputado Tricomi. En resumen, todo el partido, en Montelusa y en la provincia, había pasado a sus manos, al igual que el ochenta por ciento de las contratas públicas y privadas. Ni siquiera le rozó el terremoto desencadenado por algunos jueces milaneses que hizo tambalear a la clase política que ostentaba el poder desde hacía cincuenta años. Es más, gracias precisamente a que siempre se había mantenido en un segundo plano, pudo salir a la luz y tronar contra la corrupción de sus compañeros de partido. En cosa de un año o algo menos, se había convertido, en su calidad de paladín de la renovación y gracias a los numerosos afiliados, en secretario provincial. Por desgracia, entre su triunfal nombramiento y su muerte sólo habían transcurrido tres días. Un periódico lamentaba que la mala suerte no hubiera permitido que un personaje de tan elevada y sublime estatura tuviera tiempo de devolver al partido su antiguo esplendor. Al recordarlo, ambos periódicos evocaban unánimemente su gran generosidad y delicadeza espiritual, y su disponibilidad a tender la mano en todas las circunstancias dolorosas, tanto a los amigos como a los enemigos, sin distinción. Con un estremecimiento, Montalbano recordó unas imágenes del año anterior transmitidas por una televisión local. El ingeniero inauguraba un pequeño orfelinato en Belfi, el pueblo natal de su abuelo, bautizado con el nombre de éste. Una veintena de chiquillos vestidos de la misma manera entonaban una canción de agradecimiento al ingeniero, que los escuchaba emocionado. Las palabras de aquella « canción » se habían quedado indeleblemente grabadas en la memoria del comisario: « Qué bueno y qué bello / el ingeniero Luparello » .

Los periódicos, además de silenciar las circunstancias de la muerte, acallaban los rumores que corrían desde hacía años acerca de asuntos mucho menos públicos

en los que estaba involucrado el ingeniero. Se hablaba de concursos de adjudicaciones amañados, comisiones millonarias y presiones rayanas en el chantaje. Y, en todos los casos, asomaba el nombre del abogado Rizzo, primero lacayo, después hombre de confianza y finalmente alter ego de Luparello. Se decía incluso que Rizzo era el puente entre el ingeniero y la mafia, y sobre este tema el comisario había tenido ocasión de ver, extraoficialmente, un informe confidencial en el que se hablaba de tráfico de divisas y blanqueo de dinero. Sospechas, desde luego, pero nada más, pues jamás se habían podido concretar: todas las peticiones para iniciar una investigación se habían perdido en los meandros de aquel palacio de justicia que el padre del ingeniero había proyectado y construido.

A la hora del almuerzo, Montalbano llamó a la Brigada Móvil de Montelusa para hablar con la inspectora Ferrara. Era la hija de un compañero suyo de escuela que se había casado muy joven; una chica simpática y divertida que, vete a saber por qué, de vez en cuando intentaba seducirlo.

—¿Anna? Te necesito.

—¡No me digas!

—¿Tienes alguna hora libre por la tarde?

—Me la buscaré, comisario. Siempre a tu disposición, de día y de noche. A tus órdenes o, si quieres, a tus deseos.

—Pues, entonces, iré a recogerte a Montelusa, a tu casa, sobre las tres.

—Me llenas de alegría.

—Ah, por cierto, Anna, vistete de mujer.

—¿Tacones muy altos y abertura en el muslo?

—Simplemente quería decir que no te presentes de uniforme.

Al segundo toque de claxon, Anna salió puntualísima del portal vestida con blusa y falda. No hizo preguntas. Se limitó a besar a Montalbano en la mejilla. Sólo cuando el vehículo enfiló el primero de los tres senderos que desde la carretera provincial conducían al aprisco, sólo entonces habló.

—Si me quieres follar, llévame a tu casa, aquí no me gusta.

En el aprisco había dos o tres coches, pero era evidente que sus ocupantes no pertenecían al ambiente nocturno de Gegè Gullotta. Eran estudiantes de ambos sexos, parejas burguesas que no habían encontrado sitio mejor. Montalbano recorrió el sendero hasta el final y, cuando las ruedas delanteras ya se hundían en la arena, frenó. El tupido matorral junto al cual se había descubierto el BMW se encontraba a la izquierda y no se podía alcanzar por aquel camino.

—¿Es allí donde lo han encontrado?—preguntó Anna.

—Sí.

—¿Qué buscas?

—Ni yo mismo lo sé. Bajemos.

Se encaminaron hacia los matorrales. Montalbano le rodeó el talle y la estrechó contra él; ella apoyó la cabeza en su hombro sonriendo. Ahora comprendía por qué la había invitado el comisario. Se trataba de una artimaña; yendo los dos juntos, no pasaban de ser una pareja más de enamorados o de amantes que buscaban la manera de aislarse en el aprisco. Eran seres anónimos y no suscitarían la menor curiosidad.

« ¡Qué hijo de puta! —pensó Anna—. Le importa una mierda lo que yo siento por él» .

Montalbano se detuvo de espaldas al mar. El matorral se encontraba frente a ellos, a unos cien metros de distancia en línea recta. No había la menor duda: el BMW había llegado hasta allí no por los senderos sino desde la playa y, tras girar hacia el matorral, se había detenido con el morro de cara a la vieja fábrica, es decir, justo en posición contraria a la que necesariamente tenían que adoptar los vehículos procedentes de la carretera provincial, pues no había el menor espacio para maniobrar. Cualquiera que quisiera regresar a la carretera no tenía más remedio que hacer marcha atrás en los senderos. Sin dejar de abrazar a Anna, Montalbano recorrió otro trecho con la cabeza inclinada: no descubrió huellas de neumáticos, el mar lo había borrado todo.

—Y ahora ¿qué hacemos?

—Primero llamaré a Fazio y después te acompañaré a casa.

—Comisario, ¿me permites que te diga una cosa con toda sinceridad?

—Pues claro.

—Eres un hijoputa.

—¿Comisario? Soy Pasquano. ¿Quiere explicarme, si no le importa, dónde demonios se había metido? Llevo tres horas buscándolo y en la comisaría nadie sabía nada.

—¿La ha tomado conmigo, doctor?

—¿Con usted? ¡Con el universo entero!

—¿Qué le ocurre?

—Me han obligado a dar preferencia a Luparello, exactamente igual que cuando vivía. Pero ¿es que hasta muerto tiene este hombre que pasar por delante de los demás? ¿Acaso piensan asignarle también un lugar de primera fila en el cementerio?

—¿Quería decirme algo?

—Le adelanto lo que le enviaré por escrito. Nada de nada, el pobre hombre murió por causas naturales.

—¿O sea?

—Pues que, hablando en términos no científicos, le estalló literalmente el corazón. Por lo demás, estaba bien, ¿sabe? Lo único que no le funcionaba era la bomba, y es la que lo ha jodido, a pesar de los extraordinarios esfuerzos que habían hecho por arreglársela.

—¿Había alguna otra señal en el cuerpo?

—¿De qué?

—Pues no sé, equimosis, inyecciones.

—Ya se lo he dicho: nada. No he nacido ayer, ¿comprende? Además, solicité, y me lo concedieron, que en la autopsia estuviera presente mi colega Capuano, su médico de cabecera.

—Se ha curado usted en salud, ¿verdad, doctor?

—¿Cómo dice?

—Una chorrada, perdone. ¿Padecía alguna otra enfermedad?

—¿Por qué vuelve otra vez a lo mismo? No tenía nada, sólo la tensión un poquito alta. Se la controlaba con un diurético, tomaba una pastilla el jueves y otra el domingo a primera hora de la mañana.

—O sea que el domingo, cuando murió, la había tomado.

—¿Y qué? ¿Qué coño insinúa? ¿Que le envenenaron la pastilla del diurético? ¿Se cree usted que estamos todavía en la época de los Borgia? ¿O acaso ha empezado a leer libros policíacos de saldo? Si lo hubieran envenenado, yo me habría dado cuenta, ¿no cree?

—¿Había cenado?

—No había cenado.

—¿Puede decirme a qué hora murió?

—Esa pregunta me ataca los nervios. Se dejan ustedes sugestionar por las películas americanas, en las que, cuando el policía pregunta a qué hora tuvo lugar el delito, el forense le contesta que el asesino terminó su obra a las dieciocho treinta y dos, segundo más segundo menos, treinta y seis días antes. Usted también vio que el cadáver aún no estaba rígido, ¿no? Y también notó el sofocante calor que hacía en el interior de aquel vehículo, ¿no?

—¿Entonces?

—Entonces el pobrecillo se fue entre las diecinueve y las veintidós horas de la víspera del día en que lo encontraron.

—¿Nada más?

—Nada más. Ah, se me olvidaba: el ingeniero la palmó, pero consiguió echar el polvo. Se encontraron restos de esperma en sus partes bajas.

—¿Señor jefe superior? Soy Montalbano. Quiero comunicarle que me acaba de llamar el doctor Pasquano. Ya ha realizado la autopsia.

—No gaste saliva, Montalbano. Lo sé todo. Sobre las dos de la tarde me ha llamado Jacomuzzi, que estaba presente, y me ha facilitado la información. ¡Qué bonito!

—Perdone, no le entiendo.

—Me parece bonito que, en esta espléndida provincia nuestra, alguien decida morir de muerte natural para dar buen ejemplo, ¿no cree? Con otras dos o tres muertes como la del ingeniero, nos ponemos al mismo nivel que el resto de Italia. ¿Ha hablado con Lo Bianco?

—Todavía no.

—Hágalo ahora mismo. Dígale que, por nuestra parte, ya no hay ningún problema. Pueden celebrar el entierro cuando quieran, si el juez da el visto bueno. Oiga, Montalbano, esta mañana he olvidado decírselo. Mi mujer se ha inventado una receta fabulosa para los pulpitos. ¿Le iría bien el viernes por la noche?

—¿Montalbano? Soy Lo Bianco. Quiero ponerle al corriente. A primera hora de la tarde he recibido una llamada del doctor Jacomuzzi.

« ¡Lástima de carrera desaprovechada! —pensó de inmediato Montalbano—. En otros tiempos, Jacomuzzi hubiera sido un pregonero extraordinario, de esos que iban por ahí tocando el tambor» .

—Me ha comunicado que la autopsia no ha detectado nada anormal —añadió el juez—. Y, por consiguiente, he autorizado la inhumación del cadáver. ¿Tiene

usted algo en contra?

—Nada.

—Entonces, ¿puedo considerar el caso cerrado?

—¿Me puede conceder dos días más de plazo?

Montalbano oyó, materialmente, dispararse un timbre de alarma en la cabeza de su interlocutor.

—¿Por qué, Montalbano?, ¿qué ocurre?

—Nada, señor juez, absolutamente nada.

—¿Pues entonces, hombre de Dios? Le confieso, señor comisario, y no tengo ningún reparo en hacerlo, que tanto yo como el jefe de la fiscalía, el gobernador civil y el jefe superior de policía hemos sido objeto de fuertes presiones para que el caso se cierre a la mayor brevedad posible. Nada ilegal, por supuesto. Sólo son las consabidas peticiones de personas, familiares y amigos del partido, que desean olvidar y hacer que se olvide cuanto antes esta desdichada historia. Y con razón, creo yo.

—Lo comprendo, señor juez. Pero yo no necesito más de dos días.

—Pero ¿por qué? ¡Deme una razón!

Encontró una respuesta, una escapatoria. No podía explicarle al juez que su petición no se basaba en nada o, mejor dicho, se basaba, no sabía ni cómo ni por qué, en la sensación de que alguien que en aquellos momentos actuaba con más habilidad que él lo estaba tomando por tonto.

—Si de veras lo quiere saber, le diré que lo hago por el qué dirán. No quiero que nadie haga correr la voz de que hemos archivado rápidamente el caso porque no teníamos intención de llegar hasta el fondo del asunto. Mire, basta muy poco para que tome cuerpo esta idea.

—Siendo así, estoy de acuerdo. Le concedo estas cuarenta y ocho horas. Pero ni un minuto más. Procure comprender la situación.

—¿Gegè? ¿Cómo estás, hermoso? Perdona que te despierte a las seis y media de la tarde.

—¡No me jodas!

—Gegè, ¿te parece que ésas son maneras de hablarle a un representante de la ley, tú, que, en presencia de la ley, lo único que puedes hacer es cagarte en los pantalones? A propósito de joder, ¿es cierto que te estás tirando a un negro de cuarenta?

—¿De cuarenta qué?

—De longitud de caña.

—No seas cabrón. ¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—¿Cuándo?

—Esta tarde, a última hora. Dime tú la hora.

—Mejor a las doce de la noche.

—¿Dónde?

—Donde siempre, en Puntasecca.

—Beso tu preciosa boquita, Gegè.

—¿*Dottor* Montalbano? Escuche, soy el gobernador Squatrito. El juez Lo Bianco me acaba de comunicar que usted ha pedido veinticuatro o cuarenta y ocho horas más, no recuerdo muy bien, antes de cerrar el caso del pobre ingeniero. El doctor Jacomuzzi, que ha tenido la amabilidad de mantenerme al tanto de los acontecimientos, me ha hecho saber que la autopsia ha establecido de forma inequívoca que Luparello falleció de muerte natural. A pesar de que está lejos de mí la idea, ¿qué digo idea?, ni siquiera la mínima sombra de interferencia, que por otra parte no tendría razón de ser, le quiero preguntar: ¿por qué esta petición?

—Mi petición, señor gobernador, como ya le he dicho al doctor Lo Bianco y le reitero a usted, está dictada por un deseo de transparencia, con el fin de cortar de raíz cualquier maliciosa insinuación sobre una posible intención de la policía de no aclarar los entresijos del caso y de archivarlo sin realizar las obligadas comprobaciones. Sólo eso.

El gobernador se declaró satisfecho con la respuesta de Montalbano, quien había elegido cuidadosamente dos verbos (aclarar y reiterar) y un sustantivo (transparencia) que formaban parte desde siempre del léxico del gobernador.

—Soy Anna, perdóname si te molesto.

—¿Por qué hablas así? ¿Estás resfriada?

—No, estoy en el despacho, en la Brigada Móvil, y no quiero que me oigan.

—Dime.

—Jacomuzzi ha llamado a mi jefe y le ha dicho que tú aún no quieres cerrar el caso Luparello. Mi jefe me ha dicho que eres un gilipollas, opinión que comparto y que, por otra parte, he tenido ocasión de manifestarte hace unas horas.

—¿Para eso llamas? Gracias por confirmármelo.

—Comisario, tengo que decirte otra cosa de la que me he enterado poco después de haberte dejado, al volver aquí.

—Estoy con la mierda hasta el cuello, Anna. Mañana.

—No, no hay tiempo que perder. Puede interesarte.

—Mira, estaré ocupado hasta la una o una y media de la noche. Si puedes acercarte ahora, me iría muy bien.

—Ahora no puedo. Iré a tu casa a las dos.

—¿Esta noche?

—Sí, y si no has llegado, te espero.

—Hola, cariño. Soy Livia. Siento llamarte al despacho, pero...

—Tú me puedes llamar cuando y donde quieras. ¿Qué hay?

—Nada importante. Acabo de leer en un periódico lo de la muerte de un político de tu tierra. Es sólo una reseña. Dice que el comisario Salvo Montalbano está llevando a cabo minuciosas investigaciones sobre las causas de la muerte.

—¿Y qué?

—¿Esta muerte te dará mucho la lata?

—No demasiado.

—Entonces, ¿no hay cambios? ¿El sábado que viene vendrás a verme? ¿No me darás una desagradable sorpresa?

—¿Cuál?

—La avergonzada llamada, anunciándome que se ha producido un cambio sustancial en las investigaciones y que, por consiguiente, tendré que esperar, pero que no sabes hasta cuándo y que quizá sería mejor dejado para la próxima semana. Ya lo has hecho, y más de una vez.

—No te preocupes, esta vez no sucederá eso.

—¿Dottor Montalbano? Soy el padre Arcangelo Baldovino, el secretario de su eminencia el obispo.

—Encantado. Dígame, padre.

—El obispo ha recibido, y con cierto estupor, lo reconocemos, la noticia de que usted considera oportuno prolongar las investigaciones acerca de la dolorosa y desdichada desaparición del ingeniero Luparello. ¿La noticia se ajusta a la verdad?

Montalbano le confirmó que se ajustaba a la verdad y explicó por tercera vez el motivo de su proceder. El padre Baldovino pareció convencido, pero suplicó al comisario que se diera prisa «para impedir infames conjeturas y evitar a la familia una ulterior tortura».

—¿Comisario Montalbano? Soy el ingeniero Luparello.

«Pero ¿no te habías muerto, coño?»

La broma estuvo a punto de escapársele, pero se contuvo a tiempo.

—Soy el hijo —añadió el otro con una voz extremadamente educada y cortés, sin la menor inflexión dialectal—. Me llamo Stefano. Tengo que hacerle una petición que quizá le parecerá insólita. Le llamo en nombre de mi madre.

—Si puedo atenderla, delo por hecho.

—Mi madre quisiera hablar con usted.

—¿Y eso qué tiene de insólito, ingeniero? Yo mismo tenía intención de pedirle a la señora que tuviera a bien recibirme cualquier día de éstos.

—El caso es, señor comisario, que mamá quisiera hablar con usted mañana, como muy tarde.

—Dios mío, ingeniero, estos días no tengo ni un minuto, créame. Y supongo que ustedes tampoco.

—Diez minutos siempre se encuentran, no se preocupe. ¿Le parece bien mañana por la tarde, a las cinco en punto?

—Montalbano, ya sé que te he hecho esperar, pero estaba... en el retrete, en tu reino. Venga, ¿qué quieres?

—Quiero darte una noticia muy grave. Me acaba de llamar el Papa desde el Vaticano, cabreadísimo contigo.

—Pero ¡qué dices, hombre!

—Pues sí, está furioso porque es la única persona del mundo que no ha recibido tu informe sobre el resultado de la autopsia de Luparello. Se ha sentido menospreciado, y me ha dado a entender que tiene intención de excomulgarlo. Estás jodido.

—Montalbano, estás como una chota.

—¿Me aclaras una cosa?

—Faltaría más.

—¿Tú le lames el culo a la gente por ambición o por naturaleza?

La sinceridad de la respuesta del otro lo dejó asombrado.

—Por naturaleza, creo.

—Oye, ¿habéis terminado ya de examinar la ropa que vestía el ingeniero? ¿Habéis encontrado algo?

—Hemos encontrado lo que era en cierto modo previsible. Restos de esperma en los calzoncillos y en los pantalones.

—¿Y en el coche?

—Aún lo estamos examinando.

—Gracias. Tenedme al corriente.

—¿Comisario? Le llamo desde una cabina de la carretera provincial, cerca de la vieja fábrica. He hecho lo que usted me había pedido.

—Dime, Fazio.

—Tenía usted toda la razón. El BMW de Luparello venía de Montelusa y no de Vigàta.

—¿Estás seguro?

—Por la parte de Vigàta, la playa está cortada por unos bloques de cemento. No se puede pasar; para hacerlo, habría tenido que volar.

—¿Has descubierto el recorrido que pudo hacer?

—Sí, pero es una locura.

—Explicáte mejor. ¿Por qué?

—Porque, a pesar de que desde Montelusa a Vigàta hay decenas y decenas de calles y callejuelas que uno puede escoger para no llamar la atención, en determinado punto, para poder llegar al aprisco, el coche del ingeniero no tuvo más remedio que recorrer el cauce seco del Canneto.

—¿El Canneto? ¡Pero si por allí no se puede pasar!

—Pues yo lo he hecho y, por consiguiente, cualquiera puede haberlo hecho. Está completamente seco. Lo malo es que me he cargado la suspensión del coche. Y, como usted no ha querido que utilizara el vehículo de servicio, tendré que...

—Yo te pago la reparación. ¿Algo más?

—Pues sí. Justo al salir del cauce del Canneto para adentrarse en la arena, las ruedas del BMW dejaron unas huellas. Si avisamos ahora mismo al doctor Jacomuzzi, podríamos sacar el molde.

—Que se joda Jacomuzzi.

—Como usted mande. ¿Necesita algo más?

—No, Fazio, y a puedes volver. Gracias.

La playita de Puntasecca, una franja de arena compacta al amparo de una colina de marga blanca, estaba desierta a aquella hora. Cuando el comisario llegó, Gegè ya lo esperaba apoyado en su automóvil, fumando un pitillo.

—Baja, Salvù —le dijo a Montalbano—, vamos a disfrutar un poco de este aire tan bueno.

Se pasaron un rato fumando en silencio. Después, Gegè apagó el cigarrillo y dijo:

—Ya sé lo que quieres preguntarme, Salvù. Me lo he preparado muy bien, puedes hacerme las preguntas incluso salteadas.

Ambos sonrieron ante la evocación de aquel recuerdo común. Se habían conocido en la «primina», pequeña escuela privada que precedía a la escuela primaria, y en la que la maestra era la señorita Marianna, la hermana de Gegè, que le llevaba a éste quince años. Salvo y Gegè eran unos estudiantes perezosos, que se aprendían las lecciones como loros y las repetían como tales. Pero, a veces, la maestra Marianna no se conformaba con aquellas letanías y les hacía preguntas salteadas, es decir, sin seguir el orden natural de los datos, y entonces se quedaban mudos, porque era necesario haber comprendido y haber establecido nexos lógicos.

—¿Cómo está tu hermana?

—La he llevado a Barcelona, a una clínica especializada en los ojos. Por lo visto, hacen milagros. Me han dicho que, por lo menos, podrá recuperar parte de la visión del ojo derecho.

—Cuando la veas, dale recuerdos de mi parte.

—Lo haré sin falta. Como te decía, estoy preparado. Ya puedes disparar las preguntas.

—¿A cuántas personas administras en el aprisco?

—Veintiocho, entre putas y chaperos de variada índole. Más Filippo di Cosmo y Manuele Lo Piparo, que vigilan para que no se arme jaleo. Tú sabes bien que al más mínimo problema estaría jodido.

—O sea que mantienen los ojos muy abiertos.

—Claro. ¿Tú sabes el perjuicio que me podría suponer, qué sé yo, una pelea, un navajazo, una sobredosis...?

—¿Te sigues limitando a las drogas blandas?

—Por supuesto. Hachís y, como máximo, cocaína. Pregunta, pregunta a los barrenderos si por la mañana encuentran alguna jeringuilla, una sola.

—Te creo.

—Y, además, tengo siempre encima a Giambalvo, el jefe de la Brigada de Buenas Costumbres. Me soporta, dice, siempre y cuando no le cause quebraderos de cabeza, y no le toque los cojones con algo gordo...

—Comprendo a Giambalvo: teme verse obligado a cerrarte el aprisco. Perdería lo que tú le sueltas bajo mano. ¿Qué le das, un sueldo mensual, un porcentaje fijo? ¿Cuánto le das?

Gegè esbozó una sonrisa.

—Pide el traslado a la Brigada de Buenas Costumbres y lo sabrás. A mí me encantaría, pues así le echaría una mano a un miserable como tú, que sólo vive de su sueldo y anda por ahí con los fondillos del pantalón remendados.

—Gracias por el cumplido. Y ahora háblame de aquella noche.

—Bueno, pues debían de ser las diez o diez y media cuando Milly, que estaba trabajando, vio los faros de un vehículo que se acercaba por la parte de Montelusa junto a la orilla del mar y se dirigía a toda velocidad al aprisco. Y se asustó.

—¿Quién es esta Milly?

—Se llama Giuseppina La Volpe, nació en Mistretta y tiene treinta años. Es una chica lista.

Sacó del bolsillo una hoja doblada y se la entregó a Montalbano.

—Aquí te he escrito los nombres y los apellidos verdaderos. También la dirección, por si quieres hablar personalmente con ella.

—¿Por qué dices que Milly se asustó?

—Porque un coche no podía llegar por allí, a no ser que bajara por el Canneto, donde uno se puede romper el coche y los cuernos. En un primer momento, pensó que se trataba de una muestra del ingenio de Giambalvo, una redada sin previo aviso. Pero enseguida llegó a la conclusión de que no podían ser los de Buenas Costumbres, pues no se hace una redada con un solo vehículo. Entonces, le entró aún más miedo, porque pensó que podían ser los de Monterosso, que me están haciendo la vida imposible para quitarme el aprisco. Y temía que se produjera un tiroteo. Preparada para escapar en cualquier momento, se puso a observar fijamente el automóvil, y su cliente protestó. Tuvo tiempo, sin embargo, de ver que el coche giraba, se dirigía a toda pastilla hacia el matarral hasta casi empotrarse en él y se detenía.

—No me dices nada nuevo, Gegè.

—El hombre que había follado con Milly la dejó y se alejó marcha atrás en su coche hasta alcanzar la carretera provincial. Milly se puso a esperar otro cliente, paseando arriba y abajo. Luego llegó al lugar Carmen, con un enamorado que la viene a ver todos los sábados y domingos, siempre a la misma hora, y se pasa con ella las horas muertas. El verdadero nombre de Carmen figura en la hoja que te he dado.

—¿Has puesto también la dirección?

—Sí. Antes de que el cliente apagara los faros, Carmen vio que los dos del BMW ya estaban follando.

—¿Te ha dicho exactamente lo que vio?

—Sí, fue cuestión de unos segundos, pero lo vio. Quizá porque le llamó la atención, pues coches de esa clase jamás se ven en el aprisco. Bueno, el caso es que la mujer que ocupaba el asiento del conductor —lo había olvidado, Milly dijo que la mujer iba al volante— se giró, se colocó sobre las rodillas del hombre sentado en el asiento del copiloto, le sobó un poco la parte de abajo con las manos, que no se veían, y empezó a subir y bajar. ¿O es que ya has olvidado cómo se folia?

—No creo. Pero haremos la prueba. Cuando acabes de contármelo todo, te bajas los pantalones, apoyas tus preciosas manitas en el capó y te colocas con el culo al aire. Si me olvido de algo, me lo recuerdas. Anda, sigue y no me hagas perder el tiempo.

—Al terminar, la mujer abrió la portezuela, bajó, se alisó la falda y cerró la puerta del coche. El hombre, en lugar de ponerlo en marcha y largarse, se quedó donde estaba, con la cabeza echada hacia atrás. La mujer pasó casi rozando el coche de Carmen y, justo en aquel momento, los faros de otro automóvil la iluminaron de lleno. Era una mujer muy guapa, rubia, elegante. Llevaba en la mano izquierda un bolso bandolera. Se dirigió hacia la vieja fábrica.

—¿Algo más?

—Sí. Manuele, que estaba haciendo una ronda de control, la vio salir del aprisco y encaminarse hacia la carretera provincial. Al ver, por su forma de vestir, que no era del aprisco, dio la vuelta para seguirla, pero un automóvil la recogió.

—Espera un momento, Gegè. ¿Manuele la vio de pie con el pulgar levantado, esperando que alguien la recogiera?

—Pero, Salvù, ¿cómo lo haces? Eres un auténtico lince.

—¿Por qué?

—Porque es justo este detalle lo que mosqueó a Manuele. Es decir, que él no vio que la mujer hiciera ninguna señal y, sin embargo, un coche se paró. Manuele tuvo la sensación de que el coche, que circulaba a toda velocidad, tenía incluso la puerta abierta cuando frenó para que ella subiera. A Manuele ni se le pasó por la cabeza anotar el número de la matrícula, no había ningún motivo.

—Ya. Y del hombre del BMW, de Luparello, ¿me puedes decir algo?

—Poco. Llevaba gafas y una chaqueta que no se quitó en ningún momento, a pesar del polvo que estaba echando y del calor que hacía. Pero hay un detalle en la versión de Milly que no coincide con la de Carmen. Milly dice que, cuando llegó el vehículo, le pareció que el hombre llevaba una corbata o un pañuelo negro alrededor del cuello, y Carmen dice que, cuando ella lo vio, el hombre llevaba la camisa desabrochada y nada más. De todos modos, me parece un

detalle sin importancia porque el ingeniero se pudo quitar la corbata mientras follaba. Quizá le molestaba.

—¿La corbata sí y la chaqueta no? No es un detalle sin importancia, Gegè, porque en el interior del coche no se encontró ninguna corbata ni ningún pañuelo.

—Eso no significa nada. Se pudo caer en la arena cuando bajó la mujer.

—Los hombres de Jacomuzzi rastrearon la zona y no encontraron nada.

Ambos guardaron silencio en actitud pensativa.

—Puede que lo que vio Milly tenga una explicación —dijo de pronto Gegè—. No se trataba ni de una corbata ni de un pañuelo. El hombre no se había desabrochado el cinturón de seguridad (venían de recorrer el cauce del Canneto, con la de piedras que hay por allí...) y se lo desabrochó cuando la mujer se le subió encima de las piernas, porque entonces sí que le habría molestado.

—Puede ser.

—Salvù, te he dicho todo lo que he averiguado sobre este asunto. Y te lo estoy diciendo por mi propio interés. Porque a mí no me ha hecho gracia que un pez gordo como Luparello haya venido a palmarla al aprisco. Ahora, los ojos de todo el mundo están clavados en este lugar, y cuanto antes termines la investigación, mejor. A los dos días, la gente se olvidará, y todos volveremos a trabajar tranquilos. ¿Puedoirme? A esta hora, en el aprisco estamos muy atareados.

—Espera. ¿Tú qué opinas de lo ocurrido?

—¿Yo? Tú sí que eres un lince. De todas maneras, para complacerte, te diré que el asunto me huele mal. Supongamos que la mujer fuera una puta forastera de altos vuelos. ¿Quién puede creer que Luparello no supiera adónde llevarla?

—Gegè, ¿tú sabes lo que es la perversión?

—¿Y me lo preguntas a mí? Te podría contar cosas que te harían vomitar sobre mis zapatos. Ya sé lo que quieres decir, que esos dos se fueron al aprisco porque el lugar les resultaba más excitante. ¿Sabes que un día se presentó un juez con su escolta?

—¿De verdad? ¿Quién era?

—Te puedo decir el nombre, se trataba del juez Cosentino. La vispera del día en que lo mandaron a su casa de una patada en el trasero, se presentó en el aprisco con un automóvil de su escolta, eligió un travesti y se lo tiró.

—¿Y el escolta?

—Se fue a dar un largo paseo por la orilla del mar. Pero volvamos a nuestro asunto: Cosentino sabía que estaba jodido y se quiso dar el gusto. Pero ¿qué interés podía tener el ingeniero en hacerlo? No era un hombre aficionado a estas cosas. Le gustaban las mujeres, todo el mundo lo sabe, pero con prudencia y discreción. ¿Y quién es esa mujer, capaz de inducirlo a arriesgar todo lo que era y representaba sólo por un polvo? No me convence, Salvù.

—Sigue.

—Y, en el caso de que la mujer no fuera una puta, me huele todavía peor.

Jamás hubieran venido al aprisco. Y, además, el coche lo conducía la mujer, eso seguro. Aparte del hecho de que nadie en su sano juicio le confiaría a una puta un coche que vale lo que vale, la mujer debía de ser de alivio. Primero, no tiene ningún problema en bajar por el Canneto, y, después, cuando el ingeniero se le muere entre los muslos, se levanta como si tal cosa, baja del coche, se arregla, cierra la portezuela y listo. ¿Te parece normal?

—No, no me parece normal.

De repente, Gegè soltó una carcajada y encendió el mechero.

—¿Qué te pasa?

—Ven aquí, maricón. Acerca la cara.

El comisario obedeció, Gegè le iluminó los ojos y apagó el mechero.

—Sí, creo que lo entiendo. Los pensamientos que se te han ocurrido a ti, un representante de la ley, son exactamente los mismos que se me han ocurrido a mí, un delincuente. Y tú sólo querías comprobar si coincidían, ¿verdad, Salvù?

—Has dado en el clavo.

—Contigo es difícil que me equivoque. Anda, vete.

—Gracias —dijo Montalbano.

El comisario se fue primero, pero poco después su amigo le alcanzó y le hizo señas para que aminorara la marcha.

—¿Qué quieres?

—No sé dónde tengo la cabeza, te lo quería haber dicho antes. ¿Sabes que estabas muy mono en el aprisco cogido de la manita de la inspectora Ferrara?

Dicho lo cual, Gegè aceleró, interponiendo una distancia prudencial entre su vehículo y el del comisario, mientras levantaba el brazo para saludarlo.

Al volver a casa, Montalbano anotó algunos detalles que Gegè le había facilitado, pero enseguida le entró sueño. Echó un vistazo al reloj, vio que ya era más de la una, y se fue a dormir. Lo despertó el insistente sonido del timbre de la puerta principal. Sus ojos se dirigieron hacia el despertador y vio que eran las dos y cuarto. Se levantó con gran esfuerzo, pues en las primeras fases del sueño sus reflejos siempre eran muy lentos.

—¿Quién coño será a estas horas?

En calzoncillos, tal como estaba, fue a abrir.

—Hola —dijo Anna.

Lo había olvidado por completo. La chica le había dicho que iría a su casa a aquella hora. Anna lo miró de arriba abajo.

—Veo que llevas el atuendo apropiado —dijo, entrando.

—Dime lo que tengas que decirme y lárgate a casa. Estoy muerto de cansancio.

Sinceramente molesto por aquella invasión, Montalbano se dirigió a su

dormitorio, se puso unos pantalones y una camisa y regresó al comedor. Anna no estaba. Se encontraba en la cocina, había abierto el frigorífico y ya le estaba hincando el diente a un bocadillo de jamón.

—Tengo un hambre que no veas.

—Habla mientras comes.

Montalbano colocó la cafetera sobre el quemador de la cocina de gas.

—¿Te haces un café a estas horas? ¿Y después puedes volver a dormirte?

—Anna, por favor.

Montalbano no conseguía ser amable.

—Está bien. Esta tarde, después de vernos, he sabido por un compañero, que a su vez ha sido informado por un confidente, que desde ayer por la mañana un tipo ha estado visitando a todos los joyeros, compradores ilegales y casas de empeños, tanto clandestinas como legales, para advertirles de que lo avisen en caso de que se presente alguien para vender o empeñar una joya determinada. Se trata de un collar con una cadena de oro macizo y un colgante en forma de corazón cuajado de brillantes. Como uno de esos que se compran en los almacenes Standa por diez mil liras, sólo que auténtico.

—¿Y cómo lo tienen que avisar, con una llamada telefónica?

—No te lo tomes a broma. A cada uno les ha dicho que hagan una señal distinta: colocar en la ventana un trozo de tela de color verde, pegar en el portal un trozo de periódico y cosas por el estilo. Muy listo. De esta manera, él ve sin ser visto.

—De acuerdo, pero ¿a mí qué...?

—Déjame terminar. Por su manera de hablar y actuar, sus interlocutores han comprendido que era mejor hacer lo que él les decía. Después, hemos averiguado que, simultáneamente, otras personas han realizado un recorrido por las siete iglesias de los pueblos de la provincia, incluido Vigàta. O sea, que el que ha perdido el collar lo quiere recuperar.

—No veo nada de malo en ello. Pero ¿por qué razón, a tu juicio, este asunto debería interesarme a mí?

—Porque el hombre le ha dicho a un comprador ilegal de Montelusa que es posible que el collar se perdiera en el aprisco durante la noche del domingo al lunes. ¿Te interesa ahora el asunto?

—Hasta cierto punto.

—Ya lo sé, puede ser sólo una coincidencia y no tener nada que ver con la muerte de Luparello.

—De todos modos, te lo agradezco. Y ahora vuelve a casa, que ya es tarde.

El café ya estaba listo; Montalbano se llenó una taza y, naturalmente, Anna aprovechó la ocasión.

—¿Y yo qué?

Armándose de paciencia, el comisario llenó otra taza y se la ofreció. Anna le

gustaba, pero ¿es que no se daba cuenta de que él tenía otra mujer?

—No —dijo de repente Anna, dejando el café.

—No, ¿qué?

—No quiero volver a casa. ¿Tanto te molesta que esta noche me quede aquí, contigo?

—Pues sí, me molesta.

—Pero ¿por qué?

—Soy demasiado amigo de tu padre. Tendría la sensación de que lo estoy traicionando.

—¡Menuda chorrada!

—Será una chorrada, pero es así. Y, además, olvidas que estoy enamorado, y muy en serio, de otra mujer.

—Que no está.

—No está, pero es como si estuviera. No seas boba y no digas tonterías. Has tenido mala suerte, Anna, has tropezado con un hombre honrado. Lo siento. Perdóname.

* * *

No conseguía conciliar el sueño. Anna había acertado al advertirle de que el café lo desvelaría. Pero había otra cosa que lo ponía nervioso: si aquel collar se había perdido en el aprisco, lo más probable era que Gegè hubiera sido informado. Pero Gegè se había guardado mucho de decírselo, y seguro que no lo había hecho porque lo considerara un dato insignificante.

A las cinco y media de la mañana, tras haberse pasado toda la noche levantándose y volviéndose a acostar, Montalbano decidió forjar un plan para hacerle pagar a Gegè su silencio sobre el collar extraviado y el cachondeo acerca de su visita al aprisco. Se dio una larga ducha, se bebió tres cafés seguidos y se dirigió en su automóvil al Rabato, el barrio más antiguo de Montelusa, que había quedado destruido treinta años atrás a causa de un desprendimiento de tierras. Entre sus ruinas, en destartaladas casuchas medio derruidas, vivían inmigrantes clandestinos, tunecinos y marroquíes. Montalbano se dirigió a través de estrechos y tortuosos callejones a la plaza Santa Croce, donde una iglesia se elevaba intacta entre las ruinas. Sacó del bolsillo la hoja de papel que le había entregado Gegè: Carmen, tunecina cuyo verdadero nombre era Fatma ben Gallud, vivía en el número 48. Se trataba de una miserable habitación situada en la planta baja. En la puerta había un ventanuco abierto para que circulara el aire. Llamó y no contestó nadie. Volvió a llamar más fuerte y esta vez una adormilada voz preguntó:

—¿Quién es?

—Policía —disparó Montalbano.

Había decidido actuar con contundencia, sorprendiéndola en el aturdimiento de un repentino despertar. Además, Fatma, por su trabajo en el aprisco, debía de haber dormido mucho menos que él. Se abrió la puerta y la mujer apareció envuelta en una gran toalla de baño que sujetaba con una mano a la altura del pecho.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

La chica se apartó a un lado. En la mísera estancia había una cama de matrimonio medio deshecha, una mesita con dos sillas y un hornillo de gas; una cortina de plástico separaba el lavabo y la taza del excusado del resto de la estancia. Todo estaba en perfecto orden y brillaba como un espejo, pero el olor de la mujer y del barato perfume que usaba casi le cortaba a uno la respiración.

—Déjame ver tu permiso de residencia.

Como por efecto del miedo, la mujer soltó la toalla y se tapó los ojos con las manos. Largas piernas, fina cintura, vientre liso, senos altos y compactos, una real hembra como las que se veían en los anuncios de la televisión. Tras un instante, la inmóvil espera de Fatma le hizo comprender a Montalbano que no se trataba de miedo, sino de un intento de llegar al más obvio y habitual de los arreglos entre hombre y mujer.

—Vístete.

Había un alambre tendido de uno a otro extremo de la habitación. Fatma se acercó a él con sus anchos hombros, su espalda perfecta y sus pequeñas y redondas nalgas.

«Con este cuerpo —pensó Montalbano—, por la de situaciones que habrá tenido que pasar» .

Se imaginó la cautelosa cola en ciertos despachos, delante de la puerta cerrada, al otro lado de la cual Fatma esperaba para ganarse la «tolerancia de las autoridades», como a veces él había tenido ocasión de leer, una tolerancia, en efecto, de casa de tolerancia. Fatma se puso un vestido ligero de algodón sobre el cuerpo desnudo y permaneció de pie delante de Montalbano.

—Bueno ¿y dónde está la documentación?

La mujer negó con la cabeza y rompió silenciosamente a llorar.

—No tengas miedo —le dijo el comisario.

—Yo no miedo. Yo mucha mala suerte.

—¿Por qué?

—Porque, si tú esperar unos días, y no estar aquí.

—¿Adónde querías ir?

—Hay un señor de Fela, querer a mí, yo gustar a él, domingo dijo casar conmigo. Yo creo a él.

—¿El que te viene a ver todos los sábados y domingos?

Fatma abrió unos ojos como platos.

—¿Cómo tú saber? —Rompió nuevamente a llorar—. Pero ahora todo terminado.

—Dime una cosa. ¿Gegè deja que te vayas con este señor de Fela?

—Señor hablado con señor Gegè, señor paga.

—Mira, Fatma, hazte cuenta de que no he venido. Sólo quiero preguntarte una cosa y, si me dices la verdad, doy media vuelta, me voy y puedes volver a la cama.

—¿Qué quieres saber?

—¿Te han preguntado en el aprisco si habías encontrado una cosa?

Los ojos de la mujer se iluminaron.

—¡Oh, sí! Vino señor Filippo, el hombre de señor Gegè. Dijo a todos nosotros si encontrábamos collar de oro con corazón de brillantes, dar enseguida a él. Si no encontrar, buscar.

—¿Y sabes si alguien lo ha encontrado?

—No. También esta noche todas buscar.

—Gracias —dijo Montalbano, encaminándose hacia la puerta. Una vez en el umbral, se detuvo y se volvió a mirar a Fatma—. Enhorabuena.

De esta manera, Montalbano se la había devuelto a Gegè, pues había conseguido averiguar lo que aquél le había ocultado. Y, de lo que Fatma acababa

de decirle, el comisario extrajo una lógica consecuencia.

Llegó a la comisaría a las siete en punto. El agente que estaba de guardia lo miró, preocupado.

—¿Le ocurre algo, *dottore*?

—Nada —lo tranquilizó Montalbano—. Simplemente me he levantado temprano.

Había comprado los dos periódicos de la isla y empezó a leerlos. El primero de ellos anunciaba con todo lujo de detalles los solemnes funerales que el obispo celebraría al día siguiente en la catedral por el descanso eterno de Luparello. Dada la previsible afluencia de personalidades que acudirían para dar el pésame y rendir el último homenaje al difunto, se adoptarían medidas de seguridad extraordinarias. Se iba a contar con la presencia de dos ministros, cuatro subsecretarios, dieciocho diputados y senadores y una caterva de diputados regionales. De ahí la necesidad de recurrir a agentes de la policía, carabineros, agentes de la Policía Judicial y de la guardia urbana, sin contar los guardaespaldas personales y otros de carácter todavía más personal, acerca de los cuales el periódico no decía nada, formados por gente indudablemente relacionada con el orden público pero desde el otro lado de la ley. El segundo periódico repetía más o menos lo mismo, añadiendo que la capilla ardiente se había instalado en el vestíbulo de la residencia de los Luparello, y que una interminable cola de personas esperaba para expresar su gratitud por todo lo que el difunto, cuando todavía estaba vivo, claro, había hecho por ellas con imparcial diligencia.

Entretanto, ya había llegado el sargento Fazio, con quien Montalbano se pasó un buen rato comentando algunas investigaciones pendientes. De Montelusa no se recibió ninguna llamada. Al mediodía, el comisario abrió una carpeta que contenía la declaración de los basureros acerca del descubrimiento del cadáver. Copió sus direcciones, saludó al sargento y a los agentes y dijo que se dejaría caer por allí por la tarde.

Si los hombres de Gegè habían hablado con las putas por la cuestión del collar, lo más seguro era que también hubieran intercambiado unas palabras con los basureros.

Bajada de Gravet, 28, una casa de tres pisos con portero automático. Contestó la voz de una mujer madura.

—Soy un amigo de Pino.

—Mi hijo no está.

—Pero ¿no ha terminado en la Splendor?

—Ha terminado, pero se ha ido a otro sitio.

—¿Me puede abrir, señora? Sólo quiero dejarle un sobre. ¿Qué piso es?

—El último.

Una digna pobreza, dos habitaciones, una cocina en la que se podía estar y el retrete. Se podía calcular con precisión la superficie nada más entrar. La señora, una mujer de cincuenta años humildemente vestida, lo acompañó.

—La habitación de Pino está por aquí.

Una pequeña estancia llena de libros y revistas, y una mesita de jugar a las cartas bajo la ventana.

—¿Adónde ha ido Pino?

—A Raccadali, está probando un papel de Martoglio, ése que habla de San Juan Decapitado. A mi hijo le gusta hacer teatro.

Montalbano se acercó a la mesita. Pino debía de estar escribiendo una pieza teatral, pues en una hoja de papel había anotado una serie de frases. Sin embargo, al ver un nombre, el comisario experimentó una sacudida.

—Señora, ¿sería tan amable de darme un vaso de agua?

En cuanto la mujer se retiró, Montalbano dobló la hoja de papel y se la guardó en el bolsillo.

—El sobre —le recordó la mujer, que acababa de regresar y le estaba ofreciendo el vaso de agua.

Montalbano realizó una interpretación que, de haber estado presente, Pino habría admirado sin la menor duda: rebuscó en los bolsillos de los pantalones y, después, con más prisa, en los de la chaqueta. Puso cara de asombro y, finalmente, se dio una fuerte palmada en la frente.

—¡Seré imbécil! ¡Me he dejado el sobre en el despacho! Sólo cinco minutos, señora, voy por él y vuelvo enseguida.

Subió al coche, sacó la hoja de papel que acababa de robar y lo que leyó en ella lo enfureció. Puso el motor en marcha y se fue. Vía Lincoln, 102. En su declaración, Saro había indicado incluso la puerta. El comisario calculó que el arquitecto técnico debía de vivir en el sexto piso. El portal estaba abierto, pero el ascensor no funcionaba. Subió a pie los seis pisos, pero tuvo la satisfacción de comprobar que había acertado en sus cálculos: una reluciente placa decía «BALDASSARE MONT APERTO». Le abrió una joven menuda con un niño en brazos cuyos ojos miraban con expresión inquieta.

—¿Está Saro?

—Ha ido a la farmacia a comprarle las medicinas a nuestro hijo, pero vuelve enseguida.

—¿Por qué, está enfermo?

Sin contestar, la mujer extendió el brazo para enseñárselo. El chiquillo estaba

enfermo, vaya si lo estaba: tez amarillenta, mejillas hundidas, grandes ojos de adulto que lo miraban con irritación. Montalbano se compadeció de él. No soportaba ver sufrir a los niños.

—¿Qué le ocurre?

—Los médicos no lo saben explicar. ¿Pero quién es usted?

—Me llamo Virduzzo y trabajo como contable en la Splendor.

—Pase.

La mujer ya estaba más tranquila. El apartamento estaba muy desordenado, y era evidente que el hecho de tener que permanecer siempre al lado del pequeño le impedía dedicarse a las tareas domésticas.

—¿Qué quiere de Saro?

—Me parece que me he equivocado en las cuentas de la última paga y le he dado de menos, y quisiera ver su sobre.

—Si es por eso no hace falta que espere a Saro. —Dijo la mujer—. Yo puedo enseñarle el sobre. Acompáñeme.

Montalbano la siguió. Ya se había inventado otro pretexto para aguardar la llegada del marido. El dormitorio olía mal, como a leche agria. La mujer trató de abrir el cajón superior de una cómoda, pero no podía, pues sujetaba al chiquillo con un brazo y sólo tenía una mano libre.

—Si me permite, yo la ayudo —dijo Montalbano. La mujer se apartó, el comisario abrió el cajón y vio que estaba lleno de papeles, cuentas, recetas médicas y recibos.

—¿Dónde están los sobres de la paga?

Justo en aquel momento, entró Saro en el dormitorio. No lo habían oído llegar, pues la puerta del apartamento estaba abierta. Al ver a Montalbano rebuscando en el cajón pensó por un instante que el comisario estaba registrando la casa en busca del collar. Palideció intensamente, se puso a temblar y se apoyó en la jamba de la puerta.

—¿Qué desea? —preguntó con gran esfuerzo.

Aterrorizada por el visible pánico de su marido, la mujer habló antes de que Montalbano tuviera tiempo de contestar.

—¡Es el contable Virduzzo! —dijo casi a gritos.

—¿Virduzzo? ¡Éste es el comisario Montalbano!

La mujer se tambaleó. Montalbano se apresuró a sujetarla y, temiendo que el pequeño acabara con su madre en el suelo, la ayudó a sentarse en la cama. A continuación, el comisario habló, y las palabras le salieron de la boca sin intervención del cerebro, un fenómeno que le había ocurrido otras veces y que, en cierta ocasión, un ingenioso periodista había llamado «el rayo de intuición que de vez en cuando fulmina a nuestro policía».

—¿Dónde tenéis guardado el collar?

Saro se movió con rigidez para contrarrestar el efecto de las piernas que se le

habían quedado tan blandas como el requesón, y se acercó a su mesilla de noche; abrió el cajón, sacó un paquetito envuelto en papel de periódico y lo arrojó sobre la cama. Montalbano lo cogió, se fue a la cocina, se sentó y deshizo el paquete. Era una joya vulgar, pero al mismo tiempo muy fina: vulgar por el diseño y fina por la factura y la talla de los brillantes que llevaba engarzados. Entretanto, Saro lo había seguido hasta la cocina.

—¿Cuándo lo encontraste?

—El lunes a primera hora, en el aprisco.

—¿Se lo dijiste a alguien?

—No, sólo a mi mujer.

—¿Vino alguien a preguntarte si lo habías encontrado?

—Sí. Filippo di Cosmo, un hombre de Gegè Gullotta.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que no.

—¿Te creyó?

—Sí, creo que sí. Y entonces él me dijo que, si por casualidad lo encontraba, que no se me ocurriera hacer el gilipollas y que se lo diera a él, porque el asunto era muy delicado.

—¿Te prometió algo?

—Sí. Molerme a palos en caso de que lo encontrara y me lo quedara, y cincuenta mil liras en caso de que lo encontrara y se lo diera.

—¿Qué pensabas hacer con el collar?

—Lo quería empeñar. Tana y yo lo habíamos decidido así.

—¿No queríais venderlo?

—No, no era nuestro, lo considerábamos un préstamo y no queríamos aprovecharnos.

—Nosotros... somos gente honrada —terció la mujer, que acababa de entrar, enjugándose las lágrimas de los ojos.

—¿Y qué queríais hacer con el dinero?

—Lo hubiéramos gastado en el tratamiento de nuestro hijo. Lo llevaríamos a Roma, a Milán o a cualquier sitio donde hubiera médicos que pudieran decirnos lo que tiene.

Los tres permanecieron un rato en silencio. Después, Montalbano le pidió a la mujer dos hojas de papel, y ésta las arrancó del cuaderno que utilizaba para anotar los gastos de la compra. El comisario alargó una de las dos hojas a Saro.

—Hazme un dibujo e indícame el punto exacto donde encontraste el collar. Eres arquitecto técnico, ¿no?

Mientras Saro hacía el dibujo, Montalbano escribió en la otra hoja:

El que suscribe, Salvo Montalbano, comisario de la Comisaría de las Fuerzas de Seguridad de Vigàta (provincia de Montelusa), declaro haber recibido en el día

de hoy de manos del señor Baldassare Montaperto, llamado Saro, un collar de oro macizo con un colgante en forma de corazón, también de oro macizo y con incrustaciones de brillantes, encontrado por él en las inmediaciones del barrio llamado «el aprisco», en el transcurso de su actividad como agente ecológico. Doy fe.

Firmó, pero lo pensó un poco antes de poner la fecha a pie de página. Después tomó una decisión y escribió: «Vigàta, 9 de septiembre de 1993». Entretanto, Saro también había terminado. Ambos se intercambiaron las hojas.

—Perfecto —dijo el comisario, estudiando el detallado dibujo.

—Aquí, en cambio, la fecha está equivocada —observó Saro—. El nueve era el lunes pasado. Hoy estamos a once.

—No hay nada equivocado. Tú me llevaste el collar a la comisaría el mismo día que lo encontraste. Lo guardabas en el bolsillo cuando te presentaste en la comisaría para comunicarme el descubrimiento del cuerpo de Luparello, pero me lo diste después porque no querías que te viera tu compañero de trabajo. ¿Está claro?

—Si usía lo dice...

—Guarda con mucho cuidado este recibo.

—¿Y ahora qué va a hacer, me lo detiene? —preguntó la mujer.

—¿Por qué, ha hecho algo malo? —contestó Montalbano, levantándose.

En la hostería San Calogero lo respetaban no tanto porque fuera el comisario como porque era un buen cliente, de los que saben apreciar las cosas. Le sirvieron salmonetes de roca fresquísimos, fritos hasta quedar crujientes y dejados un rato sobre papel de estraza para que soltaran el exceso de aceite. Después del café y de un largo paseo por el muelle de levante, regresó a su despacho y, en cuanto lo vio, Fazio se levantó de su escritorio.

—*Dottore*, hay alguien que le espera.

—¿Quién es?

—Pino Catalana, ¿lo recuerda? Uno de los dos basureros que encontraron el cuerpo de Luparello.

—Hazo pasar enseguida a mi despacho. —Comprendió de inmediato que el muchacho estaba nervioso y en tensión.

—Siéntate.

Pino apoyó el trasero justo en el borde de la silla.

—¿Puedo saber por qué ha ido usted a mi casa y ha montado ese numerito? No tengo nada que esconder.

—Lo he hecho simplemente para no asustar a tu madre. Si le hubiera dicho que era comisario, igual le daba un ataque.

—En tal caso, se lo agradezco.

—¿Cómo has sabido que era yo quien te buscaba?

—He llamado a mi madre para preguntarle cómo estaba, pues cuando he salido de casa le dolía la cabeza, y me ha dicho que se había presentado en casa un hombre que venía a entregarme un sobre, pero que se lo había olvidado y se había ido de nuevo a buscarlo, y que ya no le había vuelto a ver el pelo. He sentido curiosidad, y le he pedido a mi madre que me describiera al hombre. Le aconsejo que, cuando quiera hacerse pasar por otro, se borre el lunar que tiene bajo el ojo izquierdo. ¿Qué quiere de mí?

—Hacerte una pregunta. ¿Vino alguien al aprisco para saber si por casualidad habías encontrado un collar?

—Sí, uno que usted conoce, Filippo di Cosmo.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije la verdad, que no.

—¿Y él?

—Él me dijo que, si lo encontraba, me daría cincuenta mil liras; pero que, si lo encontraba y no se lo hacía saber, sería mucho peor para mí. Lo mismo que le dijo a Saro. Pero Saro tampoco lo había encontrado.

—¿Has pasado por tu casa antes de venir aquí?

—No, señor, he venido directamente.

—¿Tú escribes cosas de teatro?

—No, señor, pero me gusta actuar de vez en cuando.

—Pues entonces ¿esto qué es?

Montalbano le mostró la hoja que había cogido de la mesita. Sin inmutarse, Pino la contempló sonriendo.

—No, eso no es una escena de teatro, eso es...

Enmudeció, turbado. Acababa de darse cuenta de que, si aquello no era el diálogo de una comedia, tendría que decir lo que era en realidad, y la cosa no resultaba nada fácil.

—Te voy a echar una mano —dijo el comisario—. Ésta es la transcripción de una llamada telefónica que uno de vosotros le hizo al abogado Rizzo inmediatamente después de haber descubierto el cadáver de Luparello y antes de presentaros en la comisaría para comunicar el hallazgo. ¿Es así?

—Sí, señor.

—¿Quién llamó?

—Yo. Pero Saro estaba a mi lado y me oía.

—¿Por qué lo hicisteis?

—Porque el ingeniero era una persona importante, una autoridad. Y decidimos avisar al abogado. Mejor dicho, antes queríamos llamar al honorable Cusumano.

—¿Por qué no lo hicisteis?

—Porque Cusumano, una vez muerto Luparello, es como aquel que, en un terremoto, pierde no sólo la casa sino también el dinero que guardaba bajo una baldosa.

—Explicame mejor por qué avisasteis a Rizzo.

—Porque quizá todavía se podía hacer algo.

—¿Qué?

Pino no contestó. Sudaba y se humedecía los labios con la lengua.

—Voy a echarte otra mano. Has dicho que porque quizá todavía se podía hacer algo. ¿Algo como apartar el coche del aprisco y hacer que el muerto apareciera en otro lugar? ¿Eso es lo que vosotros pensabais que Rizzo os pediría que hicierais?

—Sí, señor.

—¿Y habríais estado dispuestos a hacerlo?

—¡Claro! ¡Le llamamos precisamente por eso!

—¿Qué esperabais a cambio?

—Que nos ofreciera otro trabajo. Que nos hiciera ganar un concurso de arquitectos técnicos, nos buscara un empleo mejor y nos apartara de este oficio de basureros pestilentes. Señor comisario, usted lo sabe mejor que yo, cuando

uno no tiene el viento a favor, no navega.

—Explicame lo más importante: ¿por qué has transcrito aquel diálogo? ¿Acaso lo querías utilizar para chantajearlo?

—¿Cómo? ¿Con las palabras? Las palabras se las lleva el viento.

—Entonces, ¿por qué?

—Si quiere creerme, créame; si no, paciencia. Transcribí la conversación porque la quería estudiar; como hombre de teatro, había algo que no pegaba.

—No te entiendo.

—Supongamos que esto que hay aquí escrito se tuviera que representar, ¿de acuerdo? Entonces yo, el personaje Pino, llamo a primera hora de la mañana al personaje Rizzo para decirle que he encontrado muerta a una persona, de quien él es secretario, fiel amigo y compañero político. Más que un hermano. Y el personaje Rizzo se queda tan fresco como una lechuga; no se altera, no pregunta dónde lo hemos encontrado ni cómo ha muerto, si le han pegado un tiro o si ha sido un accidente de tráfico. Nada de nada, tan sólo pregunta por qué le contamos los hechos precisamente a él. ¿Le parece normal?

—No. Sigue.

—Quiero decir que no se sorprende. Es más, trata de establecer distancias entre el muerto y él, como si entre ellos sólo hubiera habido una relación de pasada. E inmediatamente nos dice que vayamos a cumplir con nuestro deber, o sea, a avisar a la policía, y cuelga. No, señor comisario, desde un punto de vista teatral es absurdo, el público se echaría a reír, no funciona.

Montalbano despidió a Pino y se quedó con la hoja de papel. Cuando el basurero se hubo retirado, volvió a leerla.

Vaya si funcionaba. Funcionaría de maravilla en caso de que, en la hipotética representación teatral —que, en realidad, de hipotética tenía muy poco—, Rizzo, antes de recibir la llamada, ya supiera dónde y cómo había muerto Luparello y le urgiera que el cadáver fuera descubierto cuanto antes.

* * *

Jacomuzzi miró atónito a Montalbano. Iba vestido de punta en blanco, con un traje azul oscuro, camisa blanca, corbata color burdeos y relucientes zapatos negros.

—¡Jesús! ¿Es que te vas a casar?

—¿Habéis terminado ya con el coche de Luparello? ¿Qué habéis encontrado?

—Dentro nada importante. Pero...

—... tenía la suspensión estropeada.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, me lo ha dicho un pajarito. Mira, Jacomuzzi.

Sacó el collar de su bolso de mano y lo arrojó sobre la mesa. Jacomuzzi lo

cogió, lo examinó cuidadosamente e hizo un gesto de asombro.

—¡Pero esto es auténtico! ¡Vale decenas y decenas de millones de liras! ¿Lo habían robado?

—No, alguien lo encontró en el suelo, en el aprisco, y me lo entregó.

—¿En el aprisco? ¿Y quién es la puta que se puede permitir el lujo de tener una joya como ésta? ¿Bromeas acaso?

—Tendrías que examinarlo, fotografiarlo, hacerle, en suma, los trabajitos que sueles hacer. Entrégame los resultados cuanto antes.

Sonó el teléfono. Jacomuzzi contestó y le pasó el aparato a su colega.

—¿Sí?

—Soy Fazio, *dottore*, vuelva enseguida al pueblo. Se ha armado un jaleo que no vea.

—Dime qué ocurre.

—El maestro Contino se ha puesto a disparar contra la gente.

—¿Cómo que a disparar?

—A disparar, tal como suena. Ha hecho un par de disparos desde la terraza de su casa contra los que estaban sentados en el bar de abajo, y vociferaba algo que nadie ha entendido. A mí me ha disparado también cuando entraba en el portal de su casa para ver qué ocurría.

—¿Ha matado a alguien?

—No. Sólo ha rozado el brazo de un tal De Francesco.

—Muy bien, voy enseguida.

Mientras recorría a mil por hora los diez kilómetros que lo separaban de Vigàta, Montalbano pensó en el maestro Contino, a quien conocía muy bien y con quien compartía un secreto. Dos o tres veces por semana, el comisario se permitía el lujo de dar un largo paseo por el muelle de levante hasta el faro. Pero, antes, solía pasarse por la tienda de Anselmo Greco, un cuchitril que desentonaba en aquella calle llena de tiendas de ropa y bares de relucientes espejos. Greco, aparte de insólitos objetos —como figuras de terracota y oxidadas pesas de balanzas ochocentistas—, vendía garbanzos, frutos secos tostados y pepitas de calabaza saladas. Montalbano le pedía un cucurucho y se iba. Seis meses atrás, durante uno de estos paseos, llegó hasta la punta, justo a los pies del faro. Cuando ya se disponía a dar media vuelta para regresar, vio abajo, sentado en un bloque de cemento del rompeolas, a un hombre de cierta edad que permanecía inmóvil, con la cabeza gacha, sin preocuparse por las salpicaduras del embravecido mar que lo estaban dejando empapado. Miró mejor para comprobar que el hombre sostenía un sedal entre sus manos, pero no, no estaba pescando, no hacía nada. De pronto, el hombre se levantó, se santiguó rápidamente y se balanceó sobre las puntas de los pies.

—¡Quieto! —gritó Montalbano.

El hombre experimentó un sobresalto, pues creía que estaba solo. Montalbano pegó dos brincos y lo alcanzó; lo agarró por las solapas de la chaqueta, lo levantó en vilo y lo empujó a lugar seguro.

—Pero ¿qué iba a hacer? ¿Matarse?

—Sí.

—¿Y eso por qué?

—Porque mi mujer me pone los cuernos.

Montalbano se lo esperaba todo menos aquella respuesta. El hombre pasaba con toda seguridad de los ochenta.

—¿Qué edad tiene su mujer?

—Pongamos que ochenta. Yo he cumplido ochenta y dos.

Un diálogo absurdo en una situación igualmente absurda. El comisario no tuvo ánimos para seguir.

Cogió al hombre del brazo y lo obligó a regresar al pueblo. Justo en aquel momento, como si la situación no fuera suficientemente delirante, el hombre se presentó.

—¿Permite? Soy Giosue Contino. He sido maestro de primaria. ¿Y usted quién es? Siempre y cuando me lo quiera decir, naturalmente.

—Me llamo Salvo Montalbano y soy el comisario de las fuerzas del orden de Vigàta.

—¿Ah, sí? Pues mire, me viene usted que ni pintado. Dígale a la muy puta de mi mujer que no me ponga los cuernos con Agatino De Francesco porque, de lo contrario, el día menos pensado yo hago un disparate.

—¿Y quién es ese tal De Francesco?

—Antes trabajaba de cartero. Es más joven que yo, tiene setenta y seis años, y su pensión es una vez y media más grande que la mía.

—¿Está usted seguro de que eso que dice no son simples sospechas?

—Son verdades como puños. Tan ciertas como el Evangelio. Todas las tardes, después de comer, tanto si llueve como si luce el sol, De Francesco va a tomarse un café al bar que se encuentra justo debajo de mi casa.

—¿Y qué?

—¿Usted cuánto tarda en tomarse un café?

Por un instante, Montalbano se dejó llevar por la sosegada locura del viejo maestro.

—Depende. Si estoy de pie...

—¿Cómo que de pie? ¡Sentado!

—Pues, depende de si me he citado con alguien y tengo que esperar, o de si simplemente quiero pasar el rato.

—No, queridísimo amigo, éste se sienta allí sólo para mirar a mi mujer, que también lo mira a él, y no pierden ocasión de hacerlo.

Entretanto, y a habían llegado al pueblo.

—¿Dónde vive, señor maestro?

—Al final del paseo, en la plaza Dante.

—Vamos por la calle de atrás, será mejor.

Montalbano no quería que el viejo empapado de agua y temblando de frío llamara la atención y suscitara preguntas entre los vigateses.

—¿Quiere usted subir? ¿No le apetece un café? —preguntó el maestro, sacando del bolsillo las llaves del portal.

—No, gracias. Cámbiese de ropa, señor maestro, y séquese bien.

Aquella misma tarde mandó llamar a De Francesco, el ex cartero, un viejecito antipático y menudo que reaccionó airadamente y con voz chillona a los consejos del comisario.

—¡Yo el café me lo tomo donde me sale de las narices! ¿Qué pasa? ¿Es que acaso está prohibido ir al bar que está debajo de la casa de este arteriosclerótico de Contino? Me sorprende que usted, que debería representar la ley, me venga con estas historias.

* * *

—Todo ha terminado —le dijo el guardia urbano que mantenía apartados a los mirones del portal de la plaza Dante.

Delante de la puerta del apartamento, el sargento Fazio extendió los brazos. Las habitaciones estaban impecablemente ordenadas y limpias como los chorros del oro. El maestro Contino yacía sentado en un sillón, con una pequeña mancha de sangre a la altura del corazón. El revólver estaba en el suelo al lado del sillón, un antiquísimo Smith and Wesson de cinco disparos que debía de pertenecer por lo menos a la época de Buffalo Bill y que, por desgracia, seguía funcionando. La mujer, por su parte, estaba tendida en la cama, también con una pequeña mancha de sangre a la altura del corazón y un rosario en las manos. Parecía que había estado rezando antes de permitir que el marido la matara. Una vez más, Montalbano pensó en el jefe superior de policía, que esta vez tenía razón: allí la muerte había encontrado su dignidad.

Nervioso y huraño, dictó al sargento las disposiciones necesarias y lo dejó allí a la espera del juez. Además de una repentina tristeza, experimentaba un leve remordimiento: ¿y si hubiera actuado con más prudencia con el maestro, si hubiera avisado a su debido tiempo a los amigos de Contino, a su médico?

* * *

Dio un largo paseo por el puerto y por el muelle de levante, su preferido, y, ya más tranquilo, regresó al despacho. Encontró a Fazio fuera de sí.

—¿Qué hay, qué ha ocurrido? ¿No ha llegado todavía el juez?

—Sí, ha llegado y ya se han llevado los cadáveres.

—Pues entonces, ¿qué te pasa?

—Me pasa que, mientras medio pueblo contemplaba al maestro Contino pegando tiros, unos cabrones han aprovechado para limpiar dos apartamentos de arriba abajo. Ya he mandado a cuatro de los nuestros. Le estaba esperando para ir yo también.

—Anda, vete. Ya me quedo yo aquí.

Decidió que había llegado el momento de poner toda la carne en el asador; la trampa que le rondaba por la cabeza tenía que dar necesariamente resultado.

—¿Jacomuzzi?

—¡Pero bueno! ¿A qué vienen tantas prisas? Aún no me han dicho nada de tu collar. Es muy pronto todavía.

—Sé muy bien que aún no puedes estar en condiciones de decirme nada, me doy perfecta cuenta.

—Pues entonces, ¿qué quieres?

—Pedirte la máxima discreción. La historia del collar no es tan sencilla como parece y puede conducir a desenlaces imprevisibles.

—¡Me ofendes! ¡Si tú me dices que no hable de una cosa, yo no se lo digo ni a Dios!

* * *

—¿Ingeniero Luparello? Siento muchísimo no haber podido ir hoy a su casa. Créame que me ha sido del todo imposible. Le ruego que presente mis disculpas a su madre.

—Espere un momento, comisario.

Montalbano esperó pacientemente.

—¿Comisario? Mamá dice que, si le va bien, mañana a la misma hora.

Le iba bien, y lo confirmó.

Regresó a casa muy cansado y con intención de acostarse enseguida, pero casi mecánicamente, pues era una especie de tic, encendió el televisor. El presentador de Televigata, tras haber comentado el acontecimiento del día —un tiroteo entre mafiosos de poca monta en las afueras de Milán—, anunció que en Montelusa se había reunido la secretaría provincial del partido al que pertenecía (o, mejor dicho, había pertenecido) el ingeniero Luparello. Una reunión extraordinaria que en tiempos menos revueltos que los presentes, y por obligado respeto al difunto, se hubiera celebrado por lo menos pasados treinta días de la desaparición. Pero, tal como estaban las cosas, las turbulencias de la situación política exigían decisiones rápidas y brillantes. Así pues, habían elegido por unanimidad como secretario provincial al doctor Angelo Cardamone, jefe del servicio de traumatología del hospital de Montelusa, un hombre que a menudo había chocado con Luparello en el seno del partido, pero siempre con valentía y lealtad, a cara descubierta. Este contraste de pareceres, añadía el presentador, se podía resumir en los siguientes términos: mientras que el ingeniero era partidario del mantenimiento del cuatripartito, pero con la entrada de fuerzas vírgenes no desgastadas por la política (léase: todavía no alcanzadas por escándalos de corrupción), el traumatólogo se mostraba partidario de un diálogo con la izquierda, cauto y prudente, por supuesto. El cargo electo había recibido telegramas y llamadas de felicitación, incluso desde la oposición. En la entrevista que le habían hecho, Cardamone se había mostrado emocionado, pero decidido; había declarado que se esforzaría al máximo para no desmerecer la confianza que habían depositado en él ni la sagrada memoria de su predecesor, y había terminado diciendo que entregaría al renovado partido « su diligente trabajo y su ciencia» .

—Menos mal que la entregará al partido —no pudo por menos que comentar Montalbano, siendo así que la ciencia de Cardamone, quirúrgicamente hablando, había producido en la provincia un número de lisiados muy superior al que generalmente deja tras de sí un violento terremoto.

Las palabras que inmediatamente después añadió el presentador hicieron levantar las orejas al comisario. Para que el doctor Cardamone pudiera seguir en línea recta su camino, sin renegar de los principios y de los hombres que representaban lo mejor de la actividad política del difunto ingeniero, los miembros de la secretaría habían rogado al abogado Pietro Rizzo, heredero espiritual de Luparello, que prestara todo su apoyo al nuevo secretario. Tras unas comprensibles reticencias suscitadas por los onerosos deberes que el inesperado

cargo entrañaría, Rizzo se había dejado convencer y había aceptado. En la entrevista que Televigata le dedicaba, el abogado declaraba, también muy emocionado, que había tenido que echarse sobre los hombros aquella pesada carga por fidelidad a la memoria de su maestro y amigo, cuyo santo y seña siempre había sido el mismo: servir. Montalbano se quedó atónito: pero ¿cómo? ¿El nuevo secretario tragaba con la presencia oficial del que había sido el más fiel colaborador de su principal adversario? Sin embargo, la sorpresa duró muy poco, pues el comisario, tras una breve reflexión, comprendió que su sorpresa era un tanto ingenua: aquel partido se había distinguido siempre por su innata vocación al compromiso y a las soluciones intermedias. Cabía la posibilidad de que Cardamone no tuviera todavía los hombros lo bastante anchos para actuar en solitario y necesitara de un puntal.

Cambió de canal. En Retelibera, la voz de la oposición de la izquierda, estaba Nicolò Zito, el comentarista más escuchado, que explicaba de qué manera —*zara zabara*, tal como se decía en dialecto, o *mutatis mutandis*, como se decía en latín— las cosas de la isla, y en particular de la provincia de Montelusa, jamás cambiaban, ni siquiera cuando el barómetro indicaba temporal. Citó, y le vino como anillo al dedo, la frase del Príncipe de Salinas, «cambiarlo todo para no cambiar nada», y llegó a la conclusión de que tanto Luparello como Cardamone eran las dos caras de la misma moneda, y que la aleación de aquella moneda no era otra que el abogado Rizzo.

Montalbano corrió al teléfono, marcó el número de Retelibera y preguntó por Zito. Entre él y el periodista había cierta simpatía, casi amistad.

—¿Qué quieres, comisario?

—Verte.

—Querido amigo, mañana me voy a Palermo y estaré ausente por lo menos una semana. ¿Te parece que vaya a verte dentro de media hora? Prepárame algo de comer, me muero de hambre.

Un plato de pasta con ajo y aceite se podía improvisar sin ningún problema. Abrió el frigorífico, y vio que Adelina le había preparado un generoso plato de gambas hervidas, suficiente para cuatro personas. Adelina era la madre de dos presos, el menor de los cuales había sido detenido por el propio Montalbano tres años atrás y aún estaba en la cárcel.

El pasado mes de julio, Livia, que había viajado a Vigàta para pasar dos semanas con él, se había asustado al oír aquel relato.

—Pero ¿estás loco? ¡Ésta, el día menos pensado, se venga y te envenena la sopa!

—¿De qué quieres que se venga?

—¡Detuviste a su hijo!

—¿Acaso tengo yo la culpa? Adelina sabe muy bien que la culpa no es mía sino de su hijo, que fue tonto y se dejó atrapar. Yo actué con lealtad al detenerlo,

no recurrí ni a trampas ni a subterfugios. Fue todo legal.

—A mí me importa un bledo vuestra rebuscada manera de pensar. A ésta la tienes que echar.

—Si la echo, ¿quién me arregla la casa, me lava, me plancha y me prepara la comida?

—¡Ya encontrarás otra!

—En eso te equivocas: tan buena como Adelina no hay ninguna.

Estaba a punto de poner el agua a calentar, cuando sonó el teléfono.

—Quisiera que me tragara la tierra por haberme visto obligado a despertarlo a estas horas, comisario —fue la frase inicial.

—No dormía. ¿Con quién hablo?

—Soy Pietro Rizzo, el abogado.

—Ah, abogado. Mi enhorabuena.

—¿Por qué? Si es por el honor que mi partido me acaba de hacer, más bien me tendría que dar el pésame. Créame que he aceptado sólo por la fidelidad que siempre me unirá a los ideales del pobre ingeniero. Pero volviendo al motivo de mi llamada: tengo que hablar con usted, señor comisario.

—¿Ahora?

—Ahora no, claro, pero piense en la impostergabilidad del asunto.

—Mañana, tal vez, pero se celebran los funerales, ¿no es así? Y supongo que usted estará muy ocupado.

—¡Ya se puede imaginar! Incluso por la tarde. Seguramente algunos de los asistentes importantes se quedarán.

—¿Cuándo entonces?

—Mire, pensándolo mejor, podríamos vernos mañana por la mañana, pero muy pronto. ¿Usted a qué hora suele acudir a su despacho?

—Sobre las ocho.

—A las ocho me iría muy bien. De todos modos, será cuestión de unos minutos.

—Oiga, señor abogado, y a que usted mañana no dispondrá de mucho tiempo, ¿me puede adelantar de qué se trata?

—¿Por teléfono?

—Un pequeño resumen.

—Bien. Ha llegado a mi conocimiento, aunque no sé hasta qué punto es cierto, que alguien le ha entregado a usted un objeto que se encontró de manera casual en el suelo. Y yo he recibido el encargo de recuperarlo.

Montalbano tapó el teléfono con una mano y soltó un auténtico relincho de caballo, una sonora carcajada. Había colocado el cebo del collar en el anzuelo de Jacomuzzi, y la trampa había funcionado a la perfección, permitiéndole atrapar

al pez más gordo que jamás hubiera podido soñar. ¿Cómo se las arreglaba Jacomuzzi para que todos se enteraran de aquello de lo que no todos se tenían que enterar? ¿Echaba mano del rayo láser, de la telepatía, de las prácticas mágicas del chamanismo? Oyó los gritos del abogado.

—¿Oiga? ¿Oiga? ¡No se oye nada! ¿Se ha cortado la comunicación?

—No, perdone, se me había caído el lápiz al suelo y lo estaba recogiendo. Hasta mañana a las ocho.

En cuanto oyó el timbre de la puerta, echó la pasta en el agua hirviendo, y fue a abrir.

—¿Qué me has preparado? —preguntó Zito nada más entrar.

—Pasta rehogada con aceite y ajo, y gambas con ajo y limón.

—Estupendo.

—Ven a la cocina y échame una mano. Y mientras, te hago la primera pregunta: ¿sabes decir «impostergabilidad»?

—Pero ¿es que te has vuelto loco? ¿Me haces venir desde Montelusa a Vigàta para preguntarme si sé decir una palabreja? En cualquier caso, no hay problema. Es facilísimo.

Lo intentó tres o cuatro veces, cada vez con más tesón, pero no lo consiguió. Cada vez se trabucaba más.

—Hay que ser hábil, muy hábil —dijo el comisario, pensando en Rizzo, y no se refería exclusivamente a la habilidad del abogado para pronunciar complicados trabalenguas.

Comieron hablando de comida, como suele ocurrir. Zito, tras haber recordado unas gambas de ensueño que había saboreado diez años atrás en Fiacca, criticó el grado de cocción y lamentó que no hubiera ni el más mínimo indicio de perejil.

—¿Cómo es que en Retelibera os habéis vuelto todos ingleses? —soltó Montalbano sin previo aviso, mientras bebían un blanco excelente que su padre había descubierto por la parte de Randazzo. Sólo hacía una semana que le había llevado seis botellas, un pretexto para estar un rato juntos.

—¿Ingleses, en qué sentido?

—En el sentido de que os habéis guardado mucho de poner de vuelta y media a Luparello, como habéis hecho sin dudar en otras ocasiones. O sea, que el ingeniero muere de un infarto en una especie de burdel al aire libre, entre putas, rufianes y maricas, con los pantalones bajados en una situación decididamente obscena, y vosotros, en lugar de aprovechar la ocasión, corréis un piadoso velo sobre la manera en que ha muerto.

—No tenemos por costumbre aprovecharnos —dijo Zito.

Montalbano se echó a reír.

—¿Me haces un favor, Nicolò? ¿Os queréis ir a la mierda tú y toda Retelibera?

Zito también se rió.

—Bueno, la verdad es que ha ocurrido lo siguiente. A las pocas horas del descubrimiento del cadáver, el abogado Rizzo se presentó en casa del barón Filo di Baucina, el barón rojo —millonario, pero comunista—, y le suplicó de rodillas que Retelibera no comentara las circunstancias de la muerte. Apeló al sentido de la caballerosidad que, por lo visto, tenían los antepasados del barón. Como sabes, el barón es propietario del ochenta por ciento de nuestra emisora. Eso es todo.

—Eso es todo, una mierda. Y tú, Nicolò Zito, que te has ganado el aprecio de los adversarios por decir siempre lo que tienes que decir, ¿le contestas «sí, señor» al barón y te inclinas?

—¿De qué color tengo el pelo? —preguntó Zito, en lugar de responder.

—Pelirrojo.

—Montalbano, yo soy rojo por dentro y por fuera. Pertenezco al grupo de los comunistas malos y rencorosos, una especie en vías de extinción. Lo he aceptado con el convencimiento de que la persona que nos pedía que pasáramos por alto las circunstancias de la muerte del pobre desgraciado, para no manchar su memoria, lo quería mal y no bien, como trataba de aparentar.

—No lo entiendo.

—Yo te lo explico, inocente. Si tú quieres que un escándalo se olvide rápidamente, no tienes más que hablar todo lo que puedas de él en la radio y en la televisión. Venga y venga, dale que te pego; al poco tiempo, la gente empieza a cansarse: «¡Pero, bueno, ya está bien! ¿Por qué no lo dejan de una vez?» En cuestión de quince días, el efecto saturación hace que ya nadie quiera oír hablar del escándalo. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

—Si, por el contrario, lo envuelves todo en el silencio, éste empieza a hablar, multiplica las voces incontroladas que no paran de crecer. ¿Quieres que te ponga un ejemplo? ¿Sabes cuántas llamadas hemos recibido en la redacción a propósito precisamente de nuestro silencio? Centenares. ¿Es verdad que el ingeniero se tiraba a dos mujeres a la vez en el coche? ¿Es cierto que al ingeniero le gustaba hacer de bocadillo y, mientras él follaba con una puta, un negro le trabajaba el trasero? Y la última, de esta noche: ¿es verdad que Luparello regalaba joyas fabulosas a sus putas? Dicen que han encontrado una en el aprisco. Por cierto, ¿tú sabes algo de esta historia?

—¿Yo? No, debe de ser un simple rumor —mintió descaradamente el comisario.

—¿Lo ves? Estoy seguro de que, dentro de unos meses, habrá algún cabrón que vendrá a preguntarme si es verdad que el ingeniero se tiraba a niños de cuatro años y después se los comía rellenos de castañas. Su denigración será eterna y adquirirá proporciones legendarias. Y ahora, espero que hayas comprendido por qué le he contestado que sí a la persona que me ha pedido que lo ocultara.

—¿Y cuál es la postura de Cardamone?

—Cualquiera sabe. Su elección ha sido muy rara, porque resulta que todos los hombres de la secretaría provincial eran de Luparello, exceptuando dos, que son de Cardamone, y estaban allí por pura fachada, para demostrar que son todos muy demócratas. Estaba claro que el nuevo secretario podía y debía ser un seguidor del ingeniero. Pero, en su lugar, se produce un golpe de efecto: se levanta Rizzo y propone a Cardamone. Los demás miembros del clan se quedan pasmados, pero no se atreven a oponerse. Si Rizzo lo propone, quiere decir que debajo hay algún peligro, y conviene seguir el camino que ha trazado el abogado. Votan a favor. Llamam a Cardamone, y éste, tras aceptar el cargo, decide contar con la ayuda de Rizzo, para gran decepción de los dos representantes que tenía en la secretaría. Pero yo a Cardamone lo entiendo muy bien: mejor atraerlo, habrá pensado, que dejarlo suelto por ahí como una mina errante.

Después Zito empezó a contarle a Montalbano el tema de una novela que tenía intención de escribir y les dieron las cuatro.

Mientras examinaba el estado de salud de una planta que le había regalado Livia y que tenía en el alféizar de la ventana de su despacho, Montalbano vio acercarse un automóvil oficial de color azul, con teléfono, chofer y un guardaespaldas, que bajó en primer lugar para abrirle la puerta a un hombre bajito y calvo, vestido con un traje del mismo color que el del coche.

—Ahí fuera hay alguien que quiere hablar conmigo, hazlo pasar enseguida — le dijo al guardia de la puerta.

Cuando entró Rizzo, el comisario observó que llevaba en la parte superior de la manga izquierda un brazalet negro de un palmo de ancho: el abogado ya se había puesto de luto para asistir al funeral.

—¿Qué puedo hacer para que me perdone?

—¿Por qué?

—Por haberlo molestado de noche y en su casa.

—Pero usted me dijo que la cuestión era impos...

—Impostergable, en efecto.

¡Pero qué hábil era el abogado Pietro Rizzo!

—Voy al grano. La noche del domingo pasado, una pareja de jóvenes, por otra parte respetabilísimos, tras haber bebido un poquito más de la cuenta, se entrega a una desmadrada extravagancia. La mujer convence al marido para que la lleve al aprisco. Siente curiosidad por aquel lugar y por lo que allí ocurre. Una curiosidad reprobable, estoy de acuerdo, pero nada más. La pareja llega a los confines del aprisco y la mujer baja. Pero casi inmediatamente, molesta por las vulgares proposiciones que se le hacen, vuelve a subir al automóvil y se van.

Al llegar a casa, se da cuenta de que ha perdido un valioso objeto que llevaba colgado alrededor del cuello.

—Qué casualidad tan extraña —dijo Montalbano casi hablando solo.

—¿Cómo dice?

—Estaba reflexionando sobre el hecho de que, casi a la misma hora y en el mismo lugar, moría el ingeniero Luparello.

El abogado Rizzo no se inmutó y puso una cara muy seria.

—Yo también lo he pensado, ¿sabe? Bromas del destino.

—¿El objeto del que usted me habla es un collar de oro macizo con un corazón incrustado de piedras preciosas?

—Ése es. Y ahora yo le pido que lo devuelva a sus propietarios con la misma discreción de que hizo gala en ocasión del hallazgo de mi pobre ingeniero.

—Tendrá que perdonarme —dijo el comisario—, pero no tengo ni la más mínima idea de lo que hay que hacer en un caso como éste. De todos modos, supongo que todo habría sido distinto si se hubiera presentado la propietaria.

—¡Pero yo tengo poderes legales!

—Ah, ¿sí? Enséñeme el documento.

—No hay problema, señor comisario. Como usted comprenderá, antes de revelar el nombre de mis clientes, quería asegurarme de que se trataba del mismo objeto que ellos estaban buscando.

Se metió una mano en el bolsillo, sacó una hoja de papel y se la entregó a Montalbano. El comisario la leyó con atención.

—¿Quién es Giacomo Cardamone, el que firma el otorgamiento de poderes?

—Es el hijo del profesor Cardamone, nuestro nuevo secretario provincial.

Montalbano decidió que había llegado el momento de repetir el teatro.

—¡Pero qué raro! —exclamó en un susurro, adoptando un aire de profunda meditación.

—Perdone, ¿cómo dice?

—Estaba pensando que en esta historia el destino, como dice usted, se está pasando un poco de la raya con sus bromas.

—Disculpe, pero ¿en qué sentido?

—En el sentido de que el hijo del nuevo secretario político se encuentra a la misma hora y en el mismo lugar en el que muere el antiguo secretario. ¿No le parece curioso?

—Pues, ahora que usted lo dice, sí. Pero descarto categóricamente que pueda haber la más mínima relación entre ambos hechos.

—Yo también lo descarto —dijo Montalbano, y añadió—: No entiendo la firma que figura al lado de la de Cardamone.

—Es la firma de su mujer, una sueca. Una mujer de comportamiento un poco licencioso que no sabe adaptarse a nuestras costumbres.

—A su juicio, ¿cuánto puede valer la joya?

—Yo de eso no entiendo. Los propietarios me han dicho que sobre los ochenta millones de liras.

—Pues entonces, vamos a hacer una cosa. Luego llamaré a mi compañero Jacomuzzi, que es el que la tiene, y le pediré que me la envíe. Mañana por la mañana se la haré llegar a su estudio por medio de uno de mis agentes.

—La verdad es que no sé cómo darle las gracias...

Montalbano lo interrumpió.

—Y usted le entregará a mi agente un recibo en toda regla.

—¡Por supuesto que sí!

—Y un cheque por valor de diez millones, me he permitido redondear el valor del collar, que sería el porcentaje que le corresponde a la persona que encuentra objetos de valor o dinero.

Rizzo encajó el golpe casi con elegancia.

—Me parece muy justo. ¿A nombre de quién lo tengo que extender?

—De Baldassare Montaperto, uno de los dos basureros que encontraron el cuerpo del ingeniero.

El abogado tomó cuidadosamente nota del nombre.

Aún no había terminado Rizzo de cerrar la puerta, cuando Montalbano empezó a marcar el número del domicilio particular de Nicolò Zito. Lo que acababa de decirle el abogado le había puesto en marcha un mecanismo mental que exteriormente se traducía en un desmedido afán de entrar en acción. Le contestó la mujer de Zito.

—Mi marido acaba de salir, se va a Palermo. —De golpe, una recelosa pregunta—: Pero ¿no estuvo con usted anoche?

—Sí que estuvo conmigo, señora, pero esta mañana he recordado un detalle importante.

—Espere, a lo mejor consigo alcanzarlo, voy a llamarlo por el interfono.

Poco después, Montalbano oyó primero la jadeante respiración y después la voz de su amigo.

—Pero ¿qué quieres ahora? ¿No tienes bastante con lo de anoche?

—Necesito una información.

—Si es breve...

—Lo quiero saber todo, pero todo, incluso los chismorreos más raros, acerca de Giacomo Cardamone y de su mujer, que, al parecer, es sueca.

—¿Cómo que al parecer? ¡Una vara de un metro ochenta, con unas piernas y unas tetas que no veas! Si quieres saberlo todo, lo que se dice todo, hace falta un tiempo del que yo no dispongo. Mira, vamos a hacer una cosa: yo me voy, durante el viaje lo pienso y, en cuanto llegue, te envío un fax.

—¿Y adónde lo envías? ¿A la comisaría? Pero si aquí todavía estamos con el tam-tam y las señales de humo.

—Pues entonces lo envío a mi redacción de Montelusa. Puedes pasarte por allí hoy mismo a la hora del almuerzo.

Necesitaba moverse un poco, así que salió de su despacho y entró en el cuarto de los sargentos.

—¿Cómo está Tortorella?

Fazio contempló el escritorio vacío de su compañero.

—Ayer fui a verlo. Por lo visto, sale el lunes del hospital.

—¿Tú sabes cómo se entra en la vieja fábrica?

—Cuando construyeron el muro después del cierre, pusieron una puerta de hierro, tan pequeña que hay que agacharse para entrar.

—¿Quién tiene la llave?

—No lo sé, pero me puedo enterar.

—No sólo te vas a enterar, sino que mañana por la mañana me la traes.

Volvió a su despacho y llamó a Jacomuzzi. Éste, después de hacerlo esperar, decidió contestar.

—¿Qué tienes, diarrea?

—Vamos, Montalbano, ¿qué quieres?

—¿Qué encontraste en el collar?

—¿Qué quieres que encontrara? Nada. Bueno, sí, huellas digitales, pero había tantas y tan confusas que no se podían descifrar. ¿Qué hago con él?

—Me lo mandas hoy mismo. Hoy mismo, ¿está claro?

Desde el despacho de al lado le llegó la alterada voz de Fazio.

—Pero bueno, ¿nadie sabe a quién pertenecía esta Sicilchim? ¡Tiene que haber un gerente, un administrador! —En cuanto vio aparecer a Montalbano, el sargento añadió—: Por lo visto, es más fácil conseguir las llaves de San Pedro.

El comisario le dijo que salía y que estaría de vuelta en dos horas, como máximo. A su regreso quería ver la llave encima de su escritorio.

En cuanto lo vio en el umbral, la mujer de Montaperto palideció y se llevó la mano al corazón.

—¡Oh, Señor! ¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado?

—Nada por lo que usted tenga que preocuparse. Es más, le traigo buenas noticias, puede creerme. ¿Está su marido en casa?

—Sí, señor, hoy ha terminado muy pronto.

La mujer lo hizo pasar a la cocina y fue a llamar a Saro, que se había tendido en el dormitorio al lado de su hijo y trataba de conseguir que cerrara los ojos, aunque sólo fuera un ratito.

—Sentaos —dijo el comisario— y escuchadme bien. ¿Adónde pensabais llevar a vuestro hijo con el dinero del empeño del collar?

—A Bélgica —contestó inmediatamente Saro—. Allí vive mi hermano y está dispuesto a acogernos en su casa durante algún tiempo.

—¿El dinero para el viaje, lo tenéis?

—Ahorrando como fieras hemos conseguido reunir un dinerillo —contestó la mujer sin poder disimular una pizca de orgullo.

—Pero sólo alcanzará para el viaje —puntualizó Saro.

—Muy bien. Pues entonces hoy mismo vas a la estación y sacas los billetes. Mejor aún, coge el autobús y ve a Raccadali, allí hay una agencia.

—Sí, señor. Pero ¿por qué ir hasta Raccadali?

—No quiero que en Vigàta se enteren de lo que pensáis hacer. Mientras tanto, la señora preparará las cosas que os tengáis que llevar. No le digáis a nadie adónde vais, ni siquiera a personas de la familia. ¿Está claro?

—Clarísimo. Pero perdone, señor comisario, ¿qué tiene de malo ir a Bélgica para que curen a nuestro hijo? Usted me pide que lo haga todo a escondidas, como si fuera ilegal.

—Saro, por supuesto que no estás haciendo nada ilegal. Pero quiero estar seguro de muchas cosas, y tú tienes que confiar en mí y hacer sólo lo que yo te diga.

—Muy bien, puede que usía lo haya olvidado, pero ¿qué vamos a hacer en Bélgica si el dinero que tenemos sólo nos alcanza para el viaje de vuelta? ¿Una excursión?

—El dinero que hace falta lo vais a tener. Mañana por la mañana uno de mis agentes os entregará un talón por valor de diez millones de liras.

—¿Diez millones? ¿Y por qué? —preguntó Saro casi sin resuello.

—Te corresponden legalmente. Es el porcentaje del valor del collar que encontraste y que me entregaste. El dinero os lo podréis gastar tranquilamente y sin problemas. En cuanto recibas el cheque, corre a cobrarlo y os vais.

—¿De quién es el cheque?

—Del abogado Rizzo.

—Ah —dijo Saro, palideciendo.

—No tengas miedo, todo es legal y está en mis manos. Pero es mejor tomar precauciones. No quisiera que Rizzo hiciera como algunos cabrones que se lo piensan mejor y se hacen los olvidadizos. Diez millones son diez millones.

Giallombardo le hizo saber que el sargento había ido a recoger la llave de la vieja fábrica, pero que aún tardaría en regresar por lo menos dos horas. El vigilante, que no estaba muy bien de salud, vivía en casa de un hijo suyo en Montedoro. El agente le comunicó también que el juez Lo Bianco le había telefoneado y quería que lo llamara antes de las diez.

—Ah, comisario, menos mal, estaba a punto de salir, voy a la catedral para el funeral. Sé que me asaltarán, me asaltarán literalmente, personajes muy cualificados, y que todos me harán la misma pregunta. ¿Sabe usted cuál?

—Por qué no se ha cerrado el caso Luparello.

—Lo ha adivinado, comisario, y no lo podemos tomar a broma. No quisiera utilizar palabras más gruesas, no quisiera en modo alguno ser malinterpretado... Pero, bueno, si tiene algo concreto entre manos, siga adelante, de lo contrario, cierre el caso. Por otra parte, permítame que se lo diga..., pero es que no lo entiendo: ¿qué quiere descubrir? El ingeniero falleció de muerte natural. Y a mí me ha parecido entender que usted se empeña en seguir sólo porque el ingeniero fue a morir precisamente en el aprisco. Tengo una curiosidad: si Luparello hubiera sido encontrado en la cuneta de una carretera, ¿usted habría tenido algo que objetar? Responda.

—No.

—Pues entonces, ¿adónde quiere ir a parar? El caso se tiene que cerrar dentro del plazo. Mañana, ¿lo ha entendido?

—No se enfade, señor juez.

—Pues me enfado, pero conmigo mismo. Usted me está haciendo utilizar una palabra, « caso », que en modo alguno viene a cuento utilizar. Dentro del plazo de mañana, ¿entendido?

—¿Podemos alargarlo hasta el sábado inclusive?

—Parece que estemos regateando en el mercado. De acuerdo. Pero si lo alarga, aunque sólo sea una hora, yo daré parte a sus superiores.

Zito cumplió su palabra. La secretaria de redacción de Retelibera le entregó el fax de Palermo, que leyó mientras se dirigía al aprisco:

El señorito Giacomo es el clásico hijo de papá, y se ajusta perfectamente al modelo sin el menor asomo de fantasía. El padre es un reconocido caballero, exceptuando un defecto del que te hablaré a continuación, justo lo contrario del difunto Luparello. Giacomino vive con su segunda esposa, Ingrid Sjostrom —cuyas cualidades ya te he descrito de palabra—, en el primer piso del palacio de su padre. Te voy a hacer la lista de sus méritos, por lo menos de los que yo recuerdo. Ignorante hasta la médula, jamás quiso estudiar ni entregarse a otra cosa que no fuera el precoz análisis del coño y, sin embargo, siempre aprobó con las más altas calificaciones gracias a la intervención del Padre Eterno (o mejor dicho, de su padre). Nunca fue a la universidad, a pesar de que se matriculó en Medicina (tanto mejor para la salud pública). A los dieciséis años, cuando conducía el potente automóvil de su progenitor sin carnet de conducir, arrolló y mató a un niño de ocho años. Giacomino prácticamente no pagó por ello; quien sí pagó, y mucho, por cierto, fue su padre a la familia del niño. Al llegar a la edad adulta, crea una empresa de servicios que quiebra a los dos años. Cardamone no pierde ni una lira, pero su socio casi se pega un tiro, y un oficial de la policía judicial que pretendía aclarar lo ocurrido fue trasladado de inmediato a Bolzano. En la actualidad, comercializa productos farmacéuticos (¡Imaginate! ¡El padre le proporciona toda la infraestructura!), y sus gastos superan en gran medida los probables ingresos.

Gran aficionado a los coches de carreras y a los caballos, ha fundado (¡en Montelusa!) un Club de Polo donde jamás se ha visto un partido de este noble deporte, pero, en compensación, se esnifa que da gusto.

Si tuviera que expresar mi sincera opinión acerca del personaje, diría que se trata de un espléndido ejemplar de gilipollas, de esos que se dan donde haya un padre rico y poderoso. A la edad de veintidós años, contrajo matrimonio (se dice así, ¿verdad?) con Albamarina Collatino (Baba para los amigos), de la alta

burguesía empresarial de Palermo. A los dos años, Baba presenta una petición de anulación del vínculo en el Tribunal de la Sacra Rota, basándose en la manifiesta impotentia generandi del cónyuge. Lo había olvidado: a los dieciocho años, es decir, cuatro años antes de casarse, Giacomino había dejado preñada a la hija de una de las doncellas y el lamentable incidente había sido acallado, como de costumbre, por el Omnipotente. Por consiguiente, una de dos: o mentía Baba, o había mentido la hija de la doncella. Según la indiscutible opinión de los altos prelados romanos, había mentido la doncella (¡faltaría más!), y Giacomo no estaba en condiciones de engendrar (por lo cual hubiera tenido que dar gracias al Altísimo). Una vez obtenida la anulación, Baba se comprometió en matrimonio con un primo con quien ya había mantenido relaciones y Giacomo se dirigió a los brumosos países del Norte para olvidar.

En Suecia, asiste casualmente a una especie de rally asesino: un recorrido entre lagos, precipicios y montañas. La vencedora es una pértiga rubia, mecánica de profesión, llamada precisamente Ingrid Sjostrom. ¿Qué podría decirte, amigo mío, para no caer en la telenovela? Flechazo y boda. Ya llevan cinco años juntos. De vez en cuando, Ingrid regresa a su patria y hace unas cuantas carreritas automovilísticas. Le pone los cuernos a su marido con sueca sencillez y naturalidad. El otro día, cinco caballeros (es un decir) participaron en un juego de sociedad en el Club de Polo. Entre otras, se planteó la siguiente cuestión: el que no se haya tirado a Ingrid, que se levante. Los cinco permanecieron sentados. Se rieron mucho, sobre todo Giacomo, que estaba presente, pero no tomaba parte en el juego. Corren rumores, absolutamente improbables, de que el austero profesor Cardamone padre también ha follado con la nuera. Y éste sería el defecto que te mencioné al principio. No se me ocurre nada más. Confío en haber sido todo lo chismoso que tú querías.

Hasta luego,

Nicolò

Llegó al aprisco sobre las dos, y no había ni un alma. La puerta de hierro tenía la cerradura con sal y herrumbre incrustadas, pero ya lo había previsto y llevaba un aerosol de aceite lubricante para armas de fuego. Mientras esperaba a que hiciera efecto el aceite, regresó al coche y encendió la radio.

El funeral —decía el comentarista de la emisora local— había alcanzado tales niveles de emoción que, en determinado momento, la viuda estuvo a punto de desmayarse y la tuvieron que sacar en brazos del templo. Para los discursos fúnebres, se había seguido el siguiente orden: el obispo, el subsecretario nacional del partido, el secretario regional y, a título personal, el ministro Pellicano, amigo del difunto. En el exterior de la catedral, una muchedumbre de por lo menos dos mil personas esperaba la salida del féretro para prorrumpir en un cálido y conmovido aplauso.

« Lo de cálido me parece muy bien, pero ¿cómo se conmueve un aplauso? », se preguntó Montalbano. Apagó la radio y fue a probar la llave. Giraba en la cerradura, pero parecía que la puerta estuviera anclada en el suelo. La empujó con un hombro y, finalmente, consiguió abrir un resquicio por el que pudo pasar con dificultad. La puerta estaba obstruida por cascotes, trozos de hierro y arena. Era evidente que el vigilante llevaba años sin aparecer por allí. Observó que los muros del perímetro eran dos: el de protección, con la puerta de entrada, y una vieja cerca semiderruida que debía de rodear toda la fábrica cuando ésta aún funcionaba. A través de los huecos del segundo muro se veían maquinarias oxidadas, gruesos tubos rectos o en espiral, alambiques gigantescos, andamiajes de hierro con grandes desperfectos, armazones suspendidos en absurdos equilibrios, torretas de acero que asomaban con ilógicas inclinaciones... Y, por todas partes, pavimentos destrozados, techos reventados, anchos espacios otrora cubiertos por estructuras de hierro que ahora se veían rotas a intervalos y a punto de desmoronarse sobre el suelo, donde ya no había nada, excepto una capa de maltrazo cemento por cuyas grietas asomaban unas amarillentas hierbas. Inmóvil en la crujía formada por los dos muros, Montalbano contempló el espectáculo como hechizado. Si ya le gustaba la fábrica por fuera, vista por dentro le entusiasmaba, y lamentó no haber llevado consigo la cámara fotográfica. Le llamó la atención un apagado y constante sonido, una especie de vibración sonora que parecía surgir del interior de la fábrica.

—¿Qué es lo que está funcionando ahí dentro? —se preguntó con recelo.

Creyó conveniente salir, ir al coche y coger la pistola que había dejado en la guantera. Casi nunca la llevaba encima, pues le molestaba el peso del arma, que, además, le deformaba los pantalones y las chaquetas. Cuando entró de nuevo en la fábrica, volvió a escuchar el sonido y se dirigió cautelosamente hacia el lado contrario por el que había entrado. El dibujo que le había hecho Saro era extremadamente detallado y le servía de guía. El sonido era como el zumbido que a veces emiten los cables de alta tensión afectados por la humedad, sólo que éste parecía más variado y musical, y a ratos cesaba para volver poco después con otra modulación. Avanzaba tenso, vigilando para no tropezar con las piedras y los escombros que cubrían el pavimento del estrecho pasillo entre los dos muros, cuando por el raballo del ojo vio, a través de una abertura, a un hombre que se movía en el interior de la fábrica, en sentido paralelo a él. Se echó hacia atrás, con la absoluta certeza de que el otro lo había visto. No había tiempo que perder, el hombre debía de tener cómplices. Pegó un salto hacia delante empuñando el arma, y gritó:

—¡Alto! ¡Policía!

En una fracción de segundo, comprendió que el otro esperaba que él actuara de aquella manera, pues estaba ligeramente inclinado hacia delante con una pistola en la mano. Realizó un disparo y se arrojó al suelo, pero, antes de tocarlo,

consiguió disparar otras dos veces. En lugar de oír lo que esperaba —un disparo en respuesta a los suyos, un lamento y pasos apresurados—, oyó un fragoroso estallido y el tintineo de un ventanal roto. De repente lo comprendió todo, y soltó una carcajada tan espasmódica que no pudo levantarse. Había disparado contra sí mismo, contra su imagen reflejada en una gran vidriera que sobrevivía sucia y empañada.

« Esto no puedo contárselo a nadie —se dijo—. Me obligarían a dimitir y me echarían de la policía a patadas» .

De pronto, el arma que sostenía en la mano se le antojó ridícula y la puso en el cinto de los pantalones. Los disparos y su prolongado eco y el estruendo de la vidriera hecha añicos habían ahogado por completo el sonido que ahora volvía a escucharse con más variaciones que al principio. Entonces, lo comprendió. Era el viento, que durante el día, incluso en verano, azotaba aquella franja de playa, y por la noche amainaba como si no quisiera perturbar los negocios de Gegè. El viento, que se colaba entre los armazones metálicos, entre los cables, algunos flojos, otros muy tensos, y por las chimeneas, reventadas a intervalos como los agujeros de un caramillo, interpretaba su música en la fábrica muerta. El comisario se detuvo a escuchar, embelesado.

Para llegar al punto que Saro le había señalado, tardó casi media hora y, en determinados lugares, tuvo que encaramarse a pequeñas montañas de escombros. Al final, comprendió que se encontraba exactamente a la altura del lugar donde, al otro lado del muro, Saro había encontrado el collar. Miró serenamente a su alrededor. Periódicos y trozos de papel amarillentos por efecto del sol, malas hierbas, botellines de Coca-Cola (las latas eran demasiado livianas para poder superar la altura del muro), botellas de vino, una carretilla metálica desfondada, neumáticos de automóvil, fragmentos de hierro, un objeto indefinible, una viga podrida... y, al lado de la viga, un bolso bandolera de piel, elegante, muy nuevo y de firma. Desentonaba en medio de la podredumbre que lo rodeaba. Montalbano lo abrió. En su interior había dos piedras bastante grandes que alguien debía de haber introducido para que sirvieran de lastre y le permitieran describir la parábola apropiada desde la parte exterior del muro a la interior. No había nada más. Estudió un poco mejor el bolso. Las iniciales de la propietaria en metal habían sido arrancadas, pero el cuero conservaba la huella, una « I » y una « S » : Ingrid Sjostrom.

« Me la están sirviendo en bandeja de plata », pensó Montalbano.

La idea de aceptar esa bandeja amablemente ofrecida, con todo lo que pudiera haber dentro, le vino a la mente mientras saboreaba con fruición una generosa ración de pimientos asados que Adelina le había dejado en el frigorífico. Buscó en la guía el número de Giacomo Cardamone. La hora era la más indicada para encontrar a la sueca en casa.

—¿Quién ser tú que habla?

—Soy Giovanni, ¿está Ingrid?

—Ahora y o mira, tú espera.

Trató de adivinar de qué parte del mundo habría caído aquella criada, pero no lo consiguió.

—Hola, picha larga, ¿cómo estás?

La voz era grave y ronca, muy en consonancia con la descripción que le había hecho Zito, pero las palabras no ejercieron en él el menor efecto erótico. Al contrario, más bien lo inquietaron: entre todos los nombres del universo, había ido a elegir precisamente el de alguien de quien Ingrid conocía incluso las medidas anatómicas.

—¿Estás ahí? ¿O es que te has quedado dormido de pie? ¿Cuánto has follado esta noche, grandísimo guarro?

—Oiga, señora...

La reacción de Ingrid fue inmediata, una constatación sin estupor ni indignación.

—No eres Giovanni.

—No.

—Pues entonces, ¿quién eres?

—Soy comisario de policía, me llamo Montalbano.

Esperaba una reacción de alarma, pero sufrió una decepción.

—¡Uy, genial! ¡Un policía! ¿Qué quieres de mí?

Seguía hablándole de tú, a pesar de que no lo conocía. Montalbano decidió seguir tratándola de usted.

—Quisiera intercambiar unas palabras con usted.

—Esta tarde me resulta imposible, pero esta noche estoy libre.

—De acuerdo, esta noche me va bien.

—¿Dónde? ¿Voy yo a tu despacho? Dime dónde está.

—Mejor no, prefiero un lugar más discreto.

Ingrid hizo una pausa.

—¿Tu dormitorio? —preguntó en tono irritado; evidentemente, estaba

empezando a sospechar que al otro extremo del hilo había un imbécil que se le estaba insinuando.

—Mire, señora, comprendo que usted desconfíe, y con razón. Hagamos una cosa. Dentro de una hora estaré en la comisaría de Vigàta; puede llamar allí y preguntar por mí. ¿Le parece bien?

La mujer no contestó enseguida; lo estaba pensando. Al final, se decidió.

—Te creo, policía. ¿Dónde y a qué hora?

Se pusieron de acuerdo sobre el lugar: el bar Marinella, que, a la hora convenida —las diez de la noche—, con seguridad estaría desierto. Montalbano le rogó que no dijera nada a nadie, ni a su marido.

La casa de los Luparello estaba en la entrada de Montelusa, viniendo del mar. Se trataba de un sólido edificio decimonónico, protegido por una alta cerca en cuyo centro se abría una verja de hierro forjado que en aquellos momentos estaba abierta de par en par. Montalbano avanzó por la alameda que cruzaba una parte del jardín y llegó a la puerta principal, semicerrada, en una de cuyas hojas colgaba una cinta de color negro. Se asomó para mirar en el interior: en el vestíbulo, bastante espacioso, había unas veinte personas, hombres y mujeres, hablando en voz baja con cara de circunstancias. No le pareció oportuno pasar entre la gente; alguien lo hubiera podido reconocer y empezar a preguntarse sobre el porqué de su presencia allí. Rodeó la casa y, al final, encontró una puerta trasera, cerrada. Tocó el timbre, y tuvo que hacerlo varias veces antes de que alguien le abriera.

—Se ha equivocado. Para las visitas de pésame, por la puerta principal —dijo la joven y despabilada criada con delantal negro y cofia, que inmediatamente lo había catalogado como no perteneciente a la categoría de los proveedores.

—Soy el comisario Montalbano. ¿Quiere comunicar a alguien de la familia que he llegado?

—Lo esperaban, señor comisario.

Lo guió a través de un largo pasillo, le abrió una puerta y le hizo señas de que entrara. Montalbano se encontró en una gran biblioteca con millares de libros muy bien conservados y alineados en enormes estantes. En un rincón había un gran escritorio y, al otro lado, un saloncito de refinada elegancia, con una mesita y dos sillones. En las paredes, sólo cinco cuadros cuyos autores Montalbano reconoció de inmediato con profunda emoción. Un campesino de Guttuso de los años cuarenta, un paisaje del Lazio de Melli, una demolición de Mafai, dos remeros en el Tíber de Donghi y una bañista de Fausto Pirandello. Un gusto exquisito, una selección hecha con singular acierto. Se abrió la puerta y apareció un hombre de unos treinta años, corbata negra, rostro muy cordial, elegante.

—Fui yo quien lo llamó. Gracias por haber venido. Mi madre tenía mucho

empeño en verle. Disculpe las molestias que le he causado.

Hablaba sin ninguna inflexión dialectal.

—Por favor, no es ninguna molestia. Sólo que no sé de qué manera puedo ser útil a su madre.

—Ya se lo he dicho a mamá, pero ella ha insistido. Además, no ha querido decirme nada sobre el motivo por el que ha querido que lo molestáramos.

Se miró las yemas de los dedos de la mano derecha como si las viera por primera vez y emitió un leve carraspeo.

—Sea comprensivo, señor comisario.

—No le entiendo.

—Sea comprensivo con mamá, por favor, ha sufrido mucho.

El joven estaba a punto de retirarse, pero se detuvo en seco.

—Ah, señor comisario, se lo quiero decir para evitarle una situación embarazosa. Mamá sabe cómo y dónde murió papá. No acierto a comprender cómo lo ha averiguado. Ya lo sabía dos horas después del hallazgo. Con su permiso.

Montalbano lanzó un suspiro de alivio. Si la viuda ya lo sabía todo, él no se vería obligado a contarle retorcidas trolas para ocultarle la indecencia de la muerte de su esposo. Volvió a contemplar los cuadros con deleite. En su casa de Vigàta, solamente tenía dibujos y grabados de Carmassi, Attardi, Guida, Cordio y Angelo Canevari. Con su misero sueldo, no podía llegar más allá, jamás se podría comprar una tela de aquel nivel.

—¿Le gustan?

Se volvió de golpe. No había oído entrar a la señora. Una mujer no demasiado alta, de cincuenta y tantos años y aire decidido, en cuyo rostro unas leves arrugas no conseguían destruir la belleza de sus rasgos, sino que más bien acentuaban el esplendor de sus perspicaces ojos verdes.

—Siéntese —dijo, acomodándose en el sofá, mientras el comisario tomaba asiento en un sillón—. Los cuadros son bonitos. Yo no entiendo nada de pintura, pero me gustan. Hay unos treinta repartidos por toda la casa. Los compró mi marido, la pintura era su vicio secreto, solía decir. Por desgracia, no era el único.

«Pues empezamos bien», pensó Montalbano mientras preguntaba:

—¿Se encuentra mejor, señora?

—¿Mejor con respecto a cuándo?

El comisario se desconcertó, y tuvo la sensación de encontrarse en presencia de una maestra que le estaba haciendo un difícil examen oral.

—Pues no sé, con respecto a esta mañana... Me han dicho que en la catedral ha sufrido una indisposición.

—¿Una indisposición? Yo estaba bien, teniendo en cuenta las circunstancias. No, mi querido amigo, soy muy valiente. El caso es que se me ha ocurrido pensar que si un terrorista hiciera volar por los aires la iglesia con todos los que

estábamos dentro, por lo menos una buena décima parte de la hipocresía repartida por el mundo desaparecería con nosotros. Y entonces he hecho que me sacaran fuera.

Montalbano no supo qué decir, impresionado por la sinceridad de aquella mujer, y esperó a que fuera ella quien tomara de nuevo la palabra.

—Cuando una persona me explicó dónde habían encontrado a mi marido, llamé al jefe superior y le pregunté quién se encargaba de la investigación, en el caso de que se hubiera abierto alguna. El jefe superior me indicó su nombre, añadiendo que era usted una persona honrada. No pude creerlo. ¿Existen todavía personas honradas? Por eso pedí que lo llamaran.

—No puedo por menos que darle las gracias, señora.

—No estamos aquí para hacernos cumplidos. No quiero hacerle perder el tiempo. ¿Está usted completamente seguro de que no se trata de un asesinato?

—Segurísimo.

—Pues entonces, ¿cuáles son sus dudas?

—¿Dudas?

—Pues sí, mi querido amigo, debe de tenerlas. De otro modo, no se justifica su renuencia a cerrar las investigaciones.

—Le seré sincero, señora. Sólo se trata de corazonadas que no debería permitirme, en el sentido de que, tratándose de una muerte por causas naturales, mi actitud tendría que ser otra. Por lo tanto, si usted no tiene nada nuevo que decirme, esta misma noche yo le comunico al magistrado...

—Pero es que yo sí tengo algo nuevo.

Montalbano guardó silencio.

—No sé cuáles son sus impresiones —añadió la señora—, pero yo le expondré las mías. Silvio era ciertamente un hombre sagaz y ambicioso y, si se había mantenido en la sombra durante tantos años, lo había hecho con un propósito muy concreto: salir a la luz en el momento apropiado y permanecer en ella. ¿Y usted se cree que este hombre, después de todo el tiempo que había empleado en pacientes maniobras para llegar a donde había llegado, decide una noche irse con una mujer —seguramente de mala vida— a un lugar equivoco, donde cualquiera podía reconocerlo e incluso someterlo a chantaje?

—Éste, señora, es uno de los puntos que más me ha desconcertado.

—¿Quiere que aumente su desconcierto? He dicho una mujer de mala vida, pero quisiera aclarar que no me refería ni a una prostituta ni a una mujer a la que hubiera que pagar. No he sabido explicarme bien. Le voy a decir una cosa: recién casados, Silvio me confesó que él jamás había estado con una prostituta y que tampoco había visitado una casa de tolerancia, cuando todavía estaban abiertas. Había algo que se lo impedía. Por eso me pregunto qué clase de mujer era la que lo convenció para que mantuviera una relación con ella en semejante lugar.

Montalbano tampoco había estado jamás con una puta, y confiaba en que las nuevas revelaciones sobre Luparello no pusieran de manifiesto otros parecidos entre él y un hombre con quien por nada del mundo hubiera querido compartir el pan.

—Mire, mi marido disfrutaba de sus vicios, pero jamás tuvo tentaciones de aniquilación, de éxtasis hacia abajo, como decía un escritor francés. Sus amores los consumía discretamente en una casita que había mandado construir, no a su nombre, en el mismo borde de Capo Massaria. Lo supe a través de la consabida amiga caritativa.

Se levantó, fue al escritorio, buscó en un cajón y volvió a sentarse sosteniendo en la mano un sobre grande de color amarillo, un llavero de metal con dos llaves y una lupa. Le ofreció las llaves al comisario.

—Por cierto. Con las llaves era un maniático. De todas tenía dos copias; una la guardaba en aquel cajón y la otra la llevaba siempre encima. Pues bien, este último juego de llaves no se encontró.

—¿No estaba en los bolsillos del ingeniero?

—No. Ni en su estudio. Tampoco se encontraron en el otro despacho, en el, ¿cómo diríamos?, despacho político. Desaparecieron, se volatilizaron.

—Pudo perderlas por la calle. No se ha dicho que se las sustrajeran.

—No es posible. Mire, mi marido tenía seis manojos de llaves. Uno para esta casa, otro para la casa del campo, otro para la casa de la playa, otro para el despacho, otro para el estudio y otro para la casita. Los guardaba todos en la guantera del coche. Y cada vez, sacaba el manajo que necesitaba.

—¿Y no se encontraron en el coche?

—No. He ordenado cambiar todas las cerraduras. Exceptuando las de la casita, cuya existencia yo ignoro oficialmente. Si le apetece, dese una vuelta por allí; estoy segura de que encontrará alguna huella reveladora acerca de sus amores.

Había repetido varias veces «sus amores», y Montalbano quería consolarla de alguna manera.

—Aparte de que los amores del ingeniero no entran en mis investigaciones, he obtenido alguna información haciendo preguntas, y le diré con toda sinceridad que las respuestas que me han dado han sido muy genéricas y válidas para cualquier persona.

La señora miró al comisario con una leve sonrisa en los labios.

—Yo jamás se lo he echado en cara, ¿sabe? Prácticamente a los dos años del nacimiento de nuestro hijo, mi marido y yo dejamos de ser una pareja. Así que he tenido ocasión de observarlo tranquila y sosegadamente durante treinta años sin que mi mirada haya estado empañada por la turbación de los sentidos. Perdóneme, pero no me ha entendido: cuando hablaba de sus amores, yo pretendía no especificar el sexo.

Montalbano encorvó los hombros y se hundió todavía más en el sillón. Era como si le acabaran de golpear la cabeza con una barra de hierro.

—Yo, en cambio —añadió la señora—, volviendo al tema que más me interesa, estoy convencida de que se trata de un acto criminal; déjeme terminar, no de un asesinato, de una eliminación física, sino de un crimen político. Hubo una violencia máxima, que fue la que lo llevó a la muerte.

—Explíquese mejor, señora.

—Estoy convencida de que a mi marido por medio de la fuerza o del chantaje lo obligaron a ir al lugar donde posteriormente fue encontrado, a aquel lugar tan infame. Tenían un plan, pero no tuvieron tiempo de llevarlo enteramente a la práctica porque su corazón no resistió, debido a la tensión o, ¿por qué no?, al miedo. Estaba muy enfermo, ¿sabe? Se había sometido a una operación difícil.

—Pero ¿qué pudieron hacer para obligarlo?

—No lo sé. Tal vez usted podría ayudarme en eso. Probablemente le tendieron una emboscada. No pudo oponer resistencia. Quizá en aquel horrible lugar le hubieran sacado, qué se yo, unas fotografías, o se las hubieran arreglado para que alguien lo reconociera. A partir de aquel momento, habrían tenido a mi marido en sus manos, lo habrían convertido en una marioneta.

—¿A quién se refiere usted?

—A sus adversarios políticos, supongo, o a algún socio suyo en los negocios.

—Mire, señora, su razonamiento, mejor dicho, su suposición, adolece de un grave defecto: no se puede demostrar con pruebas.

La mujer abrió el sobre amarillo que sostenía en la mano y extrajo de él unas fotografías. Eran las que la Policía Científica le había hecho al cadáver en el aprisco.

—Oh, Dios mío —musitó Montalbano, estremeciéndose.

La mujer, en cambio, las estaba contemplando sin la menor turbación.

—¿Cómo las ha conseguido?

—Tengo buenos amigos. ¿Usted las ha visto?

—No.

—Pues ha hecho muy mal. —La mujer eligió una foto y se la entregó a Montalbano junto con la lupa—. Fíjese en ésta, mírela bien. Los pantalones están bajados y se entrevé el blanco de los calzoncillos.

—Yo aquí no veo nada extraño.

—Ah, ¿no? ¿Y la marca de los calzoncillos?

—Sí, ya la veo. ¿Y qué?

—No debería verla. Este tipo de calzoncillos —si usted me acompaña a la habitación de mi marido le mostraré otros iguales— lleva la marca detrás y por dentro. Si usted la ve como la está viendo, significa que los calzoncillos están puestos del revés. Y no me venga a decir que Silvio se los había puesto así por la

mañana al vestirse sin darse cuenta. Tomaba un diurético y se veía obligado a ir al lavabo varias veces al día; hubiera podido volver a ponerse los calzoncillos del derecho en cualquier momento del día. Y eso sólo significa una cosa.

—¿Qué? —preguntó el comisario, impresionado por aquel frío y despiadado análisis llevado a cabo sin derramar ni una sola lágrima, como si el muerto fuera un personaje vagamente conocido.

—Que estaba desnudo cuando lo sorprendieron y que lo obligaron a vestirse a toda prisa. Y sólo podía estar desnudo en la casita de Capo Massaria. Por eso le he entregado las llaves. Se lo repito: ha sido un acto criminal contra la imagen de mi marido, pero logrado sólo a medias. Querían convertirlo en un cerdo para ofrecérselo como alimento a los cerdos. Hubiera sido mejor que no muriera, pues, manteniendo los hechos en secreto, habrían podido hacer con él lo que quisieran. Pero el plan ha sido en parte un éxito: todos los hombres de mi marido han sido excluidos del nuevo directorio. Sólo «Rizzo» se ha salvado; es más, ha salido ganando.

—¿Y eso cómo es posible?

—A usted le corresponde averiguarlo, si le apetece. O bien puede dar por buena la forma que le han dado al agua.

—No entiendo, perdone.

—Yo no soy siciliana, nací en Grosseto y me trasladé a vivir a Montelusa cuando nombraron gobernador a mi padre. Poseíamos un trozo de tierra y una casa en la ladera del Amiata, y allí pasábamos las vacaciones. Tenía un amigo más pequeño que yo, hijo de campesinos. Yo debía de tener unos diez años. Un día vi que mi amigo había colocado en el borde del pozo un cuenco, una taza, una tetera y una caja cuadrada de hojalata, todos llenos de agua, y los estaba observando atentamente.

«—¿Qué haces? —le pregunté.

»—¿Qué forma tiene el agua?

»—¡El agua no tiene ninguna forma! —le contesté entre risas—. Toma la forma que le dan» .

En aquel momento, se abrió la puerta del estudio y apareció un «ángel» .

El ángel —en aquel momento Montalbano no supo definirlo de otra manera— era un joven de unos veinte años, alto, rubio, muy moreno de piel, de cuerpo perfecto y aire efébo. Un oportuno rayo de sol se había apresurado a inundarlo de luz en el umbral para acentuar los apolíneos rasgos de su rostro.

—Tía, ¿puedo pasar?

—Pasa, Giorgio, pasa.

Mientras el joven se acercaba al sofá ingravidamente, como si sus pies no rozaran el suelo, siguiendo un tortuoso camino casi en espiral y rozando los objetos que tenía al alcance de la mano, mejor dicho, acariciándolos con dulzura, Montalbano captó la mirada de la señora, instándolo a guardar en el bolsillo la fotografía que sostenía en la mano. Obedeció, al tiempo que la viuda guardaba rápidamente las fotografías restantes en el sobre amarillo y lo dejaba a su lado en el sofá. Cuando el joven estuvo más cerca, el comisario observó que sus ojos azules estaban enrojecidos por el llanto y marcados por las ojeras.

—¿Cómo te encuentras, tía? —preguntó el joven con voz casi cantarina, arrodillándose con elegancia junto a la mujer para apoyar la cabeza en su regazo.

En la memoria de Montalbano apareció de repente, como iluminado por un potente reflector, un cuadro que había visto una vez no recordaba dónde: el retrato de una dama inglesa con un lebrél en la misma posición que acababa de adoptar el joven.

—Éste es Giorgio —dijo la señora—. Giorgio Zicari, hijo de mi hermana Elisa, casada con el penalista Ernesto Zicari. Puede que usted lo conozca.

Mientras hablaba, la señora acariciaba el cabello del muchacho. Giorgio no dio señales de haber comprendido las palabras, visiblemente absorto en su devastador sufrimiento; ni siquiera se volvió a mirar al comisario. Por otra parte, la señora se había guardado mucho de decirle al sobrino quién era Montalbano y qué hacía en aquella casa.

—¿Has conseguido dormir esta noche?

Por toda respuesta, Giorgio sacudió la cabeza.

—Pues entonces, haz una cosa. ¿Has visto que el doctor Capuano anda por la casa? Búscaló, pídele que te recete un buen somnífero y acuéstate.

Sin abrir la boca, Giorgio se levantó, levitó sobre el suelo con su singular movimiento en espiral y desapareció al otro lado de la puerta.

—Tiene que perdonarlo —dijo la señora—. Giorgio es sin la menor duda la persona que más ha sufrido y sufre la desaparición de mi marido. Verá, yo quise

que mi hijo estudiara y se labrara una posición independiente de su padre, fuera de Sicilia. Y puede que usted adivine los motivos. Como consecuencia de ello, en lugar de a Stefano, mi marido entregó todo su afecto al sobrino, y éste le correspondió hasta la idolatría, pues se vino incluso a vivir con nosotros, con gran disgusto de mi hermana y de su marido, que se sintieron abandonados.

La señora se levantó y Montalbano siguió su ejemplo.

—Le he dicho, señor comisario, todo lo que consideraba conveniente decirle. Sé que estoy en manos honradas. Si lo cree oportuno, téngame informada a cualquier hora del día o de la noche. No se tome la molestia de ahorrarme detalles. Soy lo que se dice una mujer fuerte. En cualquier caso, obre según su conciencia.

—Señora, una pregunta que me preocupa desde hace algún tiempo. ¿Por qué no se tomó la molestia de denunciar la desaparición de su marido...? Me explico mejor: ¿no le extrañó que su marido no regresara a casa aquella noche? ¿Había ocurrido otras veces?

—Sí, había ocurrido. Pero la verdad es que el domingo por la noche me había llamado para advertírmelo.

—¿Desde dónde?

—No lo sé. Me dijo que regresaría muy tarde. Tenía una reunión importante. Caba incluso la posibilidad de que se viera obligado a pasar la noche fuera.

Le tendió la mano a Montalbano y, sin saber por qué, el comisario la estrechó entre las suyas y la besó.

* * *

En cuanto salió, utilizando como al entrar la puerta trasera de la casa, vio a Giorgio sentado en un cercano banco de piedra, doblado por la mitad y sacudido por unos temblores convulsivos. Preocupado, Montalbano se le acercó y vio que las manos del joven se abrían dejando caer el sobre amarillo y las fotografías, que se diseminaron por el suelo. Movido sin duda por una curiosidad gatuna, el muchacho se había apoderado de ellas mientras estaba acurrucado junto a su tía.

—¿Se encuentra mal?

—¡Así no, Dios mío, así no!

Giorgio hablaba con voz pastosa, tenía los ojos empañados y ni siquiera se había percatado de la presencia del comisario. Fue un momento, e inmediatamente se tensó, cayendo hacia atrás desde el banco sin respaldo. Montalbano se arrodilló a su lado tratando de inmovilizar aquel cuerpo estremecido por los espasmos, mientras una espesa saliva blanca asomaba por las comisuras de su boca.

Stefano Luparello apareció en la puerta de la casa, y, al mirar a su alrededor, descubrió la escena y se acercó corriendo.

—Salía para despedirme. ¿Qué ocurre?

—Un ataque epiléptico, creo.

Ambos intentaron que, en el paroxismo de la crisis, Giorgio no se cortara la lengua con los dientes ni se golpeará violentamente la cabeza. Después, el joven se calmó y se estremeció suavemente.

—Ay údeme a trasladado dentro —dijo el ingeniero.

La criada, la misma que había abierto la puerta al comisario, se presentó en cuanto el ingeniero la llamó.

—No quisiera que mamá lo viera en este estado.

—Vengan conmigo —dijo la muchacha.

Avanzaron con dificultad por un pasillo distinto al que había recorrido el comisario a su llegada. Montalbano sujetaba a Giorgio por las axilas y Stefano por los pies. Al llegar al ala del edificio reservada a la servidumbre, la muchacha abrió una puerta. Depositaron al joven en la cama, respirando afanosamente a causa del esfuerzo. Giorgio parecía haberse sumido en un profundísimo sueño.

—Ay údenme a desnudarlo —dijo Stefano. Sólo cuando el joven se quedó en calzoncillos y camiseta, Montalbano observó que, desde la base del cuello hasta la parte inferior de la barbilla, la piel era blanca y diáfana y contrastaba fuertemente con el rostro y el pecho tostados por el sol.

—¿Sabe por qué no está moreno en esta zona? —le preguntó al ingeniero.

—No lo sé —contestó Stefano—, regresé a Montelusa justo el lunes por la tarde, después de varios meses de ausencia.

—Yo sí —terció la doncella—. El señorito se hizo daño, sufrió un accidente de automóvil. No hace ni una semana que se quitó el collarín.

—Cuando se recupere y esté en condiciones de comprender —le dijo Montalbano a Stefano—, dígame que, mañana por la mañana, a las diez, se acerque un momento a mi despacho de Vigàta.

Después regresó al banco de piedra, recogió del suelo el sobre y las fotografías en las que Stefano no había reparado y se lo guardó todo en el bolsillo.

Desde la curva Sanfilippo había unos cien metros hasta Capo Massaria, pero el comisario no veía la casita que, según las indicaciones que le había dado la señora Luparello, tendría que estar justo en el extremo del cabo. Volvió a ponerse en marcha, circulando muy despacio. Cuando llegó a la altura del cabo, descubrió entre los achaparrados y frondosos árboles un sendero que se apartaba de la carretera provincial. Lo enfiló, y poco después vio que quedaba cortado por una verja, la única entrada que había en el largo muro construido sin argamasa que aislaba por completo la parte del cabo que se precipitaba sobre el mar. La llave entraba en la cerradura. Montalbano dejó el coche al lado de la verja y se adentró por un estrecho sendero de jardín, hecho con bloques de toba hundidos en

la tierra. Al llegar al final del camino, bajó por unos peldaños, también de toba, que terminaban en una especie de rellano en el que se veía la puerta de la casa. La casita apenas era visible desde tierra por estar construida como un nido de águila o como algunos refugios de montaña, en el mismo borde de la roca.

Al entrar en la casa, se encontró en un espacioso salón que daba al mar, mejor dicho, suspendido sobre el mar: un ventanal de pared a pared hacía que uno tuviera la sensación de estar en el puente de un barco. Todo estaba en perfecto orden. En un rincón, había una mesa de comedor y cuatro sillas; de cara al ventanal, un sofá y dos sillones, y adosado a la pared, un aparador ochocentista lleno de vasos, platos, botellas de vino y licor, y un televisor con video. Sobre una mesa baja de centro, estaban alineadas varias cintas de películas porno y de otro tipo. En el salón se abrían tres puertas; la primera correspondía a una cocina pequeña e impecablemente limpia, con los estantes llenos de alimentos y un frigorífico medio vacío, exceptuando algunas botellas de champán y de vodka. El cuarto de baño, bastante espacioso, olía a formol. En la repisa de debajo del espejo había una maquinilla eléctrica de afeitarse, desodorantes y un frasco de agua de colonia. En el dormitorio, cuyo ventanal daba también al mar, una cama de matrimonio con las sábanas limpias, dos mesillas de noche, en una de las cuales descansaba el teléfono, y un armario de tres puertas. En la pared, sobre la cabecera de la cama, un dibujo de Emilio Greco: un desnudo muy sensual. Montalbano abrió el cajón de la mesilla de noche donde estaba el teléfono, a cuyo lado dormiría seguramente el ingeniero. Tres preservativos, un bolígrafo, un cuaderno de apuntes con las hojas en blanco... Experimentó un sobresalto al ver la pistola —una siete sesenta y cinco cargada—, justo en el fondo del cajón. El de la otra mesilla estaba vacío. Abrió la puerta de la izquierda del armario y vio dos trajes de hombre. En el primer cajón, una camisa, tres calzoncillos, pañuelos y una camiseta. Examinó los calzoncillos: la señora tenía razón, la marca estaba en el interior de la parte de atrás. En el segundo cajón, un par de mocasines y unas zapatillas. En el espejo que cubría la puerta central del armario se reflejaba la cama. Aquella sección del armario estaba dividida en tres repisas; la de arriba y la del centro contenían, sin orden ni concierto, sombreros, revistas italianas y extranjeras unidas por el denominador común de la pornografía, un vibrador y unas sábanas y unas fundas de almohada de repuesto. En la parte inferior, había tres pelucas femeninas, colocadas en sus correspondientes soportes: una rubia, una morena y otra pelirroja. Puede que formaran parte de los juegos eróticos del ingeniero. La mayor sorpresa se la llevó al abrir la puerta de la derecha: dos elegantes vestidos de mujer colgaban de sendas perchas. Había también dos pantalones vaqueros y unas cuantas blusas. En un cajón, unas bragas tipo bikini y ningún sujetador. El otro cajón estaba vacío. Mientras se inclinaba para examinarlo mejor, Montalbano comprendió qué era lo que tanto le había llamado la atención. No se trataba de la existencia de vestidos de mujer

sino del perfume que de ellos emanaba, el mismo que había percibido, sólo que más vagamente, en la vieja fábrica al abrir el bolso que encontró.

No había nada más que ver; sólo por si acaso, se agachó para mirar debajo de los muebles. Una corbata se había enrollado alrededor de una de las patas posteriores de la cama. La cogió, recordando que el ingeniero tenía el cuello de la camisa desabrochado cuando lo encontraron. Sacó las fotografías del bolsillo, y comprendió que, por su color, la corbata hubiera combinado muy bien con el traje que el ingeniero llevaba en el momento de su muerte.

En la comisaría encontró a Germanà y Galluzzo muy alterados.

—¿Y el sargento?

—Fazio se ha ido con los demás a la gasolinera, la que hay en el camino de Marinella. Ha habido un tiroteo.

—Voy para allá ahora mismo. ¿Ha llegado algo para mí?

—Sí, un paquete de parte del *dottor* Jacomuzzi.

Lo abrió, era la joya. Volvió a cerrar el paquete.

—Germanà, tú ven conmigo, vamos a la gasolinera. Me dejas allí y te vas con mi coche a Montelusa. Por el camino te diré lo que tienes que hacer.

Entró en su despacho y llamó al abogado Rizzo. Le comunicó que el collar y a estaba en camino y le dijo que le entregara al mismo agente el cheque de los diez millones de liras.

Mientras se dirigían al lugar del tiroteo, el comisario le dijo a Germanà que no le diera el paquete a Rizzo hasta que tuviera el cheque en el bolsillo, y que el cheque se lo debía llevar, y le dio la dirección, a Saro Montaperto, encareciéndole que fuera a cobrarlo en cuanto abrieran el banco, a las ocho de la mañana del día siguiente. No sabía explicarse por qué razón —y tal circunstancia lo molestaba enormemente—, pero intuía que el asunto Luparello estaba a punto de tocar a su fin.

—¿Después vuelvo a recogerlo a la gasolinera?

—No, vete a la comisaría. Yo utilizaré el vehículo de servicio.

El coche de la policía y un automóvil particular bloqueaban los accesos a la gasolinera. En cuanto descendió de su coche, y mientras Germanà tomaba el camino de Montelusa, el comisario aspiró un fuerte olor a gasolina.

—¡Vigile dónde pone los pies! —le gritó Fazio.

La gasolina había formado un charco enorme y las emanaciones le produjeron a Montalbano una sensación de mareo y un ligero aturdimiento. En la gasolinera había un automóvil con matrícula de Palermo y el parabrisas roto.

—Ha habido un herido, el que iba al volante —dijo el sargento—. Se lo ha

llevado la ambulancia.

—¿Grave?

—No, nada importante. Pero se ha pegado un susto tremendo.

—¿Qué ha ocurrido exactamente?

—Si quiere, puede hablar usted mismo con el empleado...

A las preguntas del comisario, el hombre contestó con una voz de registro tan agudo que ejerció en Montalbano el mismo efecto que una uña rascando un cristal. Los hechos se habían producido aproximadamente de la siguiente manera: se había detenido un coche; la única persona que viajaba en él había pedido que le llenaran el depósito; el empleado introdujo la manguera en el depósito y la dejó en funcionamiento mientras atendía a otro coche que acababa de llegar, cuyo conductor había pedido treinta mil liras de gasolina y que le echara un vistazo al nivel de aceite. En el momento en que el empleado estaba a punto de atender al segundo cliente, un coche había disparado desde la carretera una ráfaga de ametralladora y había acelerado; perdiéndose entre el tráfico. El hombre que se encontraba al volante del primer coche se había lanzado de inmediato en su persecución, quedando en el suelo la manguera, de la que seguía manando carburante. Mientras, el conductor del segundo automóvil, que había sido alcanzado de refilón por una bala, gritaba como un loco. Una vez superado el primer momento de pánico y al darse cuenta de que ya no había peligro, el empleado de la gasolinera fue a auxiliar al herido, mientras la manguera del surtidor seguía derramando gasolina por el suelo.

—¿Le has visto la cara al hombre del primer coche, el que se ha lanzado en persecución del otro?

—No, señor.

—¿Estás completamente seguro?

—Como que hay Dios.

Entretanto, habían llegado los bomberos, avisados por Fazio.

—Vamos a hacer una cosa —dijo Montalbano al sargento—, en cuanto terminen los bomberos, coges al empleado, que no me convence para nada, y te lo llevas a la comisaría. Ejerce toda la presión que puedas, pues ése sabe muy bien quién era el hombre contra quien querían disparar.

—Yo también lo creo.

—¿Qué te apuestas a que es uno de la familia de los Cuffaro? Este mes me parece que le toca a uno de ellos.

—¿Es que quiere quitarme el dinero del bolsillo? —preguntó entre risas el sargento—. Usted la apuesta y a la tiene ganada.

—Hasta luego.

—¿Adónde va? ¿Quiere que lo acompañe con el vehículo de servicio?

—Voy a casa a cambiarme. Desde aquí, a pie, tardaré unos veinte minutos. Respirar un poco me sentará bien.

Se alejó. No quería presentarse ante Ingrid Sjöstrom vestido como un figurín.

Nada más salir de la ducha, todavía desnudo y chorreando agua, se plantó delante del televisor. Las imágenes correspondían al funeral de Luparello, celebrado aquella mañana. El cámara sabía que las únicas personas capaces de conferir un cierto dramatismo a la ceremonia —que, por otra parte, era similar a cualquier otra de las muchas y aburridas manifestaciones oficiales que solían celebrarse— eran las que integraban el trío viuda, hijo Stefano y sobrino Giorgio. De vez en cuando y sin darse cuenta, la señora echaba nerviosamente la cabeza hacia atrás, como diciendo repetidamente que no. Con voz baja y compungida, el comentarista interpretaba aquel no como el gesto evidente de una criatura que, ante la certeza de la muerte, se negaba a aceptarla. Pero, mientras el cámara concentraba en ella el teleobjetivo hasta conseguir captar su mirada, Montalbano vio confirmado en ella lo que la viuda le había confesado: en sus ojos sólo había desprecio y aburrimiento. A su lado se sentaba el hijo, «petrificado por el dolor», decía el comentarista, pero la petrificación se debía tan sólo a que el joven ingeniero estaba haciendo gala de una compostura rayana en la indiferencia. En cambio, Giorgio se movía como un árbol azotado por el viento, oscilaba con lívido semblante y estrujaba incesantemente entre sus manos un pañuelo empapado de lágrimas.

Sonó el teléfono y, sin apartar los ojos de la pantalla, fue a contestar.

—Comisario, soy Germanà. Todo arreglado. El abogado Rizzo le da las gracias y dice que ya encontrará la manera de pagar la deuda.

Se decía por ahí que más de un acreedor hubiera preferido no cobrar, considerando las maneras que el abogado utilizaba a veces para pagar sus deudas.

—Luego he ido a ver a Saro y le he entregado el cheque. Los he tenido que convencer; no se lo creían, pensaban que era una broma. Después, han empezado a besarme las manos. Excusaré contarle todo lo que el Señor, según ellos, debería hacer por usted. El coche está en la comisaría. ¿Qué hago, se lo llevo a casa?

El comisario consultó el reloj. Faltaba algo más de una hora para su cita con Ingrid.

—Bueno, pero con calma. Basta con que estés aquí sobre las nueve y media. Después, te acompaño al pueblo.

No quería perderse el momento del falso desmayo. Se sentía como un espectador al que un prestidigitador hubiera revelado el truco y ya no disfruta de la sorpresa, aunque sí de la habilidad. Pero el que se perdió fue el cámara, que, en aquel preciso instante, no consiguió captar al grupo de familiares, ni siquiera pasando rápidamente desde el primer plano del ministro a una panorámica, pues Stefano y dos voluntarios ya estaban acompañando fuera a la señora, mientras Giorgio permanecía en su sitio sin dejar de oscilar hacia delante y hacia atrás.

En lugar de dejar a Germanà en la puerta de la comisaría y marcharse, Montalbano bajó con él. Encontró a Fazio, que ya había regresado de Montelusa; había estado hablando con el herido, y finalmente había conseguido tranquilizarlo. Se trataba, le explicó el sargento, de un vendedor de electrodomésticos milanés que, una vez cada tres meses, cogía el avión, desembarcaba en Palermo, alquilaba un coche y realizaba su recorrido. En la gasolinera, estaba echando un vistazo a un papel para comprobar la dirección del siguiente cliente cuando, de repente, oyó unos disparos y notó un agudo dolor en la espalda. Fazio se creía la historia.

—*Dottò*, ése, cuando vuelva a Milán, se apunta a esta Liga Lombarda que quiere que Sicilia se separe del norte.

—¿Y el empleado de la gasolinera?

—El empleado es otra cosa. Giallombardo está hablando con él. Ya sabe usted cómo es; uno puede pasarse dos horas charlando con él como si lo conociera de toda la vida y, de pronto, se da cuenta de que le ha contado secretos que no revelaría ni a un cura en confesión.

Las luces estaban apagadas y la puerta de cristal cerrada. Montalbano había elegido expresamente el día de cierre semanal del bar Marinella. Aparcó el coche y esperó. Minutos después apareció un cupé rojo, plano como un lenguado. Ingrid abrió la portezuela y bajó. A pesar de la débil luz de la farola, el comisario vio que estaba mucho mejor de lo que se había imaginado: con unos ajustados vaqueros que envolvían unas piernas larguísimas, una blusa blanca escotada con las mangas remangadas, sandalias y el cabello recogido en un moño, era la auténtica mujer de portada de revista. Ingrid miró a su alrededor. Vio las luces apagadas, y con paso indolente pero seguro se dirigió hacia el automóvil del comisario. Se inclinó para hablarle a través de la ventanilla abierta.

—¿Ves como yo tenía razón? Y ahora, ¿adónde vamos, a tu casa?

—No —contestó enfurecido Montalbano—. Suba.

La mujer obedeció, e inmediatamente el automóvil se impregnó del perfume que el comisario ya conocía.

—¿Adónde vamos? —repitió la mujer.

Ahora ya no bromeaba. Era una mujer, y había percibido el nerviosismo del

hombre.

—¿Tiene tiempo?

—Todo el que yo quiera.

—Vamos a un sitio en el que se sentirá a gusto porque ya ha estado allí, ya verá.

—¿Y mi coche?

—Pasaremos después a recogerlo.

Se pusieron en marcha y, tras unos minutos de silencio, Ingrid hizo la pregunta que tendría que haber hecho al principio.

—¿Por qué quieres verme?

El comisario estaba pensando en que lo que se le había ocurrido al decirle que siberia con él al coche era una idea de auténtico lince, pero es que él era siempre un lince.

—Quería verla porque tengo que hacerle unas cuantas preguntas.

—Mira, comisario, yo le hablo de tú a todo el mundo. Si me hablas de usted, haces que me sienta incómoda. ¿Cuál es tu nombre de pila?

—Salvo. ¿El abogado Rizzo te ha dicho que hemos encontrado el collar?

—¿Cuál?

—¿Cómo que cuál? El del corazón de brillantes.

—No, no me lo ha dicho. Además, no tengo trato con él. Seguramente se lo habrá dicho a mi marido.

—Tengo una curiosidad. ¿Acaso estás acostumbrada a perder y encontrar joyas?

—¿Por qué?

—Pero ¿cómo? Te digo que hemos encontrado un collar que es tuyo y que vale cien millones de liras, ¿y ni siquiera parpadeas?

Ingrid soltó una suave carcajada gutural.

—La verdad es que no me gustan. ¿Lo ves?

Le mostró las manos.

—No llevo anillos, ni siquiera una alianza.

—¿Dónde lo perdiste?

Ingrid no contestó de inmediato.

«Está repasando la lección», pensó Montalbano. Pero, de pronto, la mujer empezó a hablar mecánicamente. El hecho de ser extranjera no la ayudaba a mentir.

—Tenía curiosidad por ver este apresco...

—Aprisco —la corrigió Montalbano.

—... del que tanto había oído hablar. Convencí a mi marido para que me llevara. Bajé del coche, di unos pasos y estuvieron a punto de atacarme. Me pegué un susto de muerte. Nos fuimos enseguida, tenía miedo de que mi marido empezara a discutir. Al llegar a casa, me di cuenta de que no llevaba el collar.

—¿Y por qué te lo habías puesto aquella noche, si no te gustan las joyas?

Ingrid titubeó.

—Lo llevaba porque aquella tarde había estado con una amiga que lo quería ver.

—Oye —dijo Montalbano—, tengo que aclararte una cosa. Estoy hablando contigo como comisario, pero de manera oficiosa, ¿me explico?

—No. ¿Qué significa « oficiosa »? No conozco la palabra.

—Significa que todo lo que me digas quedará entre tú y yo. ¿Cómo es posible que tu marido haya elegido precisamente a Rizzo como abogado?

—¿No tendría que haberlo hecho?

—No. Por lo menos, en buena lógica. Rizzo era el brazo derecho del ingeniero Luparello, es decir, el adversario político más importante de tu suegro. Por cierto, ¿tú conocías a Luparello?

—De vista. Rizzo es el abogado de Giacomo desde siempre. Y yo no entiendo una mierda de política. —Se desperezó, arqueando los brazos—. Me estoy aburriendo. Lástima. Pensaba que el encuentro con un policía sería más emocionante. ¿Puedo saber adónde vamos? ¿Falta mucho todavía?

—Ya estamos llegando —contestó Montalbano. En cuanto dejaron atrás la curva Sanfilippo, la mujer se puso ostensiblemente nerviosa, miró dos o tres veces al comisario por el rabillo del ojo y le dijo en voz baja:

—No parece que por aquí haya ningún bar.

—Ya lo sé —contestó Montalbano y, aminorando la marcha, cogió el bolso bandolera que había dejado detrás del asiento del copiloto que ahora ocupaba Ingrid—. Quiero que veas una cosa.

Lo depositó sobre sus rodillas. La mujer lo miró y pareció sorprenderse en serio.

—¿Y cómo lo tienes tú?

—¿Es tuyo?

—Claro que es mío. Mira, aquí están mis iniciales.

Al ver que no estaban las dos letras, se quedó todavía más perpleja.

—Se habrán caído —dijo en voz baja, pero no parecía muy convencida.

Se estaba perdiendo en un laberinto de preguntas sin respuesta, y ahora era evidente que algo la estaba empujando a preocupar.

—Tus iniciales aún están ahí. No puedes verlas porque estamos a oscuras. Las han arrancado, pero ha quedado la huella en el cuero.

—Pero ¿por qué las han quitado? ¿Y quién?

Ahora en su voz se advertía una nota de angustia. El comisario no le contestó, pero sabía muy bien por qué lo habían hecho, precisamente para hacerle creer a él que Ingrid había tratado de conferir un carácter anónimo a su bolso. Habían llegado a la altura del sendero por el que se accedía a Capo Massaria, y Montalbano, que había acelerado como si quisiera seguir todo recto, viró

bruscamente y lo enfiló. De repente, sin mediar palabra, Ingrid abrió la puerta, saltó ágilmente del vehículo en marcha y echó a correr entre los árboles. Soltando maldiciones, el comisario frenó, bajó y corrió tras ella. A los pocos segundos se dio cuenta de que jamás conseguiría darle alcance y se detuvo, indeciso: justo en aquel momento, la vio caer. Cuando llegó a su lado, Ingrid, que aún no había conseguido levantarse, interrumpió un monólogo en sueco, con el que claramente estaba expresando todo el miedo y la rabia que sentía.

—¡Vete a tomar por saco! —dijo sin dejar de frotarse el tobillo derecho.

—Levántate y no hagas más tonterías.

La mujer obedeció con gran esfuerzo y se apoyó en Montalbano, que había permanecido inmóvil sin ayudarla.

La verja se abrió sin dificultad, pero la puerta principal de la casa opuso resistencia.

—Dame a mí —dijo Ingrid.

Lo había seguido sin un gesto, casi resignada.

Pero ya había organizado su plan defensivo.

—De todos modos, dentro no vas a encontrar nada —dijo en el umbral, en tono desafiante.

Encendió la luz, muy segura de sí misma, pero al ver los muebles, las cintas de vídeo y la estancia perfectamente amueblada, no pudo evitar una expresión de asombro mientras una arruga se dibujaba en su frente.

—Me habían dicho...

Pero inmediatamente se dominó y dejó la frase sin terminar. Se encogió de hombros y miró a Montalbano, esperando que éste hiciera algo.

—Al dormitorio —dijo el comisario.

Ingrid abrió la boca para soltar una frase ingeniosa, pero se desanimó; dio media vuelta, se dirigió renqueando a la otra habitación y encendió la luz, esta vez sin sorprenderse, pues ya esperaba que todo estuviera en orden. Se sentó a los pies de la cama. Montalbano abrió la puerta de la izquierda del armario.

—¿Sabes a quién pertenecen estos vestidos?

—Tengo que suponer que son de Silvio, el ingeniero Luparello.

El comisario abrió la puerta del centro.

—¿Estas pelucas son tuyas?

—Jamás me he puesto una peluca.

Cuando Montalbano abrió la puerta de la derecha, Ingrid cerró los ojos.

—Puedes mirar. Cerrar los ojos no te va a servir de nada. ¿Eso es tuyo?

—Sí, pero...

—... pero ya no tendría que estar aquí —dijo Montalbano, terminando la frase por ella.

Ingrid se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

—No me lo ha dicho nadie. Lo he deducido yo solo. Soy policía, ¿recuerdas?
¿El bolso bandolera también estaba en el armario?

Ingrid asintió con la cabeza.

—Y el collar que decías haber perdido, ¿dónde estaba?

—En el interior del bolso. Me lo tuve que poner, pero después vine aquí y lo dejé. —Hizo una pausa y miró largo rato al comisario a los ojos—. ¿Qué significa todo esto?

—Volvamos a la otra habitación.

Ingrid cogió un vaso del aparador, lo llenó hasta la mitad de whisky, se lo bebió prácticamente de un tiro y lo volvió a llenar.

—¿Quieres?

Montalbano dijo que no. Se había sentado en el sofá y estaba contemplando el mar; la luz era lo bastante matizada para permitirle ver lo que había al otro lado del ventanal. Ingrid se acomodó a su lado.

—He estado aquí contemplando el mar en ocasiones mucho mejores.

Se desplazó un poco en el sofá y apoyó la cabeza en el hombro del comisario, que no se movió, pues comprendió de inmediato que aquel gesto no era un intento de seducción.

—Ingrid, ¿recuerdas lo que te he dicho en el coche, que nuestra conversación era de carácter oficioso?

—Sí.

—Contéstame con toda sinceridad. Los vestidos del armario, ¿los trajiste tú o los puso alguien?

—Los traje yo. Por si los necesitaba.

—¿Eras la amante de Luparello?

—No.

—¿Cómo que no? Da la impresión de que aquí te encuentras como en tu casa.

—Con Luparello me acosté sólo una vez, a los seis meses de mi llegada a Montelusa. Después, nunca más. Me trajo aquí. Pero nos hicimos amigos de verdad, como jamás me había ocurrido con un hombre, ni siquiera en mi país. Podía contárselo todo, lo que se dice todo, y, si me metía en algún lío, él me sacaba del apuro sin hacer preguntas.

—¿Me quieres hacer creer que la única vez que estuviste aquí viniste con los vestidos, los vaqueros, las bragas, el bolso y el collar?

Ingrid se apartó, irritada.

—No quiero hacerte creer nada. Te lo estoy contando. Al cabo de algún tiempo, le pregunté a Silvio si podía utilizar esta casa de vez en cuando, y él me dijo que sí. Sólo me puso una condición, que fuera muy discreta y que no dijera nunca a nadie a quién pertenecía.

—Cuando decidías venir, ¿cómo sabías que la casa estaba libre y a tu disposición?

—Habíamos acordado comunicarnos mediante una serie de timbrazos telefónicos. Yo he cumplido mi palabra con Silvio. Aquí sólo venía con un hombre, siempre el mismo. —Tomó un buen sorbo de whisky y pareció encorvar los hombros—. Un hombre que, desde hace dos años, se ha empeñado en entrar en mi vida a la fuerza, porque yo después ya no quise volver a verle.

—Después, ¿de qué?

—Después de la primera vez. La situación me daba miedo. Pero él estaba..., está trastornado, está, ¿cómo se dice?, obsesionado conmigo. Pero es una obsesión exclusivamente física. Cada día me pide que nos veamos. Y, cuando lo traigo aquí, se me echa encima, se vuelve violento, me arranca la ropa. Por eso tengo cosas de repuesto en el armario.

—¿Y este hombre sabe a quién pertenece la casa?

—Yo nunca se lo he dicho y él tampoco me lo ha preguntado jamás. No es que esté celoso, simplemente me desea. No se cansaría jamás de seguirme y siempre está dispuesto a acostarse conmigo.

—Comprendo. Y Luparello, ¿sabía con quién venías aquí?

—Te digo lo mismo. Jamás me lo preguntó y yo nunca se lo dije. —Ingrid se levantó—. ¿No podríamos ir a hablar a otro sitio? Ahora este lugar me deprime. ¿Estás casado?

—No —contestó Montalbano, sorprendido.

—Vamos a tu casa —dijo ella, sonriendo sin alegría—. Te había dicho que acabaríamos así, ¿no?

Permanecieron en silencio un cuarto de hora, ya que a ninguno de los dos le apetecía hablar. Pero el comisario estaba cediendo una vez más a su naturaleza de lince. En efecto, al llegar a la entrada del puente que cruzaba el Canneto, orilló el coche, frenó, bajó y le dijo a Ingrid que hiciera lo mismo. Desde lo alto del puente, mostró a la mujer el seco arenal que se adivinaba bajo la luz de la luna.

—Mira —dijo—, este lecho de río lleva directamente a la playa. Tiene mucha pendiente y está lleno de piedras y roca. ¿Serías capaz de bajar por él en coche?

Ingrid examinó el primer tramo del recorrido, el que podía ver o más bien adivinar.

—No lo sé. De día sería distinto. De todos modos, si quieres, puedo intentarlo. —Entornó los ojos y miró al comisario sonriendo—. Te has informado muy bien sobre mí, ¿eh? Bueno, entonces ¿qué tengo que hacer?

—Hacerlo —contestó Montalbano.

—Muy bien. Tú espera aquí.

La mujer subió al coche y lo puso en marcha. Bastaron pocos segundos para que Montalbano perdiera de vista la luz de los faros.

—Adiós, muy buenas. Ésta me la ha pegado —dijo el comisario en tono resignado.

Cuando se disponía a emprender la larga marcha hacia Vigàta, la oyó regresar con el motor rugiendo.

—Puede que lo consiga. ¿Tienes una linterna?

—Está en la guantera.

La mujer se arrodilló, iluminó la parte inferior del vehículo y volvió a levantarse.

—¿Tienes un pañuelo?

Montalbano se lo dio, e Ingrid se vendó fuertemente el dolorido tobillo.

—Sube.

Dando marcha atrás, llegó al principio de un camino excavado en la tierra que iba de la carretera provincial hasta debajo del puente.

—Lo voy a intentar, comisario. Pero recuerda que tengo un pie inutilizado. Ponte el cinturón. ¿Tengo que correr?

—Sí, pero lo importante es que llegemos a la playa sanos y salvos.

Ingrid soltó el embrague y salieron disparados. Fueron diez minutos de un constante y atroz traqueteo; hubo un momento en que Montalbano sintió como si su cabeza quisiera con toda su alma separarse del cuerpo y alejarse volando por

la ventanilla. En cambio, Ingrid se mostraba tranquila y decidida, e incluso conducía con la punta de la lengua fuera. El comisario estuvo a punto de decirle que no lo hiciera, pues, sin querer, podía cortársela de un mordisco. Cuando llegaron a la playa, Ingrid preguntó:

—¿He superado el examen?

Sus ojos brillaban en medio de la oscuridad. Estaba emocionada y contenta.

—Sí.

—Pues volvamos a hacerlo, pero esta vez cuesta arriba.

—¡Tú estás loca! Ya es suficiente.

Ingrid había hecho bien llamándolo examen. Sólo que el examen no había aclarado nada. Ingrid podía recorrer tranquilamente aquel camino, lo que era un tanto en su contra; pero, por otro lado, ante la petición del comisario, no se había mostrado nerviosa, tan sólo asombrada, y esto era un tanto a su favor. Y el hecho de que no hubiera estropeado nada del coche, ¿cómo se tenía que considerar: un detalle de signo positivo o negativo?

—Buena, ¿qué? ¿Lo repetimos? Venga, hombre, ha sido el único momento de la noche en que me he divertido.

—No, he dicho que no.

—Pues entonces, conduce tú, a mí me duele mucho el pie.

El comisario condujo por la orilla del mar y comprobó que el coche estaba en perfecto estado, que no había nada roto.

—Eres muy buena conductora.

—Mira —dijo Ingrid, hablando en tono muy serio, como una profesional—, cualquiera puede bajar por esa pendiente. El mérito es conseguir que el coche llegue en las mismas condiciones en que estaba al principio. Porque si al final te encuentras delante de una carretera asfaltada, y no con una playa como ésta, debes reducir rápidamente la marcha. No sé si me explico bien.

—Te explicas divinamente. En resumen, que el que llega a la playa con la suspensión rota es que no sabe conducir.

Ya habían llegado al aprisco. Montalbano giró a la derecha.

—¿Ves aquellos matorrales tan grandes? Allí es donde encontraron a Luparello.

Ingrid no dijo nada, ni siquiera mostró demasiada curiosidad. Recorrieron el sendero, en el que aquella noche había muy poco movimiento, y llegaron bajo el muro de la vieja fábrica.

—Aquí la mujer que estaba con Luparello perdió el collar y arrojó el bolso al otro lado del muro.

—¿Mi bolso?

—Sí.

—No fui yo —murmuró Ingrid—, y te juro que de esta historia no entiendo ni torta.

Al llegar a la casa de Montalbano, Ingrid fue incapaz de bajar del coche, por lo que el comisario tuvo que rodearle la cintura con un brazo mientras ella se apoyaba en su hombro. Una vez dentro, se sentó en la primera silla que encontró.

—¡Jesús! Ahora sí que me duele.

—Ve allí y quítate los pantalones para que te pueda vendar el tobillo.

Ingrid se levantó quejándose y avanzó cojeando y apoyándose en los muebles y las paredes.

Montalbano llamó a la comisaría. Fazio le comunicó que el empleado de la gasolinera lo había recordado todo y había identificado perfectamente al hombre que se sentaba al volante, al que querían matar. Turi Gambardella, un miembro de la *cosca* de los Cuffaro, como habían supuesto.

—Galluzzo —añadió Fazio— ha ido a casa de Gambardella. Su mujer dice que hace un par de días que no lo ve.

—Te habría ganado la apuesta —dijo el comisario.

—¿Y usted cree que yo iba a ser tan gilipollas como para picar el anzuelo?

Montalbano oyó el rumor del agua procedente del cuarto de baño. Ingrid debía de ser de esa clase de mujeres que cuando ve una ducha no puede resistir el impulso de utilizarla. Marcó el número del móvil de Gegè.

—¿Estás solo? ¿Puedes hablar?

—Solo, sí. Pero lo de hablar, depende.

—Tengo que preguntarte un nombre. Es una información que no te compromete, ¿está claro? Pero quiero una respuesta exacta.

—¿El nombre de quién?

Montalbano se lo explicó, y Gegè no tuvo la menor dificultad para decirle un nombre e incluso añadir un apodo de propina.

Ingrid se había tumbado en la cama y se había echado encima una toalla grande que la tapaba muy poco.

—Perdóname, pero no puedo estar de pie.

De un estante del cuarto de baño, Montalbano cogió un tubo de pomada y un rollo de gasa.

—Dame la pierna.

El movimiento hizo que asomara la minúscula braguita y que un pecho digno del pincel de un pintor experto en mujeres mostrara también un pezón que pareció mirar a su alrededor como si le llamara la atención aquel ambiente desconocido. También esta vez Montalbano comprendió que en Ingrid no había el menor propósito de seducción, y se lo agradeció.

—Ya verás como dentro de poco te encuentras mejor —le dijo tras haberle aplicado la pomada al tobillo y habérselo vendado fuertemente con la gasa. Durante todo ese tiempo, Ingrid no le había quitado los ojos de encima.

—¿Tienes whisky? Tráeme medio vaso sin hielo.

Era como si se conocieran de toda la vida. Tras entregarle el vaso, Montalbano acercó una silla y se sentó al lado de la cama.

—¿Sabes una cosa, comisario? —dijo Ingrid, mirándolo con sus luminosos ojos verdes—. Eres el primer hombre auténtico que conozco desde hace cinco años.

—¿Mejor que Luparello?

—Sí.

—Gracias. Y ahora presta atención a mis preguntas.

—Házmelas.

Montalbano estaba a punto de abrir la boca cuando oyó sonar el timbre de la puerta. No esperaba a nadie, y fue a abrir, perplejo. De pie en el umbral, Anna, vestida de paisano, lo miró sonriendo.

—¡Sorpresa! —Lo apartó, y entró en la casa—. Te agradezco el entusiasmo. ¿Dónde te has metido? En la comisaría me han dicho que estabas aquí. He venido y estaba todo a oscuras. He llamado por teléfono por lo menos cinco veces, y nada, hasta que, al final, he visto la luz. —Anna miró atentamente a Montalbano, que todavía no había abierto la boca—. ¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto mudo? Bueno, mira... —Interrumpió la frase: a través de la puerta entreabierta del dormitorio, acababa de ver a Ingrid, semidesnuda, con un vaso en la mano. Primero palideció y después se ruborizó intensamente—. Perdonadme —musitó antes de salir a toda prisa.

—¡Síguela! —le gritó Ingrid a Montalbano—. ¡Explicáselo todo! Yo ya me voy.

Furioso, Montalbano propinó a la puerta un fuerte puntapié que hizo vibrar la pared mientras el automóvil de Anna se alejaba, derrapando con la misma furia con la que él había cerrado la puerta.

—¡No tengo por qué explicarle nada, coño!

—¿Me voy?

Ingrid se había incorporado en la cama, dejando los triunfantes pechos fuera de la toalla.

—No, pero cúbrete.

—Perdona.

Montalbano se quitó la chaqueta y la camisa, mantuvo un rato la cabeza bajo el agua del grifo de la bañera y volvió a sentarse al lado de la cama.

—Quiero que me cuentes muy bien la historia del collar.

—De acuerdo. El lunes pasado, a Giacomo, mi marido, lo despertó una llamada que no entendí, pues estaba muerta de sueño. Se vistió rápidamente y salió. Al cabo de dos horas, regresó y me preguntó dónde había ido a parar el collar, pues llevaba algún tiempo sin verlo por casa. Yo no podía decirle que estaba dentro de mi bolso, en casa de Silvio. Si me hubiera pedido que se lo enseñara, no habría sabido qué contestarle. Así que le dije que lo había perdido

hacia por lo menos un año y que no se lo había querido decir por temor a que se enfadara. El collar valía un montón de dinero y, por si fuera poco, me lo había regalado en Suecia. Entonces, Giacomo me hizo firmar en un papel en blanco, para el seguro, según me dijo.

—¿Y la historia del aprisco cómo ocurrió?

—Ah, eso fue después, cuando regresó a la hora del almuerzo. Me explicó que Rizzo, su abogado, le había dicho que, para el seguro, se necesitaba una explicación más convincente que la de la pérdida, y le había aconsejado montar el número del aprisco.

—Aprisco —la corrigió pacientemente Montalbano; el cambio de letra le molestaba.

—Aprisco, aprisco —repitió Ingrid—. A mí, la verdad, la historia no me convencía demasiado, me parecía retorcida, demasiada invención. Entonces, Giacomo me hizo ver que, a los ojos de todo el mundo, yo era una puta y, por consiguiente, a nadie le habría extrañado que se me hubiera ocurrido la idea de que me llevaran al aprisco.

—Comprendo.

—¡La que no comprende soy yo!

—Tenían intención de que la pringaras tú.

—No conozco la palabra.

—Mira. Luparello muere en el aprisco mientras está en compañía de una mujer que lo ha convencido para ir allí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Pues quieren hacer creer que aquella mujer fuiste tú. El bolso es tuyo, el collar y los vestidos que hay en la casa de Luparello también, tú sabes bajar por el Canneto... Por lo tanto, yo debería llegar a una única conclusión: esa mujer se llama Ingrid Sjostrom.

—Ya entiendo —dijo Ingrid. Contempló en silencio el vaso que sostenía en la mano y, de pronto, experimentó una sacudida—. No es posible.

—¿Qué?

—Que Giacomo estuviera de acuerdo con la gente que quiere que la pringue yo, como tú dices.

—Puede que lo hayan obligado a estar de acuerdo. La situación económica de tu marido no es muy buena, ¿sabes?

—Él no me ha dicho nada, pero yo lo sabía. Sin embargo, estoy segura de que, si lo ha hecho, no ha sido por dinero.

—De eso yo también estoy seguro.

—Pues entonces, ¿por qué?

—La explicación podría ser otra, es decir, que tu marido se haya visto obligado a involucrarte para salvar a una persona a la que aprecia más que a ti. Espera.

Montalbano se dirigió a la otra estancia, donde había un pequeño escritorio atestado de papeles, y cogió el fax que le había enviado Nicolò Zito.

—Pero salvar a otra persona, ¿de qué?—le preguntó Ingrid en cuanto regresó.— Si Silvio murió mientras hacía el amor, nadie tiene la culpa. No lo mataron.

—Proteger a esta persona, pero no de la ley, Ingrid, sino de un escándalo.

La mujer leyó el fax, primero con asombro y cada vez con mayor regocijo: cuando llegó a la historia del Club de Polo, soltó una sincera carcajada. Después se entristeció, dejó caer el papel sobre la cama e inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Era él, tu suegro, el hombre al que llevabas al domicilio de soltero de Luparello?

Para contestar, Ingrid tuvo que hacer un notable esfuerzo.

—Sí. Y veo que en Montelusa hablan de ello a pesar de que yo he hecho todo lo posible por evitarlo. Es lo más desagradable que me ha sucedido en Sicilia en todo el tiempo que llevo aquí.

—No es necesario que me cuentes los detalles.

—Quiero que sepas que no fui yo la que empezó. Hace dos años, mi suegro tenía que asistir a un congreso en Roma. Nos invitó a mí y a Giacomo, pero en el último momento mi marido no pudo ir. Él insistió en que fuera yo, pues no había estado nunca en Roma. Todo fue muy bien, hasta que la última noche mi suegro entró en mi habitación. Estaba como enloquecido. Me acosté con él para calmarlo. Gritaba, me amenazaba. Durante el viaje de vuelta en avión, estubo casi a punto de echarse a llorar y dijo que jamás volvería a ocurrir. Ya sabes que vivimos en el mismo edificio, ¿verdad? Bueno, pues una tarde en que mi marido había salido y yo estaba en la cama, mi suegro se presentó en mi habitación como aquella noche, temblando de pies a cabeza. Tuve miedo como la otra vez. La criada estaba en la cocina... Al día siguiente le dije a Giacomo que quería cambiar de casa. Él se sorprendió, yo insistí, y discutimos. Volví a plantearle el tema varias veces, y cada vez me contestó que no. Desde su punto de vista, él tenía la razón. Entretanto, mi suegro insistía, me besaba, me tocaba siempre que podía, a riesgo de que lo viera su mujer o Giacomo. Por eso le pedí a Silvio que me prestara de vez en cuando su casa.

—¿Tu marido sospecha algo?

—No lo sé, no se me ha ocurrido pensarlo. Algunas veces me parece que sí y otras me convenzo de que no.

—Una pregunta más, Ingrid. Al llegar a Capo Massaria, mientras abrías la puerta, me dijiste que, de todos modos, dentro no encontraría nada. Y, cuando viste que dentro todo estaba como siempre, te llevaste una sorpresa. ¿Alguien te había asegurado que habían sacado todo lo que había en la casa de Luparello?

—Sí, me lo había dicho Giacomo.

—Entonces, ¿tu marido lo sabía?

—Espera, no me lies. Cuando Giacomo me dijo lo que tendría que decir en

caso de que me preguntaran los del seguro, o sea, que había estado con él en el aprisco, a mí me preocupaba otra cosa: el hecho de que, una vez muerto Silvio, más tarde o más temprano alguien descubriría la casita, donde estaban mis vestidos, mi bolso y otras cosas mías.

—¿Quién crees que hubiera podido encontrarlos?

—Pues no sé, la policía, su familia... Entonces, se lo conté todo a Giacomo, pero le mentí. No le dije nada de su padre, le di a entender que allí me reunía con Silvio. Por la noche, me explicó que estaba todo arreglado, que un amigo se encargaría de todo y que, si alguien descubría la casita, sólo encontraría las paredes encaladas. Y yo le creí. ¿Qué te ocurre?

—¿Cómo que qué me ocurre?

—Te tocas constantemente la nuca.

—Ah, sí. Me duele. Debe de ser de la bajada por el Canneto. ¿Qué tal va el tobillo?

—Mejor, gracias.

Ingrid se echó a reír. Pasaba de un estado de ánimo a otro con la misma facilidad que los niños.

—¿De qué te ríes?

—Tu nuca, mi tobillo... Parecemos dos pacientes hospitalizados.

—¿Te sientes con ánimos para levantarte?

—Si por mí fuera, me quedaría aquí hasta mañana por la mañana.

—Tenemos otras cosas que hacer. Vístete. ¿Puedes conducir?

El lenguado rojo de Ingrid aún estaba en el aparcamiento del bar Marinella. Por lo visto, debía parecer demasiado comprometedor robarlo, ya que no había muchos en Montelusa y provincia.

—Coge tu coche y sígueme —dijo Montalbano—. Volvemos a Capo Massaria.

—¡Dios mío! ¿Para qué?

Ingrid se enfadó, pues no le apetecía regresar allí, y el comisario lo comprendía muy bien.

—En tu propio interés.

A la luz de los faros, que inmediatamente apagó, el comisario observó que la verja de la casa estaba abierta. Bajó y se acercó al automóvil de Ingrid.

—Espérame aquí. Apaga las luces. ¿Recuerdas si al salir, cerramos la verja?

—No lo recuerdo muy bien, pero creo que sí.

—Da la vuelta al coche, pero procura hacer el menor ruido posible.

La mujer realizó la maniobra. Ahora, el morro del automóvil apuntaba hacia la carretera provincial.

—Escúchame bien. Voy a bajar. Tú quédate aquí y aguza el oído. Si me oyes gritar o ves algo raro, no pierdas el tiempo pensando, ponte en marcha y vuelve a casa.

—¿Crees que hay alguien dentro?

—No lo sé. Tú haz lo que te digo.

Montalbano sacó de su coche el bolso bandolera y la pistola. Se alejó, procurando pisar con cuidado, y bajó por los peldaños. Esta vez la puerta de la casa se abrió sin ofrecer resistencia y sin ruido. Cruzó el umbral, empuñando la pistola. El salón estaba débilmente iluminado por el reflejo del mar. Abrió de una patada la puerta del cuarto de baño e hizo lo mismo con las demás, sintiéndose, en clave cómica, un héroe de ciertas películas americanas. En la casa no había nadie, y tampoco se veía la menor señal de que alguien hubiera estado. No tardó mucho en convencerse de que él mismo había olvidado cerrar la verja. Abrió el ventanal del salón y miró hacia abajo. En aquel lugar, Capo Massaria se proyectaba hacia el mar como la proa de un barco, y el agua debía de ser muy profunda. Metió en el bolso unos cuantos cubiertos de plata y un pesado cenicero de cristal, le dio vueltas por encima de su cabeza y lo arrojó lejos. No sería fácil que lo encontraran. Después sacó del armario del dormitorio todas las pertenencias de Ingrid. Salió y comprobó que la puerta de la casa estuviera bien cerrada. En cuanto apareció en lo alto de los peldaños, fue alcanzado por la luz de

los faros del automóvil de Ingrid.

—Te había dicho que mantuvieras los faros apagados. ¿Y por qué le has dado nuevamente la vuelta al coche?

—Si hubiera habido problemas, no quería dejarte solo.

—Aquí tienes tus vestidos.

Ella los cogió y los colocó en el asiento del copiloto.

—¿Y el bolso?

—Lo he arrojado al mar. Ahora, vuelve a casa. Ya no tienen nada con que involucrarte.

Ingrid bajó del coche, se acercó a Montalbano y le dio un abrazo. Permaneció un rato con la cabeza apoyada contra su pecho. Después, sin mirarlo, volvió a subir a su vehículo, lo puso en marcha y se fue.

La entrada del puente del Canneto estaba casi bloqueada por un automóvil estacionado y un hombre que, con los codos apoyados en la capota, se cubría el rostro con las manos y se balanceaba levemente.

—Pero ¿qué es eso? —preguntó Montalbano, frenando.

El hombre se volvió. Tenía la cara cubierta por la sangre que le manaba de una enorme herida justo en el centro de la frente.

—Un cabrón —contestó el hombre.

—No entiendo, explíquese mejor.

Montalbano bajó del automóvil y se acercó a él.

—Yo circulaba tranquilamente, cuando un hijo de puta, al adelantarme, por poco me echa de la carretera. Entonces, indignado, lo he perseguido tocando el claxon y con las luces largas. De repente, el tío ha frenado y se ha quedado atravesado en la carretera. Luego, ha bajado del coche con algo en la mano. Yo estaba acojonado, pensaba que era un arma. El tío se ha acercado a mi coche — y yo llevaba la ventanilla abierta— y, sin decir palabra, me ha atizado fuertemente con el objeto, que entonces he visto que era una llave inglesa.

—¿Necesita ayuda?

—No, ya ha dejado de salir sangre.

—¿Quiere poner una denuncia?

—No me haga reír. Me duele la cabeza.

—¿Quiere que lo acompañe al hospital?

—¿Quiere hacer el favor de ocuparse de sus asuntos?

¿Cuánto tiempo hacía que no dormía por la noche como Dios manda? Ahora, experimentaba en la parte posterior del coco un dolor que no le daba tregua. No sentía alivio ni tendido boca arriba, ni boca abajo. Daba igual, el dolor lo seguía acosando, sordo, molesto, sin punzadas agudas, lo cual puede que fuera peor. Encendió la luz. Eran las cuatro. En la mesilla de noche estaban todavía el tubo de

pomada y el rollo de gasa que había utilizado con Ingrid. Los cogió y, delante del espejo del cuarto de baño, se aplicó un poco de pomada, pensando que quizá lo aliviaría; después se vendó el cuello con la gasa y la fijó con un trozo de esparadrapo. Le pareció que el vendaje estaba demasiado apretado, pues le costaba mover la cabeza. Fue entonces cuando un cegador flash le estalló en el cerebro, oscureciendo incluso la luz del cuarto de baño. De pronto, se vio convertido en un personaje de cómic que tenía ojos de rayos X, con los que podía ver incluso el interior de las cosas.

En el instituto había un viejo cura que les daba clase de religión. « La verdad es luz », les dijo un día el cura.

Montalbano era un alumno muy bromista que estudiaba poco y siempre se sentaba en el último banco.

« Eso quiere decir que, si en una familia, todos dicen la verdad, ahorran en el recibo de la luz » .

Aquel comentario en voz alta le había valido la expulsión de clase.

Ahora, treinta y tantos años después, le pidió mentalmente perdón al viejo cura.

—¡Qué mala cara tiene! —exclamó Fazio en cuanto lo vio entrar en la comisaría
—. ¿No se encuentra bien?

—Déjame en paz —fue la respuesta de Montalbano—. ¿Hay noticias de Gambardella? ¿Lo habéis encontrado?

—Nada. Ha desaparecido. Yo ya me he hecho a la idea de que lo vamos a encontrar en el campo, devorado por los perros.

Algo en la voz del sargento intranquilizó a Montalbano, que lo conocía desde hacía muchos años.

—¿Qué ocurre?

—Pues que Gallo se ha tenido que ir a urgencias. Se ha hecho daño en el brazo, nada serio.

—¿Cómo ha sido?

—Con el vehículo de servicio.

—¿Corría más de la cuenta? ¿Se ha pegado un trompazo?

—Sí.

—¿Qué pasa? ¿Hace falta una comadrona para sacarte las palabras de la boca?

—Bueno, lo envié al mercado del pueblo porque se había producido una reyerta. Salió pitando, ya sabe usted cómo es, ha derrapado y se la ha pegado contra un poste. El coche lo han remolcado a nuestro parque móvil de Montelusa y nos han dado otro.

—Dime la verdad, Fazio: ¿nos habían rajado los neumáticos?

—Sí.

—¿Y no los ha mirado primero, como le he aconsejado mil veces que hiciera? ¿No queréis comprender que rajarnos los neumáticos es el deporte nacional de esta mierda de país? Dile que hoy no se presente en el despacho, porque, si lo veo, le parto el culo.

Entró en su despacho y cerró de un portazo. Estaba furioso de verdad. Rebuscó en una caja de hojalata en la que guardaba toda clase de cosas, desde sellos hasta botones, y encontró la llave de la vieja fábrica. Se fue sin despedirse.

Sentado en la viga podrida junto a la que había encontrado el bolso de Ingrid, contemplaba algo que la otra vez le había parecido un objeto indefinible, una especie de empalme para tubos, y que ahora podía identificar con toda claridad: un collarín anatómico, aparentemente nuevo, a pesar de que se veía que alguien lo había utilizado. Por una especie de sugestión, le volvió a doler la nuca. Se levantó, cogió el collarín, abandonó la vieja fábrica y regresó a la comisaría.

—¿Comisario? Soy Stefano Luparello.

—Dígame, ingeniero.

—El otro día le dije a mi primo Giorgio que usted quería verlo esta mañana a las diez. Pero justo hace cinco minutos que me ha llamado mi tía, su madre. No creo que Giorgio pueda venir, tal como era su intención.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé muy bien, pero por lo visto se ha pasado toda la noche fuera de casa, eso ha dicho mi tía. Ha regresado hace poco, sobre las nueve, y su estado es lamentable.

—Perdone, ingeniero, pero me parece que su madre me dijo que el chico vivía con ustedes.

—Sí, pero sólo hasta la muerte de mi padre. Después se fue a su casa. En la nuestra, sin papá, se sentía incómodo. En cualquier caso, mi tía ha llamado al médico, y éste le ha inyectado un sedante. Ahora duerme como un tronco. A mí me da pena, ¿sabe? Puede que estuviera demasiado apegado a papá.

—Comprendo. Si ve a su primo, dígame que necesito hablar con él. Pero sin prisas, no es nada importante, cuando pueda.

—Lo haré sin falta. Ah, mamá, que está a mi lado, me dice que lo salude de su parte.

—Salúdela de la mía. Dígame que yo... Su madre es una mujer extraordinaria, ingeniero. Dígame que siento un profundo respeto por ella.

—Se lo diré, muchas gracias.

Montalbano se pasó una hora firmando papeles y otra escribiendo. Eran unos cuestionarios del Ministerio tan complejos como inútiles. Galluzzo, muy alterado, ni siquiera llamó a la puerta, sino que la abrió con tal violencia que la golpeó contra la pared.

—Pero ¿qué coño te pasa? ¿Qué ocurre?

—Me acabo de enterar por un colega de Montelusa. Han matado al abogado Rizzo. De un disparo. Lo han encontrado al lado de su automóvil, en el barrio de San Giusippuzzu. Si quiere, me informo mejor.

—Déjalo, voy yo.

Montalbano consultó el reloj. Eran las once. Salió corriendo.

* * *

En casa de Saro no contestaba nadie. Montalbano llamó a la puerta de al lado y le abrió una viejecita con cara de pocos amigos.

—¿Qué pasa? ¿Qué maneras son ésas de llamar?

—Perdone, señora, buscaba a los señores Montaperto.

—¿Los señores Montaperto? Pero ¿qué señores? ¡Ésos son unos basureros indcentes!

No parecía que hubiera demasiada simpatía entre ambas familias.

—Y usted, ¿quién es?

—Soy comisario de policía.

El rostro de la mujer se iluminó y empezó a dar voces con agudas notas de alegría.

—¡Turiddu! ¡Turiddu! ¡Ven corriendo!

—¿Qué pasa? —preguntó un viejo extremadamente delgado que acababa de aparecer.

—¡Este señor es comisario! ¿Lo ves como yo tenía razón? ¿Ves como los busca la policía? ¿Ves como era gente mala? ¿Ves como se han escapado para no acabar en la cárcel?

—¿Cuándo se han escapado, señora?

—No hace ni media hora. Con el chiquillo. Si se da prisa, puede que los alcance en la calle.

—Gracias, señora. Voy corriendo.

Saro, su mujer y su hijo lo habían conseguido.

* * *

Por el camino de Montelusa lo obligaron dos veces a detenerse; primero una patrulla de soldados alpinos y después otra de carabinieri. Lo peor fue cuando se dirigía a San Giusippuzzu, pues, entre bloqueos y controles, tardó tres cuartos de

hora en recorrer menos de cinco kilómetros. En el lugar de los hechos estaban el jefe superior de policía, el coronel de los carabinieri y la jefatura de Montelusa en pleno. También estaba Anna, que fingió no verlo. Jacomuzzi miraba a su alrededor, buscando a alguien a quien poder contárselo todo con pelos y señales. En cuanto vio a Montalbano, corrió a su encuentro.

—Una ejecución en toda regla, despiadada.

—¿Cuántos eran?

—Sólo uno, al menos el que disparó fue sólo uno. El pobre abogado salió de su despacho a las seis y media de esta mañana, cogió unos papeles y se dirigió a Tabbia, donde se había citado con un cliente. Se ha comprobado que salió solo de su despacho, pero por el camino recogió en su coche a algún conocido.

—Puede que fuera alguien que hacía autoestop.

Jacomuzzi soltó una carcajada tan sonora, que algunas personas se volvieron a mirarlo.

—¿Y tú te imaginas a Rizzo, con la cantidad de líos que tenía, invitando a subir a su coche a un desconocido? ¡Pero si no se fiaba ni de su propia sombra! Tú sabes mejor que yo que detrás de Luparello estaba Rizzo. No, no, seguramente ha sido alguien a quien él conocía; un mafioso, sin la menor duda.

—¿Un mafioso, dices?

—Pondría la mano en el fuego. La mafia ha subido el precio, pide cada vez más, y los políticos no siempre están en condiciones de satisfacer sus exigencias. Pero hay otra hipótesis. Debió de cometer algún error, ahora que se sentía más fuerte tras el nombramiento del otro día. Y no se lo han perdonado.

—Jacomuzzi, te felicito. Esta mañana estás siendo especialmente perspicaz, se ve que has cagado bien. ¿Cómo puedes estar tan seguro de lo que dices?

—Por la manera en que el otro lo ha matado. Primero le ha reventado los cojones a patadas; después, lo ha obligado a arrodillarse, le ha puesto el arma en la nuca y ha disparado.

Montalbano experimentó súbitamente una punzada de dolor en la parte posterior de la cabeza.

—¿Qué arma era?

—Pasquano dice que, a juzgar por el orificio de entrada y el de salida, y teniendo en cuenta que el cañón estaba prácticamente en contacto con la piel, tiene que ser una siete sesenta y cinco.

—¡*Dottor* Montalbano!

—Te llama el jefe superior —dijo Jacomuzzi, eclipsándose.

El jefe superior le tendió la mano y ambos se miraron sonriendo.

—¿Cómo es posible que usted también esté aquí?

—En realidad, señor jefe superior, ya me iba. Me encontraba en Montelusa, me he enterado de la noticia y he venido por simple curiosidad.

—Pues entonces, hasta esta noche. No falte, se lo ruego. Mi mujer lo espera.

Era una suposición, una simple suposición, y tan endeble que, si se hubiera detenido un instante a examinarla, se habría desvanecido. Estaba pisando a fondo el acelerador, y poco faltó para que en un control le pegaran un tiro. Al llegar a Capo Massaria, ni siquiera apagó el motor; saltó del vehículo dejando la puerta abierta, abrió sin dificultad la verja y la puerta de la casa, y corrió al dormitorio. En el cajón de la mesilla de noche ya no estaba la pistola. Se insultó a sí mismo de mala manera. Se había comportado como un gilipollas. Después de haber descubierto el arma, había vuelto un par de veces a la casa con Ingrid y no se había tomado la molestia de comprobar si el arma estaba en su sitio. No lo había hecho ni una vez, ni siquiera cuando encontró la verja abierta y se tranquilizó pensando que había sido él quien había olvidado cerrarla.

« Ahora voy a *tambasiàre* », pensó en cuanto llegó a su casa. *Tambasiàre* era un verbo que le gustaba. Significaba ponerse a pasear de habitación en habitación sin un propósito definido, ocupándose en fruslerías. Y eso fue lo que hizo: colocó los libros en su sitio, ordenó el escritorio, enderezó un dibujo de la pared, limpió los quemadores de la cocina de gas. *Tambasiàva*. No tenía apetito, no había ido a comer al restaurante y ni siquiera había abierto el frigorífico para ver qué le había preparado Adelina.

Al entrar, como de costumbre, había encendido el televisor. La primera noticia que dio el presentador de Televigata fue la referente a los detalles del asesinato del abogado Rizzo, los detalles, pues la novedad de aquella muerte ya se había comentado en una edición extraordinaria. El periodista no tenía la menor duda: el abogado había sido asesinado por la mafia, atemorizada por el hecho de que la víctima acabara de acceder a un cargo de alta responsabilidad política, desde el cual podría luchar con más eficacia contra el crimen organizado. Porque éste era el mensaje clave de la renovación: guerra sin cuartel a la mafia.

Nicolò Zito, que acababa de regresar precipitadamente a Montelusa, también hablaba de la mafia en Retelibera, pero de una manera tan retorcida, que nadie entendía nada de lo que decía. Entre líneas, mejor dicho, entre palabras, Montalbano intuyó que Zito pensaba en un brutal ajuste de cuentas, pero no lo decía abiertamente por temor a que se añadiera otra querrela a las muchas que ya tenía pendientes. Al final, Montalbano se cansó de toda aquella cháchara hueca, apagó el televisor, bajó las persianas para que no entrara la luz del día, se tendió vestido en la cama y se acurrucó. Se quería *accuttufare*. Otro verbo que le gustaba. Significaba tanto recibir palos como apartarse de la sociedad. En aquel momento, ambos significados eran válidos para él.

Más que una nueva receta para preparar los pulpos, el invento de la señora Elisa, la esposa del jefe superior de policía, fue para el paladar de Montalbano una auténtica inspiración divina. Se sirvió por segunda vez un abundante plato y, cuando estaba a punto de terminar, aminó el ritmo de la masticación para prolongar, aunque fuera por poco tiempo, el placer que el plato le estaba deparando. La señora Elisa lo contemplaba satisfecha: como toda buena cocinera, disfrutaba de la extasiada expresión del rostro de los comensales mientras saboreaban uno de sus platos. Y Montalbano, por la expresividad de su rostro, era uno de sus invitados preferidos.

—Gracias, se lo agradezco muy de veras —le dijo el comisario al final, lanzando un suspiro.

Los pulpos habían obrado en parte una especie de milagro; pero sólo en parte, pues, aunque era cierto que ahora Montalbano se sentía en paz con Dios y con los hombres, no lo era menos que seguía sin estar en paz consigo mismo.

Al terminar la cena, la señora recogió la mesa y llevó una botella de Chivas para el comisario y otra de licor amargo para su marido.

—Y ahora mientras vosotros empezáis a hablar de vuestros muertos asesinados en la vida real, yo me voy a ver los falsos muertos de la televisión, los prefiero.

Era un rito que se repetía por lo menos una vez cada quince días. A Montalbano le resultaban simpáticos el jefe superior y su mujer, y éstos correspondían ampliamente a su simpatía. El jefe superior era un hombre distinguido, culto y reservado, casi una figura de otra época.

Hablaron de la desastrosa situación política, de las peligrosas incógnitas que el creciente desempleo estaba creando, de la grave situación del orden público. Después, el jefe superior pasó a una pregunta directa.

—¿Me quiere explicar por qué no ha cerrado todavía el asunto Luparello? Hoy he recibido una preocupada llamada de Lo Bianco.

—¿Estaba enfadado?

—No, como le he dicho, simplemente preocupado. Perplejo, más bien. No consigue explicarse la razón de su demora. Y yo tampoco, si he de serle sincero. Mire, Montalbano, usted me conoce y sabe que jamás me permitiría ejercer la más mínima presión sobre uno de mis funcionarios para obligarle a tomar una determinada decisión.

—Lo sé muy bien.

—Por consiguiente, si le hago la pregunta es para satisfacer mi curiosidad

personal. ¿Me explico? Estoy hablando con mi amigo Montalbano, que conste. Un amigo cuya inteligencia y perspicacia conozco muy bien, y cuyo civismo en las relaciones humanas es algo muy poco frecuente hoy en día.

—Se lo agradezco, señor jefe superior, y seré sincero, como usted merece. Lo que no me convenció de toda esta historia fue el lugar donde se descubrió el cadáver. Desentonaba mucho, de manera estridente, con la personalidad y la conducta de Luparello, hombre astuto, prudente y ambicioso. Me pregunté: ¿por qué lo ha hecho? ¿Por qué ha ido al aprisco para mantener una relación sexual que, en aquel ambiente, resultaba extremadamente arriesgada y ponía en peligro su imagen? No encontré una respuesta. Mire, señor jefe superior, era algo así como si, salvando las distancias, el presidente de la República hubiera muerto de un infarto mientras bailaba el rock en una discoteca de ínfima categoría.

El jefe superior levantó una mano para interrumpirlo.

—Su comparación no es apropiada —observó con una sonrisa que no era una sonrisa—. Hemos visto recientemente a algún ministro que se ha desmelenado bailando en salas de fiestas de categoría más o menos ínfima, y no se ha muerto.

El «por desgracia» que evidentemente estaba a punto de añadir se perdió antes de brotar de sus labios.

—Pero el hecho está ahí —prosiguió diciendo tozudamente Montalbano—. Y esta primera impresión me la confirmó ampliamente la viuda del ingeniero.

—¿Ha tenido ocasión de conocerla? Una mujer que piensa con la cabeza.

—Fue la señora quien quiso hablar conmigo, y así me lo hizo saber. En el transcurso de una conversación que mantuve ayer con ella, me dijo que su esposo tenía una casita en Capo Massaria, y me facilitó las llaves. Por consiguiente, ¿qué razón tenía para exponerse al peligro en un lugar como el aprisco?

—Yo también me lo he preguntado.

—Admitamos, por un momento y por el puro placer de la discusión, que se dejó convencer por una mujer dotada de una extraordinaria capacidad de persuasión. Una mujer que no era del lugar y que lo condujo allí por un camino absolutamente impracticable. Tenga en cuenta que la que iba al volante era una mujer.

—¿Un camino impracticable, dice usted?

—Sí, no sólo tengo testimonios muy precisos al respecto, sino que dicho camino se lo hice recorrer a mi sargento, y yo mismo también lo he recorrido. El vehículo atravesó incluso el lecho seco del río Canneto, y la suspensión se rompió. En cuanto el vehículo se detiene, prácticamente empotrado en un matorral de gran tamaño, la mujer se coloca encima del hombre que tiene a su lado y empiezan a hacer el amor. Durante el acto, el ingeniero sufre la indisposición que lo lleva a la muerte. Sin embargo, la mujer no grita ni pide socorro: con terrorífica frialdad, descendiendo del automóvil, recorre muy despacio

el sendero que conduce a la carretera provincial, sube a un automóvil que se acerca y se larga.

—No cabe duda de que todo es muy raro. ¿La mujer hizo autoestop?

—Ha dado usted en el clavo. Parece ser que no, y tengo un testimonio al respecto. El vehículo al que subió llegó a toda prisa, incluso con la puerta abierta. El conductor sabía a quién encontraría y que debía recogerla sin pérdida de tiempo.

—Perdone, comisario, pero todos estos testimonios, ¿los ha incluido en un acta?

—No. No había motivo para que lo hiciera. Verá, hay un hecho indudable: el ingeniero murió por causas naturales. Oficialmente, no tengo ningún motivo para abrir una investigación.

—Ya, pero si ocurrió lo que usted dice, se podría investigar, por ejemplo, la omisión del deber de socorro.

—Convendrá usted conmigo en que eso es una bobada...

—Sí.

—Bien, llegado a este punto, la señora Luparello me hizo observar un detalle fundamental, y es el de que su marido, ya muerto, llevaba los calzoncillos puestos del revés.

—Espere —dijo el jefe superior—, vayamos con calma. ¿Cómo podía saber la señora que su marido llevaba los calzoncillos al revés, en caso de que efectivamente los llevara así? Que yo sepa, la señora no estuvo en el lugar de los hechos y no estaba presente cuando los de la Científica tomaron las muestras.

Montalbano se preocupó, había hablado impulsivamente, sin tener en cuenta la necesidad de mantener al margen a Jacomuzzi, pues era éste quien había entregado las fotografías a la señora. Pero ya no podía salir del atolladero.

—La señora tenía en su poder las fotografías tomadas por los de la Científica; no sé cómo las consiguió.

—Puede que yo sí lo sepa —dijo el jefe superior en tono enojado.

—Las examinó atentamente con una lupa, me las mostró y era cierto.

—Y, sobre la base de esta circunstancia, ¿la señora se formó una opinión?

—Pues sí. Ella parte de la premisa de que si, en el momento de vestirse, su marido se hubiera puesto los calzoncillos del revés, inevitablemente se habría dado cuenta a lo largo del día, pues tenía que ir al lavabo varias veces porque tomaba diuréticos. Por consiguiente, partiendo de esta hipótesis, la señora cree que el ingeniero, sorprendido en una situación cuanto menos embarazosa, se vio obligado a vestirse rápidamente y dirigirse al aprisco. Allí, según ella, lo comprometerían de manera irreparable, por lo menos hasta el extremo de obligarlo a abandonar la política. A este respecto, hay algo más.

—No me oculte ningún detalle.

—Los dos basureros que encontraron el cuerpo, antes de llamar a la policía,

hablaron con el abogado Rizzo, pues sabían que éste era el alter ego de Luparello. Pues bien, Rizzo no sólo no se mostró sorprendido, estupefacto, asombrado, preocupado ni alarmado, sino que los instó a denunciar inmediatamente el hecho.

—Y eso usted, ¿cómo lo sabe? ¿Acaso le había intervenido el teléfono? —preguntó aterrorizado el jefe superior.

—No le había intervenido nada. Es la fiel transcripción del breve coloquio hecha por uno de los dos basureros. Lo hizo por motivos que aquí sería prolijo explicar.

—¿Acaso pretendía someterlo a chantaje?

—No, pretendía escribir una obra teatral. Puede creerme, no tenía la menor intención de cometer un delito. Y aquí entramos en el meollo de la cuestión, es decir, Rizzo.

—Espere. Esta noche me había propuesto encontrar la manera de regañarlo. Por esta manía suya de querer complicar las cosas. Usted habrá leído sin duda «Cándido» de Sciascia. ¿Recuerda que el protagonista afirma en determinado momento que cabe la posibilidad de que las cosas sean casi siempre sencillas? Es lo que yo quería recordarle.

—Sí, pero mire, Cándido dice «casi siempre», no siempre. Admite excepciones. Y el de Luparello es un caso en el que las cosas se disponen de manera que parezcan sencillas.

—Y, por el contrario, ¿son complicadas?

—Lo son, y mucho. Hablando de «Cándido», ¿recuerda el subtítulo?

—Claro, «Un sueño siciliano».

—Exacto, pero esto, en cambio, es una especie de pesadilla. Aventuro una hipótesis que difícilmente se podrá confirmar ahora que han asesinado a Rizzo. Bueno, pues a última hora de la tarde del domingo, hacia las siete, el ingeniero llama a su mujer para decirle que regresará muy tarde, pues tiene una reunión política importante. En su lugar, se dirige a una cita amorosa en la casita de Capo Massaria. Me apresuro a decirle que una eventual investigación acerca de la persona que estaba con el ingeniero plantearía muchas dificultades, pues Luparello era ambidiestro.

—Perdone, ¿qué quiere usted decir? Ambidiestro en mi tierra es alguien que utiliza con la misma soltura tanto la extremidad derecha como la izquierda, y a sea la mano o el pie.

—Impropriadamente se dice también de alguien que va indistintamente con un hombre o con una mujer.

Ambos hablaban en tono muy serio; parecían dos profesores que estuvieran compilando un nuevo diccionario.

—¿Qué me dice! —exclamó asombrado el jefe superior.

—Me lo ha dado a entender con toda claridad la señora Luparello. Y la señora no tenía ningún interés en decirme una cosa por otra, sobre todo en este

tema.

—¿Usted fue a la casita?

—Sí. Todo estaba perfectamente ordenado. Dentro hay cosas que pertenecían al ingeniero, y nada más.

—Siga adelante con su hipótesis.

—Durante el acto sexual, o inmediatamente después, como es probable que ocurriera habida cuenta de los restos de esperma encontrados, Luparello muere. La mujer que está con él...

—Alto —dijo el jefe superior—. ¿Cómo puede decir con tanta seguridad que se trataba de una mujer? Usted mismo acaba de trazarme el horizonte sexual, más bien amplio, del ingeniero.

—Le diré por qué estoy seguro. En cuanto se da cuenta de que su amante ha muerto, la mujer pierde la cabeza, no sabe qué hacer, se trastorna, se altera, incluso se le cae el collar que llevaba, pero no se da cuenta. Después se calma y comprende que lo único que puede hacer es pedir ayuda a Rizzo, la sombra de Luparello. Rizzo le dice que abandone inmediatamente la casa y le aconseja esconder la llave en algún lugar para que él pueda entrar. La tranquiliza, él se encargará de todo, nadie se enterará de la existencia de aquella cita concluida de una forma tan trágica. Más calmada, la mujer abandona la escena.

—¿Cómo que abandona la escena? ¿No fue una mujer la que llevó a Luparello al aprisco?

—Sí y no. Sigo. Rizzo se dirige a toda prisa a Capo Massaria, viste precipitadamente al cadáver, pues tiene intención de sacarlo de allí para que lo encuentren en algún lugar menos comprometedor. Pero, en aquel momento, ve el collar en el suelo y descubre en el interior del armario los vestidos de la mujer que lo ha llamado. Comprende entonces que aquél puede ser su día de suerte.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que está en condiciones de poner a todo el mundo con la espalda contra la pared, tanto a los amigos políticos como a los enemigos, y convertirse en el número uno del partido. La mujer que lo ha llamado es Ingrid Sjostrom, una sueca casada con el hijo del doctor Cardamone, el sucesor natural de Luparello, un hombre que de ninguna manera querrá repartirse nada con Rizzo. Ahora bien, como usted comprenderá, una cosa es una llamada telefónica y otra muy distinta la demostración palpable de que la Sjostrom era la amante de Luparello. Pero hay que hacer algo más. Rizzo comprende que los que se abalanzarán sobre la herencia política de Luparello serán sus camaradas políticos afines a él, por lo que, para poder eliminarlos, ha de colocarlos en la situación de avergonzarse de enarbolar la bandera de Luparello. Es necesario ponerlo de vuelta y media y deshonor totalmente al ingeniero. Se le ocurre la fabulosa idea de dejarlo en el aprisco. Y, ya que estaba, ¿por qué no hacer creer que la mujer que quiso ir al aprisco con él fue precisamente Ingrid Sjostrom —extranjera, de

costumbres en modo alguno monacales—, en busca de sensaciones estimulantes? Si el montaje da resultado, Cardamone estará en sus manos. Telefonea a dos de sus hombres, los cuales sabemos, sin poder demostrarlo, que son los encargados de los trabajos sucios. Uno de ellos se llama Angelo Nicotra, un homosexual más conocido en su ambiente como Marilyn n.

—¿Y cómo se las arregló para averiguar incluso su nombre?

—Me lo dijo un confidente que me merece absoluta confianza. Somos amigos, en cierto modo.

—¿Gegè, su antiguo compañero de escuela?

Montalbano miró boquiabierto de asombro al jefe superior.

—¿Por qué me mira así? Yo también soy un lince. Siga.

—Cuando llegan los hombres, Rizzo hace que Marilyn se vista de mujer, le ordena que se ponga el collar y le dice que lleve el cadáver al aprisco a través de un camino impracticable, nada menos que el lecho seco de un río.

—¿Qué se proponía con ello?

—Conseguir una nueva prueba contra la Sjostrom, que es una campeona automovilística y puede recorrer ese camino.

—¿Está seguro?

—Sí. Yo estaba en el coche con ella cuando le hice recorrer el lecho del río.

—Dios mío —exclamó el jefe superior en tono quejumbroso—. ¿La obligó a hacerlo?

—¡De ninguna manera! Ella estaba totalmente de acuerdo.

—¿Me quiere decir a cuántas personas ha utilizado? ¿Se da cuenta de que está jugando con un material explosivo?

—Todo se reduce a una pompa de jabón, no se preocupe. Mientras los dos se van con el muerto, Rizzo, que ha cogido las llaves de Luparello, regresa a Montelusa y se apodera sin ninguna dificultad de los documentos reservados del ingeniero que más le interesan. Mientras tanto, Marilyn cumple a la perfección lo que se le ha mandado: baja del coche tras haber simulado el acto sexual, se aleja y, a la altura de una vieja fábrica abandonada, esconde el collar junto a un matarral y arroja el bolso al otro lado del muro.

—¿A qué bolso se refiere?

—Pertenece a la Sjostrom, lleva incluso sus iniciales. Lo encontró casualmente en la casita, y pensó que podría serle útil.

—Explíqueme cómo ha llegado a estas conclusiones.

—Mire, Rizzo ha estado jugando con una carta descubierta, el collar, y con otra cubierta, el bolso. El hallazgo del collar, cualquiera que sea la forma en que se produzca, demuestra que Ingrid estaba en el aprisco en el mismo momento en que moría Luparello. Si, por casualidad, alguien se guarda el collar en el bolsillo y no dice nada, él podrá seguir jugando la carta del bolso. Pero, desde su punto de vista, tuvo suerte, pues el collar fue encontrado por uno de los dos basureros,

que me lo entregó. Él justifica el hallazgo con una excusa que en el fondo es plausible, pero entretanto ha conseguido establecer el triángulo Sjostrom-Luparello-aprisco. Sin embargo, resulta que el bolso lo encontré yo sobre la base de la discrepancia entre dos testimonios: el que sostenía que la mujer, cuando bajó del automóvil del ingeniero, llevaba en la mano un bolso que ya no tenía — como mantiene el otro— cuando subió al coche que la recogió en la carretera provincial. Resumiendo, los dos hombres regresan a la casita, lo ordenan todo y le devuelven las llaves. Con las primeras luces del alba, Rizzo llama a Cardamone y empieza a jugar bien sus cartas.

—Sí, desde luego, pero también empieza a jugarse la vida.

—Ésa ya es otra cuestión, en caso de que lo sea —dijo Montalbano.

El jefe superior lo miró, alarmado.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué demonios está pensando?

—Simplemente que, de toda esta historia, el único que sale bien librado es Cardamone. ¿No le parece que el asesinato de Rizzo ha sido para él absolutamente providencial?

El jefe superior reaccionó de inmediato, y no se supo si hablaba en serio o en broma.

—¡Mire, Montalbano, no me venga con ideas geniales! ¡Deje en paz a Cardamone, que es un caballero incapaz de matar una mosca!

—Era sólo una broma, señor jefe superior. Si me está permitido preguntarlo, ¿qué novedades ha habido en la investigación?

—¿Qué novedades quiere usted que haya? Usted ya sabe la clase de hombre que era Rizzo, de diez personas que conocía, honradas o no, ocho entre las honradas y las que no deseaban su muerte. Una jungla, un bosque de posibles asesinos directos o indirectos, querido amigo. Le diré que su historia resulta en cierto modo verosímil sólo para quienes saben de qué pasta estaba hecho el abogado Rizzo. —Tomó un vasito de licor amargo y se lo bebió a pequeños sorbos—. Usted me fascina. El suyo es un elevado ejercicio de inteligencia. A veces me parece usted un equilibrista que se mueve en la cuerda floja y sin red de protección. Porque, hablando con toda franqueza, bajo su razonamiento no hay más que el vacío. No tiene ninguna prueba de lo que me ha dicho, todo podría interpretarse de otra manera, y un buen abogado sabría desmontar sin demasiado esfuerzo sus deducciones.

—Lo sé.

—¿Qué piensa hacer?

—Mañana por la mañana le diré a Lo Bianco que, si quiere archivarlo, no hay ningún inconveniente.

—¿Montalbano? Soy Mimi Augello. ¿Te he despertado? Perdóname, pero es para tranquilizarte. He regresado a la base. Tú, ¿cuándo sales?

—Cojo el avión en Palermo a las tres, lo que quiere decir que tendré que salir de Vigàta sobre las doce y media, inmediatamente después de comer.

—Pues entonces ya no nos veremos, porque pensaba ir al despacho un poco más tarde. ¿Hay alguna novedad?

—Te las contará Fazio.

—¿Cuántos días piensas estar fuera?

—Hasta el jueves inclusive.

—Pásalo bien y descansa. Fazio tiene tu número de Génova, ¿verdad? Si hay algo gordo, te llamo.

El subcomisario Mimi Augello había regresado puntualmente de sus vacaciones, y él podía irse tranquilo, pues Augello era muy competente. Llamó a Livia para decirle la hora de llegada y, ésta, rebosante de felicidad, le dijo que iría a recibirlo al aeropuerto.

* * *

Al llegar al despacho, Fazio le comunicó que los obreros de la fábrica de sal, todos ellos en situación de movilidad laboral —piadoso eufemismo para decir que habían sido despedidos—, habían ocupado la estación. Sus mujeres, tendidas sobre las vías, impedían el paso de los trenes. Los carabineros ya se habían desplazado al lugar. ¿Tendrían que ir ellos también?

—¿Para qué?

—Pues no sé, para echar una mano.

—¿A quién?

—¿Cómo a quién, *dottò*? A los carabineros, a las fuerzas del orden, que, además, somos nosotros, hasta que no se demuestre lo contrario.

—Si de veras se te ocurre echar una mano a alguien, échasela a los que han ocupado la estación.

—*Dottò*, siempre lo he pensado: usted es comunista.

—¿Comisario? Soy Stefano Luparello. Perdona. ¿Ha ido a verle mi primo Giorgio?

—No, no sé nada de él.

—En casa estamos muy preocupados. En cuanto se ha recuperado del sedante, ha salido y ha vuelto a desaparecer. Mamá quisiera su opinión. ¿Cree usted que deberíamos ir a Jefatura para que se ordene su búsqueda?

—No. Dígale a su madre que no me parece oportuno. Giorgio volverá a aparecer, dígale que esté tranquila.

—De todos modos, si tuviera alguna noticia, le ruego que nos lo haga saber.

—Será muy difícil, ingeniero, porque estoy a punto de irme unos días de vacaciones. Regreso el viernes.

Los primeros días junto a Livia, en su chalet de Boccadasse, le hicieron olvidar casi por completo Sicilia, gracias a los profundos y reparadores sueños de que disfrutó, abrazado a Livia. Casi, pero no del todo, pues dos o tres veces el olor, el habla y las cosas de su tierra lo sorprendieron a traición, lo levantaron ingravidamente en el aire y lo devolvieron durante unos cuantos segundos a Vigàta. Y estaba seguro de que cada vez Livia se había dado cuenta de aquellas ausencias, y se lo había quedado mirando sin decir nada.

La noche del jueves, recibió una llamada de Fazio absolutamente inesperada.

—Nada importante, *dottore*, era sólo para oír su voz y confirmar su regreso de mañana.

Montalbano sabía que las relaciones del sargento con Augello no eran muy fáciles.

—¿Necesitas que te consuele? ¿Acaso el malvado de Augello te ha zurrado en el trasero?

—Nunca le parece bien lo que hago.

—Ten paciencia, te he dicho que vuelvo mañana. ¿Hay alguna novedad?

—Ayer detuvieron al alcalde y a tres concejales. Prevaricación y encubrimiento. Por las obras de ampliación del puerto.

—Finalmente han llegado a donde tenían que llegar.

—Sí, *dottò*, pero no se haga ilusiones. Aquí quieren copiar a los jueces de Milán, pero Milán queda muy lejos.

—¿Alguna otra cosa?

—Hemos encontrado a Gambardella, ¿lo recuerda? Al que pretendían matar mientras echaba gasolina en su coche. Pero no estaba tirado en el campo a la vista de todos, sino *incaprettato*, con las manos y los pies atados a la espalda en el portaequipaje de su automóvil, al que después prendieron fuego, quemándolo por completo.

—Y si lo quemaron por completo, ¿cómo habéis podido averiguar que Gambardella estaba *incaprettato*?

—Utilizaron un alambre, *dottò*.

—Nos vemos mañana, Fazio.

Y esta vez fueron no sólo el olor y el habla de su tierra los que lo atrajeron como un imán; también la estupidez, la crueldad y el horror.

* * *

Tras haber hecho el amor, Livia permaneció en silencio un buen rato y después le cogió la mano.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te ha dicho tu sargento?

—Nada importante, no te preocupes.

—Pues entonces, ¿por qué te has puesto triste?

Montalbano se ratificó en su convicción: si había en el mundo una persona a la que él hubiera podido cantar una misa entera y solemne, aquella persona era Livia. Al jefe superior sólo le había cantado media misa y ni siquiera seguida. Se incorporó en la cama y modificó la posición de la almohada.

—Escúchame.

Le habló del aprisco, del ingeniero Silvio Luparello y del afecto que le profesaba su sobrino Giorgio; de cómo, en determinado momento, aquel afecto se había (¿trastornado?, ¿corrompido?) convertido en amor y pasión; de la última cita en el piso de soltero de Capo Massaria, de la muerte de Luparello, de Giorgio — enloquecido por el temor al escándalo, no por él sino por la imagen y la memoria de su tío—, y de cómo el joven lo vistió como pudo y lo llevó a rastras hasta el coche para sacarlo de allí y que lo encontraran en otro lugar. Le habló de la desesperación de Giorgio al darse cuenta de que la simulación no se sostendría en pie, de que todos se darían cuenta de que transportaba un muerto; de la idea de colocarle el collarín anatómico que hasta pocos días antes él se había visto obligado a llevar y que todavía estaba en el coche. De cómo había intentado ocultar el collarín con un trapo de color negro, de cómo, de repente, había temido caer víctima de la epilepsia que lo aquejaba, de cómo había llamado a Rizzo —le explicó a Livia quién era el abogado— y de cómo éste había comprendido que aquella muerte, debidamente arreglada, podía cambiar su suerte.

Le habló de Ingrid, de su marido, Giacomo, del doctor Cardamone, de la violencia —no encontraba otra palabra— que éste ejercía contra su nuera («qué cosa tan miserable», comentó Livia), de cómo Rizzo sospechaba aquella relación y había tratado de involucrar a Ingrid, consiguiendo su propósito con Cardamone, pero no con él; le habló de Marilyn y de su cómplice, del alucinante viaje en coche, de la horrenda pantomima en el interior del automóvil estacionado en el aprisco («perdóname un momento, tengo que tomar una bebida fuerte»).

Cuando Livia regresó, le contó los sórdidos detalles del collar, el bolso y los vestidos, le habló de la desgarradora desesperación de Giorgio al ver las fotografías y comprender la doble traición de Rizzo hacia la memoria de Luparello y hacia él, que deseaba salvar a toda costa aquella memoria.

—Un momento —dijo Livia—, ¿es guapa esta Ingrid?

—Guapísima. Y, como sé muy bien lo que estás pensando, te diré más: he destruido todas las falsas pruebas que había en su contra.

—Eso no es propio de ti —dijo Livia, resentida.

—He hecho cosas aún peores, presta atención. Rizzo, que tiene en sus manos a Cardamone, consigue su objetivo político, pero comete un error: subestima la reacción de Giorgio, un joven de extraordinaria belleza.

—¡Y dale! ¡Él también! —dijo Livia, tratando de bromear.

—Pero de temperamento muy frágil —añadió el comisario—. Dejándose arrastrar por la emoción, corre trastornado a la casa de Capo Massaria, toma la pistola de Luparello, se encuentra con Rizzo, descarga su rabia pateándole y después le dispara un tiro en la nuca.

—¿Lo has detenido?

—No, ya te he dicho que he hecho cosas peores que eliminar las pruebas. Mira, mis compañeros de Montelusa creen, y la hipótesis no es del todo descabellada, que a Rizzo lo ha matado la mafia. Y yo no les he revelado la que, a mi juicio, es la verdad.

—Pero ¿por qué?

Montalbano extendió los brazos sin contestar. Livia se fue al cuarto de baño, y el comisario oyó el rumor del agua en la bañera. Cuando más tarde le pidió permiso para entrar, la encontró todavía en la bañera llena de agua, con el mentón apoyado en las rodillas dobladas.

—¿Tú sabías que en aquella casa había una pistola?

—Sí.

—¿Y la dejaste allí?

—Sí.

—Te has ascendido tú solo, ¿verdad? —preguntó Livia tras permanecer un buen rato en silencio—. De comisario a dios, un dios de tercera categoría, pero dios de todos modos.

Nada más bajar del avión, corrió al bar del aeropuerto. Necesitaba tomarse un café auténtico, después de la innoble agua sucia que le habían servido a bordo. Oyó que lo llamaban, era Stefano Luparello.

—¿Qué hace, ingeniero, regresa a Milán?

—Sí, vuelvo a mi trabajo, he estado demasiado tiempo ausente. Y me buscaré una casa más grande. En cuanto la encuentre, mi madre se reunirá

conmigo. No quiero dejarla sola.

—Hace muy bien, a pesar de que en Montelusa ella tiene a su hermana, al sobrino...

El ingeniero se tensó.

—Entonces, ¿no lo sabe?

—¿Qué?

—Giorgio ha muerto.

Montalbano dejó la taza; la sacudida le había hecho derramar el café.

—¿Cómo ha sido?

—¿Recuerda que el día en que usted se iba lo llamé para saber si Giorgio había ido a verle?

—Lo recuerdo muy bien.

—A la mañana siguiente, aún no había regresado a casa. Entonces me sentí obligado a avisar a la policía y a los carabinieri. Realizaron una búsqueda absolutamente superficial, perdone que se lo diga; a lo mejor, estaban demasiado ocupados investigando el asesinato del abogado Rizzo. El domingo por la tarde, un pescador vio desde su barca un coche que había caído sobre la escollera, justo bajo la curva Sanfilippo. ¿Conoce la zona? Está poco antes de llegar a Capo Massaria.

—Sí, la conozco.

—El pescador se acercó al coche remando. Vio que en el asiento del conductor había un cuerpo y corrió a avisar a las autoridades.

—¿Consiguieron establecer la causa de la muerte?

—Sí. Como usted sabe, desde la muerte de papá mi primo vivía en un estado prácticamente de confusión mental, demasiados tranquilizantes, demasiados sedantes. Cuando llegó a esa curva, en lugar de rodearla, siguió en línea recta y, como circulaba a gran velocidad, reventó el pretil. No se había recuperado, sentía una auténtica pasión por mi padre, lo amaba profundamente.

Pronunció las palabras «pasión» y «amaba» en tono firme y preciso, como si, remarcando los límites, quisiera eliminar cualquier posible difuminación del significado. Por el altavoz llamaron a los pasajeros del vuelo de Milán.

En cuanto salió del aparcamiento del aeropuerto donde había dejado su coche, Montalbano pisó a fondo el acelerador. No quería pensar en nada, sólo concentrarse en la conducción. Unos cien metros más allá, se detuvo al borde de un pequeño lago artificial. Bajó y abrió el maletero, cogió el collarín anatómico, lo arrojó al agua y esperó a que se hundiera. Sólo entonces sonrió. Había querido actuar como un dios, Livia tenía razón, pero aquel dios de tercera categoría, en su primera, y esperaba que fuera la última, experiencia, había dado plenamente en el clavo.

Para ir a Vigàta, tenía que pasar a la fuerza por delante de la Jefatura Superior de Montelusa. Fue allí precisamente donde su automóvil decidió pararse. Montalbano intentó repetidamente ponerlo en marcha, pero fue inútil. Bajó, y estaba a punto de entrar en la Jefatura para pedir ayuda, cuando se le acercó un agente que lo conocía y había observado sus infructuosas maniobras. El agente levantó el capó, tocó algunas cosas y lo volvió a cerrar.

—Todo en orden. Pero mande que le echen un vistazo.

Montalbano volvió a subir al automóvil, lo puso en marcha y se inclinó para recoger unos periódicos que se habían caído. Cuando se incorporó, vio a Anna apoyada en la ventanilla abierta.

—¿Cómo estás, Anna? —La muchacha se limitó a mirarlo sin contestar—. ¿Y bien?

—¿Y tú eres un hombre honrado? —le preguntó Anna con voz silbante.

Montalbano comprendió que se refería a la noche en que había visto a Ingrid semidesnuda en su cama.

—No, no lo soy —contestó—. Pero no por lo que tú te piensas.

Nota del autor

Considero indispensable afirmar que este relato no nace de las crónicas de sucesos y que no guarda ningún parecido con hechos reales: todo se debe enteramente a mi fantasía. Sin embargo, como en los últimos tiempos la realidad parece superar a la fantasía, incluso abolida, puede haberse producido alguna desgraciada coincidencia en el terreno de los nombres o las situaciones. Pero de los juegos del azar, ya se sabe, nadie es responsable.



ANDREA CAMILLERI nació en 1925 en Porto Empedocle, provincia de Agrigento, Sicilia, y actualmente vive en Roma, donde impartió clases en la Academia de Arte Dramático. Durante cuarenta años fue guionista y director de teatro y televisión. En 1994 crea el personaje de Salvo Montalbano, el entrañable comisario siciliano protagonista de una serie que en la actualidad consta de veintidós novelas. Todos sus libros ocupan habitualmente el primer puesto en las principales listas de éxitos italianas. Andrea Camilleri es hoy el escritor más popular de Italia y uno de los más leídos de Europa. Recientemente ha sido galardonado con el IX Premio Pepe Carvalho.